UNIVERSITY COLLEGE LIBRARY
NOTTINGHAM

Class Mark PQ 6141 C5

Book Number 40283

60 0274081 9

UNIVERSITY OF NOTTINGHAM

WITHDRAWN

FROM THE LIBRARY

This Book must be returned to the Library on, or before, the last date shown below

15. OCT. 1957

10 NOV 1959

23 OCT 1962

18 NOV 1963

4 APR 1965

9 DEC 1968

11 OCT 1969

11 OCT 1971

13 DEC 1971

10 DEC 1973

UNIVERSITY OF NOTTINGHAM
WITHDRAWN
FROM THE LIBRARY

LARRA

CLASICOS CASTELLANOS

LARRA

ARTICULOS DE COSTUMBRES

PRÓLOGO Y NOTAS DE JOSÉ R. LOMBA Y PEDRAJA

MADRID
EDICIONES DE "LA LECTURA"
1923

C

c

DOS PALABRAS AL QUE LEYERE

Con anterioridad a este libro tiene escrito el que ha ordenado la materia en él contenida que la colección de artículos de *Fígaro* es una obra, en rigor, indivisible, con una unidad moral bien definida y vigorosa, por lo cual una edición completa de ella, por orden cronológico estricto de sus elementos componentes, sería acaso el mejor servicio a las letras que pudiera prestarse. No fuera discutible, a lo menos, que constituiría un paso de primer orden para el estudio de Mariano José de Larra, de su persona y de su talento; y no hay ya para qué insistir a estas horas en la importancia que tiene este buen ingenio en nuestra historia literaria del siglo XIX, como tampoco en que debe esa importan-

cia a sus artículos periodísticos mucho más que a sus obras en otros géneros.

Pero también se ofrece muy obvia una clasificación de estos artículos en tres partes a quienquiera que se tome la pena de recorrerlos, porque el mayor número de ellos —del que no quedan, por cierto, fuera los más celebrados— o bien son *artículos de costumbres,* o ya *políticos* y *sociales,* o, en fin, *de crítica literaria o artística;* y para una publicación que no intente precisamente apurar la materia y servir a fines científicos, sino reunir lo más substancioso de ella, lo más interesante y ameno, con miras a la vulgarización y al recreo de un público extenso, aunque culto, se puede hallar especialmente oportuna y recomendable. La dirección de la biblioteca de *Clásicos Castellanos* ha tenido a bien aceptarla y ateniéndose a ella, irá sacando al público en sendos volúmenes esos tres miembros de que se integra y que ya se han dicho, de los cuales es éste el primero, comprensivo de los *artículos de costumbres.*

Por haber preferido llenar el espacio de que he dispuesto con originales de Larra más bien que con comentarios de mi cosecha (a pesar de lo cual, no he podido ser lo completo que yo hubiera deseado), no me detendré en apreciaciones de fondo acerca de la obra que publico; mas tengo por inexcusable decir algo de la edición presente, del criterio con que se ha hecho, de las ventajas, limitaciones y novedades que podrán en ella apreciarse, comparándola con ediciones anteriores de la misma materia o análoga.

Mirada desde cierto punto de vista, la colección que va en este tomo de los *artículos de costumbres* de *Fígaro* es más completa que otras, porque, dando principio con sus primeros ensayos en este género, preteridos hasta aquí y desdeñados, y finalizando con sus últimas producciones, magistrales y célebres, abarca la carrera del escritor de punta a cabo. El mérito y aún el interés y atractivo de esos borrones de principiante que por primera vez aquí se presentan formando parte de una

colección de artículos de su autor, podrá ser hallado escaso en sí mismo, pero no le juzgamos desprovisto de valor en el sitio que ocupa y para el lector reflexivo que guste de seguir en su desarrollo brillante el talento precoz de Larra. Considérese que fueron escritos por un muchacho de diez y nueve años (1828); téngase en cuenta que eran verdaderos iniciadores entre nosotros de este género literario *costumbrista;* compárense con los que inmediatamente les siguen a una distancia de cuatro años (1832) y júzguese si eran facultades vulgares las que se mostraban en ellos; véase si supieron pronto librarse de resabios de inexperiencia e infantilismo que indudablemente empañaban su labor en estos comienzos.

Harto en serio tomó Mesonero (*El Curioso Parlante*) el papel que se atribuía de inventor del artículo de costumbres en España, que halló por su propio esfuerzo, según afirma (1), persiguiendo su intento

(1) *Memorias de un setentón,* t. II (Madrid, 1881), cap. VII, 81 a 83.

de trazar el retrato del Madrid moral y social que completase el del Madrid físico de su *Manual de Madrid, Descripción de la Corte y de la Villa* (1831); y relega a Larra a la condición secundaria de modesto imitador suyo. Cánovas, defendiendo los títulos preferentes de don Serafín Estébanez Calderón (*El Solitario*) sobre *El Curioso Parlante,* dice que los tres artículos del primero *Pulpete y Balbeja, Los Filósofos en el Figón y Excelencias de Madrid,* son anteriores al 12 de enero de 1832, en que apareció en el periódico *Cartas Españolas* el primer artículo de las *Escenas Matritenses* (1). Aquí el lector puede ver ahora que, con cuatro años de anterioridad próximamente, Larra había dado a luz en *El Duende Satírico del Día* tres verdaderos artículos de costumbres y había llevado a cabo una imitación muy de intento de Víctor-Joseph Etienne Jouy (2), escritor de costum-

(1) *El Solitario y su tiempo,* t. I (Madrid, 1883), capítulo IV, págs. 138 y 139.

(2) Basta con fijarse en estos dos títulos: *L'Hermite de la Chaussée d'Antin et le Libraire* y *El Duende y el*

bres francés, en boga bajo el Imperio y la Restauración (que es lo que los otros hicieron luego, como hoy está bien probado), antes que Mesonero y que Estébanez.

Por la nota que va puesta entre paréntesis al fin de cada artículo, verá el lector que todos los que se incluyen en este tomo fueron dados a luz por primera vez o en *El Duende Satírico del Día,* o en *El Pobrecito Hablador,* o en la *Revista Española,* o en *El Observador;* publicaciones, las dos primeras, literarias y exclusivas del mismo Larra; las otras, dos diarios políticos. Pero algunos fueron publicados de nuevo por su autor, formando colección, en 1835, con ocasión de lo cual padecieron mutilaciones —algunas bastante extensas— y alteraciones leves; mutilaciones y alteraciones que se han perpetuado desde entonces, de unas ediciones en otras, hasta esta nuestra que, como se verá, reproduce el texto primitivo, pudiendo ser tenida, también por esto, por más completa que las que la han prece-

Librero. Los correspondientes artículos guardan entre sí una dependencia semejante.

dido; y que, para no dejar de ser respetuosa con la voluntad del autor, que, mutilando y alterando sus producciones, no hacía sino disponer de lo suyo y obraba con perfecto derecho, encerrará entre corchetes [], para que se distinga bien, lo que fué suprimido o cambiado en la edición de 1835 y dará por nota la primitiva forma que allí quedó abandonada.

Pero dista bastante nuestra colección, con todo eso, de poder aspirar al apelativo de completa, aun dentro, naturalmente, de su especialidad *costumbrista,* a que ya el título puesto al frente nos ciñe y nos reduce; porque, en primer lugar, se han excluído artículos enteros del mismo autor que evidentemente son de costumbres y aun de los que andan en gran número de colecciones y de ediciones y son por eso conocidos de todo el mundo, tales como *El Duelo* o *El Album,* y además, porque en aquellos mismos que hemos admitido, si nos han parecido excesivamente prolijos, o bien si, descaminándose del estudio de las costumbres, se perdían en disquisiciones imperti-

nentes, históricas o de cualquier otro género, con perjuicio de la amenidad o del interés literario, nos hemos tomado la libertad de entrar con la tijera. No está cabal, por ejemplo, el artículo de *El Café* (págs. 5 a 20) ni el de las *Corridas de toros* (págs. 27 a 37), como puede comprobar el que los compulse con los publicados por el señor Cotarelo en el volumen primero del por él titulado *Postfígaro* (Madrid, 1918). Estos son los "borrones de principiante" de que hablé más arriba, que, siendo interesantes y gustosos a trozos, no se libran en otros de pesadeces y sosería, por lo cual sólo son admisibles en un libro como éste a beneficio de una selección cuidadosa.

Así, pues, la edición que hoy damos al público tiene más y tiene menos que otras anteriores y no está desprovista de nota singular, aunque modesta, que la puede hacer estimable. Buscando un poco la novedad, otro poco la exactitud, un bastante el agrado y placer del público, un mucho la variedad, no sólo en los temas, sino en los tonos y en el estilo, y cuanto hemos podido,

en fin, la huella viva y profunda del tiempo y de la sociedad que retrata y la marca personal de su autor, nos damos a esperar que hallará su público y hará su camino, acogida con benevolencia por los aficionados a *Fígaro,* que son muchos y aumentan cada día en el mundo culto.—Hados prósperos la deseamos; que, en lo que a nosotros respecta, cuanto nos ha parecido poder hacer lo hemos hecho.

José R. Lomba.

DIALOGO

EL DUENDE Y EL LIBRERO

—Buenos días, señor librero. ¿Qué le trae a usted por aquí?

—Amigo, lo que a todo el mundo le hace ir y venir: el deseo de ganar la vida y, si se puede, de agenciarse algunas superfluidades.

—Siéntese usted, que no vendrá usted tan de prisa, y explíqueme en qué puedo servirle.

—Señor, hablemos claro, y ahorrémonos de palabras: vengo a animar a usted a que escriba, y a que escriba para el público.

—Hombre, mal pleito trae usted.

—Vaya, no empecemos con la modestia.

—No, señor; no es modestia; es comodidad, pereza, reflexión, todo lo que usted quiera.

—Pero, ¿es posible?...

—Vamos, y ¿qué quería usted que escribiera? Para fastidiar al público siempre se está a tiempo; además... que... en verdad... no tengo nada que decirle por ahora.

—¡Por Dios! ¿No tiene usted nada que decirle? Y ¿no ve usted los abusos, las ridiculeces, en una palabra: lo mucho que hay que criticar?

—¡Criticar! ¡Ay!, usted está loco; mi librero ha perdido la cabeza. ¿Piensa usted que reservo yo la mía para lances de honor? o ¿usted cree que tengo yo gusto en vérmela rota?

—Eso no, usted habla en chanza: el Gobierno vigila sobre la seguridad de los individuos que están a su cuidado, y castigaría a cualquiera...

—Sí, señor; el Gobierno vigila sobre la sociedad y la sociedad no cesa de conspirar a desbaratar los buenos fines del Gobierno; sí, señor; éste protegería tal vez a quien criticase los vicios y los abusos, porque éstos siempre conspiran contra el Gobierno; castigaría, también es cierto; pero, señor librero, ni el Gobierno podrá evitar que una paliza acabe con mi gana de criticar, ni a mí me importará nada que el Gobierno cuelgue al que me la haya pegado, a no que le cuelgue antes de pegármela. ¿Y qué necesidad tengo yo de matarme por los abusos de otros?

—Mejor sabe usted que yo que se puede criticar sin nombrar a nadie, sin que nadie se pueda ofender.

—Es cierto; pero no se puede evitar el que haya tontos que se crean el objeto de la sátira del autor, cuando éste tal vez no les ha hecho el honor de acordarse de ellos para tomarlos por modelos; y menos se puede evitar el que muchos de estos tontos quieran echarla de valientes, y vayan todos los días a desafiar al redactor, que tiene entonces que dejar a todas horas la pluma para tomar la espada, y dar satisfacción particularmente a cada individuo de los que componen el público de lo que sólo ha dicho a éste en general; y yo no hago ánimo ahora de empezar mi carrera militar; me ha parecido siempre más cómoda la del bufete, porque aprecio las cabezas de mis semejantes tanto como la mía, y soy de opinión que más bien se hicieron todas para discurrir que para recibir golpes; prueba de ello lo muy fáciles que son de romper, y lo poco que resisten a esa clase de ejercicio...

—Con que, es decir, que mi visita es en balde...

—Pero, hombre; si pide usted cosas...

—Pues, yo no creo que usted con ese genio que Dios le dió tan mordaz deje de tener algo escrito que valga la pena de leerse; y vengo por ello.

—Una cosa es que yo me divierta en reírme

en mi cuarto de todo lo que me choca, y otra cosa es...

—Sí, señor; usted tiene mil razones, pero yo no salgo de aquí sin llevar algo.

—Hombre, déjeme usted en paz, no sea usted el diablo, que muchos se lo agradecerán.

—Ahora mucho menos; y más, se ha de proponer usted dar un periódico; hay materia para ello; yo conozco que me puede valer mucho.

—No, no, no; eso no; comprometerme a dar un periódico, no, señor; supuesto que usted se empeña saldrán, sí, de la obscuridad unas cuantas hojas que escribí noches pasadas, y Dios quiera que no me tenga que arrepentir; si, como es regular, me sigue el humor, publicaré otras cuando me acomode o pueda, por artículos sueltos; si no, allí se quedará donde a mí se me acabe el gusto.

—Con que, por último...

—Sí, señor; por último, ha vencido usted, bien a mi pesar; ahí van esos borrones; póngalos usted en limpio; en la inteligencia de que no quiero que nadie sepa que yo soy el que los publico; póngalos usted cualquier título, que en el día no se repara mucho en eso, y mientras más desatinado, más gusta, es decir, más llama la atención, más se compra: de modo

que ya eso del título es especulación del librero; pero entienda usted que no le doy licencia sino para anunciarlo, pelado de toda alabanza. Nada de prevención; que juzgue el público lo que quiera.

—Pero para venderlo...

—Si no se vende, que no se venda; yo le abonaré a usted el gasto. Vaya usted con Dios, y hasta otro mes no me vuelva usted a incomodar.

EL CAFE

Neque enim notare singulos mens est mihi
Verum ipsam vitam et mores hominum ostendere.
Phedr. Fab., Pról., I, III.

No sé en qué consiste que soy naturalmente curioso; es un deseo de saberlo todo que nació conmigo, que siento bullir en todas mis venas, y que me obliga más de cuatro veces al día a meterme en rincones excusados por escuchar caprichos ajenos, que luego me proporcionan materia de diversión para aquellos ratos que paso en mi cuarto y a veces en mi cama sin dormir; en ellos recapacito lo que he

oído, y río como un loco de los locos que he escuchado.

Este deseo, pues, de saberlo todo me metió, no hace dos días, en cierto café de esta Corte, donde suelen acogerse a matar el tiempo y el fastidio dos o tres abogados que no podrían hablar sin sus anteojos puestos, un médico que no podría curar sin su bastón en la mano, cuatro chimeneas ambulantes que no podrían vivir si hubieran nacido antes del descubrimiento del tabaco, tan enlazada está su existencia con la nicociana, y varios de estos que apodan en el día con el tontísimo y chavacano nombre de Lechuguinos, alias Botarates, que no acertarían a alternar en sociedad si los desnudasen de dos o tres cajas de joyas que llevan, como si fueran tiendas de alhajas, en todo el frontispicio de su persona, y si les mandasen que pensaran como racionales, que accionaran y se movieran como hombres, y, sobre todo, si les echaran un poco más de sal en la mollera.

Yo, pues, que no pertenecía a ninguno de estos partidos, me senté a la sombra de un sombrero hecho a manera de tejado que llevaba sobre sí, con no poco trabajo para mantener el equilibrio, otro loco, cuya manía es pasar en Madrid por extranjero. Seguro ya de que na-

die podría echar de ver mi figura, que, por fortuna, no es de las más abultadas, pedí un vaso de naranja, aunque veía a todos tomar ponch o café, y dijera lo que dijera el mozo, de cuya opinión se me da dos bledos, traté de dar a mi paladar lo que me pedía, subí mi capa hasta los ojos, bajé el ala de mi sombrero y en esta conformidad me puse en estado de atrapar al vuelo cuanta necedad iba a salir de aquel bullicioso concurso.

Se hablaba precisamente de la gran noticia que la *Gaceta* se había servido hacernos saber sobre la derrota naval de la escuadra Turco-Egipcia [1]. Quién decía que la cosa estaba hecha: "Esto ya se acabó; de esta vez los turcos salen de Europa", como si fueran chiquillos que se llevan a la escuela. Quién opinaba que las altas Potencias se mirarían en ello, y que la gran dificultad no estaba en desalojar a los turcos de su territorio, como se había creído hasta ahora, sino en la repartición de la Turquía entre los aliados [2], porque al cabo decía, y muy bien, que no era queso. Y, por último, hubo un joven ex militar de los de estos días, que cree que tiene grandes conocimien-

1 La batalla naval de Navarino, 20 de octubre de 1827 (N. del E.)

2 Inglaterra, Francia y Rusia. (N. del E.)

tos en la Estrategia, y que puede dar voto en materias de guerra por haber tenido varios desafíos a primera sangre, y haberle favorecido en no sé qué encrucijada con un profundo arañazo en una mano, no sé si Marte o Venus; el cual dijo, que todo era cosa de los ingleses, que era muy mala gente, y que lo que querían hacía mucho tiempo, era apoderarse de Constantinopla para hacer del Serrallo una bolsa de comercio, porque decía que el edificio era bastante cómodo, y luego hacerse fuertes por mar.

Pero no le parezca a nadie que decían esto como quien conjetura, sino que a otro que no hubiera estado tan al corriente de la petulancia de este siglo, le hubieran hecho creer que el que menos se carteaba con el Gran Señor, o por el pronto, que tenía espías pagados en los gabinetes de la Santa Alianza [1]. Riendo estaba yo de ver cómo arreglaba la suerte del mundo una copa más o menos de ron, cuando un caballero que me veía, sin duda, fuera de la conversación y creyó que el desprecio de las opiniones dichas era el que me hacía callar, creyéndome de su partido, se arrimó con un tono tan misterioso como si fuera a descubrirme al-

1 Formada por las cuatro potencias Francia, Austria, Prusia y Rusia. (N. del E.)

guna conjuración contra el Estado, y me dijo al oído, con un aire de importancia, que me acabó de convencer de que también estaba tocado de la politicomanía:

—No dan en el punto, amigo mío. Un niño que nació en el año 11 y que nació rey, reinará sobre los griegos. Las Potencias aliadas le están haciendo la cama para que se eche en ella. Desengañémonos (como si supiera que yo estaba engañado); el Austria no podrá ver con ojos serenos que un nieto suyo permanezca hecho un particular toda su vida. ¿Qué tal?

Como quien dice: ¿He profundizado? ¿He dado en el blanco?

Yo le dije que sí, que tenía razón, y, efectivamente, yo no tenía noticia alguna en contrario ni motivo para decirle otra cosa, y aun si no se hubiera separado de mí tan pronto y con tanta frialdad como interés manifestó al acercarse, le hubiera aconsejado que no perdiese momentos y que hiciese saber sus intenciones a las altas Potencias, las que no dejarían de tomarlas en consideración, y mucho más si, como era muy factible, no les había ocurrido aún aquel medio tan sencillo y trivial de salir de rompimientos de cabeza con la Grecia.

Volví la cabeza hacia otro lado, y en una me-

sa bastante inmediata a la mía se hallaba un literato, a lo menos le vendían por tal unos anteojos sumamente brillantes, por encima de cuyos cristales miraba, sin duda porque veía mejor sin ellos, y una caja llena de rapé, de cuyos polvos, que sacaba con bastante frecuencia y que llegaba a las narices con el objeto de descargar la cabeza, que debía tener pesada del mucho discurrir, tenía cubierto el suelo, parte de la mesa, y porción no pequeña de su guirindola, chaleco y pantalones. Porque no quisiera que se me olvidase advertir a mis lectores que desde que Napoleón, que calculaba mucho, llegó a ser Emperador, y que se supo que podría haber contribuído mucho a su elevación el tener despejada la cabeza y, por consiguiente, los puñados de tabaco que a este fin tomaba, se ha generalizado tanto el uso de este estornudorífico que no hay hombre, que discurra que no discurra, que, queriendo pasar por persona de conocimientos, no se atasque las narices de este tan precioso como necesario polvo. Y volviendo a nuestro hombre,

—¿Es posible? —le decía a otro que estaba junto a él y que afectaba tener frío, porque, sin duda, alguna señora le había dicho que se embozaba con gracia—, ¿es posible —le decía mirando a un folleto que tenía en las ma-

nos—, ¿es posible que en España hemos de ser tan desgraciados o por mejor decir, tan brutos?

En mi interior le di las gracias por el agasajo en la parte que me toca de español, y siguió:

—Vea usted este folleto.

—¿Qué es?

—Me irrito; eso es insufrible.

Y se levantó y dió un golpe tremendo en la mesa, para dar más fuerza a la expresión: golpe que hubiera sido bastante a trastornar todos los vasos, si algunos hubiera habido.

Miréle de hito en hito, creyéndole muy interesado en alguna desgracia sucedida, o un furioso digno de atar por no saber explicarse sino a porrazos, como si los trastos de nadie tuviesen la culpa de que en Madrid se publiquen folletos dignos de la indignación de nuestro hombre.

—Pero, señor don Marcelo, ¿qué folleto es ese que altera de ese modo la bilis de usted?

—Sí, señor, y con motivo. Los buenos españoles, los hombres que amamos a nuestra Patria, no podemos tolerar la ignominia de que la cubren hace muchísimo tiempo esas bandadas de seudoautores. ¡Este empeño de que todo el mundo se ha de dar a luz! ¡Maldita sea la

luz! ¡Cuánto mejor viviríamos a obscuras que alumbrados por esos candiles de la literatura!

Aquí todo el mundo reparó en la metáfora; pero nuestro hombre que se creyó aplaudido tácitamente, y seguro de que su terminillo había tenido la felicidad de reasumir toda la atención de los concurrentes, prosiguió con más entereza:

—¡Jamás, jamás he leído cosa peor!; abra usted, amigo, abra usted la primera hoja, lea usted: "Carta de las quejas que da el noble arte de la Imprenta, por lo que le degrada el señor Redactor del *Diario de Avisos.*" ¿Qué dice usted ahora?

—Hombre, la verdad, el objeto me parece laudable, porque yo también estoy cansado del señor diarista.

—Sí, señor, y yo también; no hay duda que el señor diarista da mucho pábulo a la sátira y a la cólera de los hombres sensatos; pero si el diarista con su malísima impresión y sus disparatados avisos degrada la Imprenta, no sé qué es lo que hace el señor S. C. B. cuando emplea ese noble arte en indecencias como las que escribe. Lea usted, y verá, al cuarto o quinto renglón: "todo el auge de su esplendor", "el sueldo de inválidas que deben gozar las letras", gracia que después nos repite en

verso; "el país de los Pigmeos", "los ojos de linces", "el anteojo de Galileo para estrellas", "los tatarabuelos de las letras" y otras mil chocarrerías y machadas, tantas como palabras, que ni venían al caso ni han hecho gracia a ningún lector.

—Dice usted muy bien, señor don Marcelo. Ha hablado usted mucho y muy bueno.

—¡Oh! ¡si hablo!, y dijera más si no me llamase mi obligación.

Esto dijo levantándose, y sacando el reloj, y yo me hubiera alegrado que hubiera apuntado con una hora de adelanto, que ya me dolía la cabeza, al paso que me gustaba aquel hombre estrepitoso.

—Amo —siguió—, amo demasiado a mi Patria para ver con indiferencia el estado de atraso en que se halla. Aquí nunca haremos nada bueno... y de eso tiene la culpa... quien la tiene... Sí, señor... ¡Ah! si pudiera uno decir todo lo que siente; pero no se puede hablar todo... no porque sea malo. Pero es tarde, y más vale dejarlo... ¡Pobre España!... Buenas noches, señores.

Entre paréntesis, y antes que se me olvide, debo prevenir que la misma curiosidad de que hablé antes me hizo al día siguiente indagar, por una casualidad, que felizmente se me vino

a las manos, quién era aquel buen español tan amante de su Patria, que dice que nunca haremos nada bueno porque somos unos brutos (y efectivamente que lo debemos ser, pues aguantamos esta clase de hipócritas). Supe que era un particular, que tenía bastante dinero, el cual había hecho teniendo un destino en una provincia, comiéndose el pan de los pobres y el de los ricos, y haciendo tantas picardías, que le habían valido el perder su plaza ignominiosamente, por lo que vivía en Madrid como otros muchos, y entonces repetí para mí su expresión: "¡Pobre España!"

Y volviendo a mi Café, levantéme cansado de haber reunido tantos materiales para mi libreta; pero quise echar un vistazo, antes de marcharme, por varias mesas. En una se hallaba un subalterno vestido de paisano, que se conocía que huía de que le vieran, sin duda porque le estaba prohibido andar en aquel traje, al que hacían traición unos bigotes que no dejaba un instante de la mano, y los torcía, y los volvía a retorcer, como quien hace cordón, y apenas dejaba el vaso en el platillo cuando acudía con mucha prisa a los bigotes, como si tuviese miedo de que se le escapasen de la cara. Hablaba en tono bastante bajo y como receloso de que le escucharan, aunque estaba en un

rincón bastante retirado, con una que parecía joven, y en cuyo examen no me quise detener mucho, porque me hice prudentemente el cargo de que sería prima suya, o cosa semejante.

Otro estaba más allá, afectando estar solo con mucho placer, indolentemente tirado sobre su silla, meneando muy de prisa una pierna sin saber por qué, sin fijar la vista particularmente en nada, como hombre que no se considera al nivel de las cosas que ocupan a los demás, con un cierto aire de vanidad e indiferencia hacia todo, que sabía aumentar, metiéndose con mucha gracia en la boca un enorme cigarro, que se quemaba a manera de tizón, en medio de repetidas humaradas, que más parecían salir de un horno de tejas que de boca de hombre racional, y que, a pesar de eso, formaba la mayor parte de la vanidad del que le consumía, pues le debía haber costado el llenarse con él los pulmones de hollín más de un real.

Apartéme de él porque me fastidian los hombres vanos y no tenía gana de que me sofocara el humo que despedía; y en otra mesa reparé en otra clase de tonto que compraba los amigos que le rodeaban a fuerza de sorbetes. Pagaba y bebía por vanidad, y creía que todos aquellos que se aprovechaban de su locura eran efectivamente amigos, porque por cada bebida se

lo repetían un millón de veces. Le habían hecho creer que tenía mucho talento, soltura, gracia, etcétera, y de este modo le hacían hacer un papel ridículo. El no conocía que nunca se granjea sino enemigos el que ofende el amor propio de los demás, haciendo siempre el gasto, porque no hay uno que no quiera hallarse en el caso de hacerle para dar a los demás en cara, y como esta es una situación envidiable, porque todos quieren ajar a los otros, sólo engendra odio hacia aquel que de este modo nos insulta, aunque saquemos partido por el pronto de su largueza. Ni preveía que el día en que se le acabara el dinero serían aquellos mismos los primeros a ridiculizarle, a reírse en sus bigotes y a no hacerle más caso que si nunca le hubieran conocido. Vi que hacía ostentación de despreciar la vuelta que el mozo le dió, al mismo tiempo que una pobre anciana se le acercaba, pidiéndole alguno de aquellos cuartos que tanto despreciaba; y, efectivamente, vi que creyó cumplir con lo que debe a la humanidad el que tiene dinero regalándola con un seco y repetido "perdone usted, hermana"; y dándola un empellón al levantarse, añadió:

—Vamos, ya se habrá empezado la sinfonía, y en esta ópera es preciso sacar todo el jugo posible a los 12 reales y 2 cuartos. Tam-

bién es desgracia que haya tanto pobre: a mí me parte el corazón; por todas partes no halla usted sino pobres.

—Al fin —dije para mí— el otro tenía la cabeza huera, pero éste tiene el corazón en la lengua.

Púseme a mirar en seguida con bastante atención a otro mozalbete muy bien vestido, cuya fisonomía me chocó, y el mozo, que gusta de hablar a veces conmigo porque le suelo dar algunos cuartos siempre que tomo algo, y que conoce mi curiosidad, se acercó y me dijo:

—¿Está usted mirando a aquel caballero?

—Sí, y quisiera saber quién es.

—Es un joven, como usted ve, muy elegante, que viene a tomar todos los días café, ponch, ron en abundancia, almuerzos, jamón, aceitunas; que convida a varios, habla mucho de dinero, y siempre me dice al salir, con una cara muy amistosa y al mismo tiempo de imperio: "Mañana le pediré a usted la cuenta", o "Pasado mañana te daré lo que te debo." Hace ya medio año que sucede esto; yo todavía no he visto la cruz a la moneda, y le busco y le hablo, y nada, no consigo nada: y lo peor es que tiene uno más vergüenza que él, porque no me atrevo a decirle: "Págueme usted, o no le sirvo"; y resulta que se luce con mi bolsillo. ¡Oh! y si

fuera el único; pero hay muchos que, a trueque de conde, marqués, caballero, y a la capa de sus vestidos, nunca pagan si no es con muy buenas palabras. ¿Y qué ha de hacer usted?

—¡Bravo! ¿Y aquel otro que está ahora hablando con él?

—Sí, señor, ya sé... Aquel, ¿eh?... ¡Si supiera usted!... Sólo a usted se lo diría... Pero de todos modos no le diré cómo se llama, ni quién es; que aunque usted me ve de mozo de café, también tengo mi poquito de miramiento, y no quiero ajar la opinión de nadie.

—Diga usted; que si él no cuida de la suya, ¿por qué se la ha de conservar usted, importándole mucho menos?

—Pues aquel sujeto, ahí donde usted le ve tan bien vestido, suele traerme los días que hay apretura para ver la ópera algunos billetes, que le vendo por una friolera al duplo o al triplo, según es aquélla; da una gratificación por una o dos docenas a quien se las proporciona a poco más del justo precio, y viene a sacar veinte, cuarenta o sesenta reales en luneta. Estoy seguro que la *Semíramis* le ha valido más de tres onzas. Luego suena que yo soy el revendedor, porque saca con mi mano el ascua, y él gana mucho y no pierde su opinión; y yo, de quien dicen que no la tengo porque se le figura a la gente que un

hombre mal vestido o que sirve a los otros por precisión está dispensado de tener honor, gano poco de dinero y no gano nada en crédito.

En esto salía yo ya, y al pasar por un pasillo me quedaba todavía qué observar: tuve que hacer la vista gorda, porque un mozo, creyendo que nadie le veía, estaba a la sazón echando un poco de agua en una cafetera de leche, sin duda para quitarle la parte mantecosa, que siempre fastidia al paladar, y al tiempo de salir de un billar contiguo, que atravesé con mucha prisa por el humo de tabaco, la bulla y las malísimas trazas de los que pasan el día en dar tacazos a una bola al ronco y estrepitoso ruido del bombo, acompañado del continuo gritar "el 1, el 2, etcétera", y en herir los oídos de las personas sensatas con palabras tan superfluas como indecentes, tropecé por desgracia con un buen hombre a quien los años no dejan andar tan de prisa como él quisiera, y que, a pesar de eso, sé yo que no deja de ir hace la friolera de unos cuarenta años a su partida de billar, o a ser espectador de la de los demás cuando el pulso no le permite jugar él mismo. El tropezón fué fuerte por su natural torpeza, y no pude menos de exclamar en la fuerza del dolor: "¿A qué vendrán estos hombres, cargados con tantos años como vicios al billar, como si no hubiera iglesias en Madrid,

o no tuviesen casa y mujer, sobrina o ama de quien despedirse para la otra vida?"

Seguí quejándome hasta mi casa, sin ninguna gana de reír de mis observaciones como otros días, aunque siempre convencido de que el hombre vive de ilusiones y según las circunstancias, y sólo al meterme en la cama, después de apagar mi luz y al conciliar el sueño, confesé como acostumbro: "Este es el único que no es quimera en este mundo."

(De *El Duende Satírico del Día,* primer cuaderno, Madrid, enero o febrero de 1828.)

CORRESPONDENCIA DEL DUENDE

Señor Duende: Aunque ignoro quién seáis y qué clase de espíritu y de qué punto habéis salido, como tenéis al frente un redactor que sin duda os comunicará lo que se os escriba, no tengo dificultad en atreverme a manifestaros por su conducto el gozo que me ha cabido de ver que hay un ente que osa despreciar cuanto puede acaecerle por criticar lo que es risible.

Soy un hombre que también tengo mis puntas y collar de buen humor; soy de muy buen reír, y espero que no desairaréis algunas observaciones que me tomaré la libertad de haceros, aunque supongo que tal vez pensaréis en ellas.

Bueno es que critiquéis las obras malas; pero habiendo tanto que criticar en Madrid, ¿se quedarán otras mil cosas que no pertenecen a la literatura sin el correspondiente varapalo, que merecen?

Por ejemplo: yo creí que en vuestro primer cuaderno ya nos hablaríais de cosas más al alcance de todos. Criticad, señor Duende, las fondas de Madrid, los cafés, etc., las casas públicas. ¿Por qué no había de haber en una capital fondas decentes donde comer a gusto y con finura, y no que todas parecen casas donde se *gisa* de comer? Si se habla de cafés, no hay uno bueno: habitaciones que se hicieron para todo menos para café, ahogadas y mezquinas, frías como neveras en el invierno pudiendo tener a poca costa una estufa siquiera. Y en todos no saben salir de mesas de pino pintadas, que no las habría peores en una taberna; cuya pintura se pega a los vestidos, sucediendo otro tanto con las sillas; y, para prueba de cómo adelantamos, uno solo que había con mesas más limpias ha desaparecido para embeberse en una fonda refundida, en que creímos todos los gastrónomos hallar innovaciones de mérito y de gusto; pero nada de eso: nos han añadido una porción de ridiculeces que antes no teníamos aún. ¿Qué es aquello de llamar a las diversas piezas de comer Marco Antonio, Cleopatra, Viena, Zaragoza, Venecia, Embajador chico y grande? ¡Habrá ocurrencia singular! ¿Si querrán hacer de una fonda un pequeño epítome de historia o un diccionario biográfico? Si siquiera hubieran pues-

to algún cuadro que representase la mesa opípara de Elio-Gábalo (1), con su nombre como para presidir al buen gusto, al lujo y profusión de la comida, convengo en que no era salirse de camino; y confieso que cuando vi todo aquel aparato histórico sospeché que me iban a dar una comida muy erudita y llena de alusiones históricas y rasgos filosóficos; pero nada de eso: me la dieron tan prosaica y vulgar como en las demás fondas. En vano miré la lista por ver si personas que inventaban nombres tan ajustados a las cosas habrían mudado el tecnicismo gastronómico galo-hispano que tenemos, para poner a los manjares nombres españoles sacados de nuestros autores clásicos, del Mariana o del Antillón; pero me encontré todavía con los *cornisones,* los *purés,* las *chuletas a la papillote,* las *manos a la vinagret,* el *salmin de chochas,* el *hígado salteado,* etc., y se me cayó el alma a los pies viendo que era preciso resignarse a seguir comiendo en extranjero. ¡Nada de nombres nuevos! Paciencia. No siempre han de venir los nombres a las cosas. Ahí están las lonjas de ultramarinos, donde creo que lo que menos

1 Muchos están en el error de que Elio-Gábalo, como dicen, era un glotón que no se hartaba nunca de comer, cuando sólo era un Emperador que se distinguía por el lujo de su mesa.

se vende es de ultramar, y ahí está Lorencini, donde existe el letrero de botillería y la muestra de pasteles.

Sólo una fonda ha habido, y para eso ya no es, en que el nombre conviniese con el objeto, y era la del Grande Océano. Efectivamente, un día sólo que me metí en ella a comer tuve para mucho tiempo que arrepentirme de haberme engolfado tan imprudentemente y sin saber nadar en un plato decorado a la aguada, de que me vi negro para salir, sin tener siquiera una tajada a qué agarrarme para ponerme en tierra firme.

A propósito: criticad los manjares, sobre todo aquel engrudo llamado crema, de que no saben salir en todo el año; aquella execrable mostaza hecha a fuerza de vinagre; aquel cocido insípido y asqueroso, y, lo que es peor, aquel sacar los mozos los cubiertos del bolsillo, donde los tienen confundidos con las puntas de los cigarros o donde participan de elementos aún peores.

Hablad un poco de las novedades que se notan en los cafés cuando se entra en ellos (como en el de Venecia) y se ven las mesas cubiertas de palurdos, que también toman su café como unas personas. ¡Oh siglo de las luces! ¿Cuándo se veía antes un lugareño tomando café?

Efecto de la ilustración. Allí arreglan la Europa, toman la *Gaceta,* hacen como que leen, hablan alto, y dando porrazos para adquirirse la importancia que nadie les da, mandan a menudo a los mozos, y si os acercáis los veréis decir cada uno:

—Si yo fuera ministro, si yo fuera rey, otra cosa andaría; había de hacer y de acontecer.

De allí salen y van en derechura desde su congreso a arreglar las enjalmas de sus borricos, que trajeron cargados de paja, para volverse a su lugar, donde, si vais, veréis a estos ministros, que se creen con más talento que un Florida Blanca, empezar a palos con sus mujeres, y dirigir pésimamente a sus hijos, que no saben arreglar ni enseñar a leer y escribir; y si os familiarizáis más con ellos, os darán pruebas convincentes de su ilustración, que podréis criticar en algún cuaderno.

Allí al lado pasean todo el día la plazuela de Santa Ana los innumerables representantes de la legua que vienen en la Cuaresma a hacer oposición a las plazas de farsantes, y que riñen sobre si han de hacer un día de reyes y otro de pordioseros en Madrid o en Alcalá, como si todos los parajes del mundo no fueran tan buenos unos como otros para hacer los tontos.

Divididos de Venecia por esta valla exis-

ten a dos varas los concurrentes a la Nicolasa. Criticad también, etc. Pero no critiquéis nada. Pasad de largo: no todo se puede criticar.

A propósito: quiero daros un aviso: hablando de vuestras diabluras no ha mucho, se quejaba cierto sujeto de que habían criticado a un poeta emparentado con un señor ayuda de cámara de importancia. No pude menos de decirle que sin duda repararíais la ofensa, declarando seriamente, bajo palabra de honor de Duende, que sería muy bueno para ayuda de cámara, pero que eso no se opone a que sus parientes fuesen malos poetas.

¿No os parece que dije bien? Pues, a pesar de eso, hubo quien dijo que esas chanzas salían a la cara.

Con que os lo aviso, señor Duende, y, por lo tanto, sería bueno que criticaseis cosas indiferentes. Os aprecio, y creo que no será ésta la última carta si hacéis de ella la estimación que espera quien se ofrece muy suyo.

H. W.

(De *El Duende Satírico del Día.* Cuaderno segundo, marzo 1828.)

CORRIDAS DE TOROS

Vous connaissez l'horreur des spectacles affreux
Dont les romains faisaient le plus doux de leurs jeux.
Ce peuple qui donnait, par un mepris bizarre,
A tout peuple étranger le tître de barbare,
Ne repaissait ses yeux que des pleurs des mortels
Et de sang arrosait ses théâtres cruels.
Aux tigres, aux lions livrant des miserables
Il se divertissait de leurs cris lamentables;
Il exposait aux ours des esclaves tremblants
Pour en voir disperser tous les membres sanglants,
Le grave sénateur courait à ces supplices,
Et la jeune vestale en faisait ses délices.

(Mr. Racine, fils. Epitre à madame la Duchesse de Noailles sur l'âme des bêtes.)

Ejercite sus fuerzas el mancebo
En frentes de escuadrones; no en la frente
Del útil bruto l'hasta del acebo.
....
Gineta y cañas son contagio moro;
Restitúyanse justas y torneos,
Y hagan paces las capas con el toro.

(Quevedo, Epíst. satir. y censor.)

Estas funciones deben su origen a los moros, y, en particular, según dice don Nicolás Fernández de Moratín, a los de Toledo, Córdoba y Sevilla. Estos fueron los primeros que lidiaron toros en público. Los principales mo-

ros hacían ostentación de su valor, y se ejercitaban en estas lides, mezclando su ferocidad natural con las ideas caballerescas que comenzaban a inundar la Europa. El anhelo de distinguirse en bizarría delante de sus queridas, y de recibir su corazón en premio de su arrojo, les hizo poner las corridas de toros al nivel de sus juegos de cañas y de sortijas.

Los españoles sucesores de Pelayo, vencedores de una gran parte de los reyezuelos moros que habían poseído media España, ya reconquistada, tomaron de sus conquistadores en un principio, compatriotas, amigos o parientes en seguida, enemigos casi siempre, y aliados muchas veces, estas fiestas, cuya atrocidad era entonces disculpable, pues que entretenía el valor ardiente de los guerreros en las suspensiones de armas para la guerra.

El primer español que alanceó a caballo un toro fué nuestro héroe, nunca vencido, el famoso Ruy o Rodrigo Díaz de Vivar, dicho el Cid, que venció batallas aun después de su muerte. Hasta éste sólo en las baterías de caza habían peleado los españoles con estos hermosos animales: y cuando el Cid alanceó el primer toro delante de los que le acompañaban, éstos quedaron admirados de su fuerza y de su destreza.

Sin duda con este motivo supuso don Nicolás Fernández de Moratín las fiestas de toros en Madrid, que entonces era un pequeño lugar con castillo moro, dependiente de los de Toledo, a las que hizo las hermosas quintillas que se hallan en sus obras póstumas, impresas en Barcelona, las cuales pueden dar una idea de las costumbres de aquellos tiempos.

Madrid, castillo famoso, etc., etc.

La admiración pública, la novedad, y sobre todo el espíritu algún tanto feroz de aquellos tiempos de guerra y de incivilización contribuyeron no poco a poner en boga esta diversión, y después dos causas principales las acabaron de establecer: la galantería, que comenzó a mezclarse en todas las acciones de los hombres, y el no haberse desdeñado los Reyes mismos algunas veces de dejar el cetro para empuñar el rejoncillo. La influencia del ejemplo de éstos, como ha sucedido siempre, arrastró la opinión general, y no hubo noble que no quisiese imitar al monarca en el disputar los premios que la hermosura adjudicaba por su mano al valor, o tal vez a las fuerzas de flaqueza que sabía sacar el amor propio, aun del corazón de los más tímidos, que querían aspirar al de las bellezas de aquellos tiempos.

Como los toros era una fiesta privativa de los nobles, le era prohibido a la plebe el entrometerse en ella hasta el toque de desjarrete, el que sonaba después que los caballeros habían alanceado completamente al toro. Entonces la multitud se arrojaba a la plaza, no de otro modo que en nuestras insoportables y brutales novilladas, armada de palos, chuzos y venablos, y corría atropelladamente a matar al toro como podía; pero éste, que no siempre era del parecer de la plebe, sino que solía dar en llevar la contraria, era causa de que en estas ocasiones ocurrían no pocas desgracias; y entonces el infeliz inexperto e imprudente que tenía la desgracia de ver la función desde las astas del animal no debía esperar auxilio alguno de parte de la nobleza, que tenía por vil y degradante salvar la vida de un plebeyo. Esta nobleza, bien distinta de la que aplaudía a Terencio cuando resonaba el teatro romano con aquel dicho del poeta: "*Homo sum; nihil humani a me alienum puto*", no podía dejar la silla, a no ser que perdiese el rejón, la lanza, el guante o el sombrero, en cuyo caso no podía volver a montar sin haber dado antes muerte a la fiera y recobrado la prenda perdida. Cada noble solía llevar en derredor de su caballo dos o tres chulos de

a pie para distraer al toro en un riesgo, como en el día nuestros capeadores.

Poco después ya se trató de construír algunas plazas al propósito, y se mataban los toros con la media luna o a garrochazos, dando esta comisión a los esclavos moros, y más adelante, a los negros y mulatos.

En Madrid, a pesar de no ser todavía la corte de los Reyes, ya se trató de construír una plaza, y se cree que la primera estuvo situada enfrente de la casa de Medinaceli; después se trasladó a la plazuela de Antón Martín; otra hubo en el Soto-Luzón, y últimamente, la que existe en el día fuera de la puerta de Alcalá, revocada en almazarrón, cuya magnífica construcción hace honor a la España y a la arquitectura, y parece querer rivalizar con los circos romanos: una trabazón sin fin de tablas sin cepillar, de una solidez nada propia para desafiar a los siglos, hace temer que este inculto maderamen retrograde a hacer parte de la tierra de que se separó, volviendo a tomar raíces los leños y troncos casi enteros que le componen, y que existen encubiertos con un disimulo nada común, o por lo menos que los aficionados se vuelvan un lunes a su casa con el anfiteatro en las espaldas: verdadera imagen de la fragilidad de las obras humanas.

Los hombres pasan extrañamente de unos extremos de locura a otros: no había mucho que la nobleza, celosa del alto honor de morir en las astas de un animal, no permitía que plebeyo alguno le disputase la menor parte, e inmediatamente se desdeña de lidiar con las fieras, hasta el punto de declarar infame al que va a sucederle en tan arriesgada diversión: efectivamente, desde entonces unos cuantos hombres infamados pueden enriquecerse con el precio de su vida, tan vilmente alquilada a la pública diversión, a no tener las costumbres de su calidad.

Pero, si bien los toros han perdido su primitiva nobleza; si bien antes eran una prueba del valor español, y ahora sólo lo son de la barbarie y ferocidad, también han enriquecido considerablemente estas fiestas una porción de medios que se han añadido para hacer sufrir más al animal y a los espectadores racionales: el uso de perros, que no tienen más crimen para morir que el ser más débiles que el toro y que su bárbaro dueño; el de los caballos, que no tienen más culpa que el ser fieles hasta expirar, guardando al jinete aunque lleven las entrañas entre las herraduras; el uso de banderillas sencillas y de fuego, y aun la saludable costumbre de arrojar el bien intencionado pueblo a la arena

los desechos de sus meriendas, acaban de hacer de los toros la diversión más inocente y más amena que puede haber tenido jamás pueblo alguno civilizado.

Así es que amanece el lunes, y parece que los habitantes de Madrid no han vivido los siete días de la semana, sino para el día en que deben precipitarse tumultuosamente en coches, caballos, calesas y calesines fuera de las puertas y en que creen que todo el tiempo es corto para llegar al circo, adonde van a ver a un animal tan bueno como hostigado, que lidia con dos docenas de fieras disfrazadas de hombres, unas a pie y otras a caballo, que se van a disputar el honor de ver volar sus tripas por el viento a la faz de un pueblo que tan bien sabe apreciar este heroísmo mercenario. Allí parece que todos acuden orgullosos de manifestar que no tienen entrañas, y que su recreo es pasear sus ojos en sangre, y ríen y aplauden al ver los destrozos de la corrida.

Hasta la sencilla virgen, que se asusta si ve la sangre que hizo brotar ayer la aguja de su dedo delicado, que se desmaya si oye las estrepitosas voces de una pendencia, que empalidece al ver correr a un insignificante ratón, tan tímido como ella, o al mirar una inocente araña que en su tela laboriosa de nada se acuerda menos

que de hacerla daño; la tierna casada, que en todo ve sensibilidad, se esmeran en buscar los medios de asistir al circo, donde, no sólo no se alteran ni de oír aquel lenguaje tan ofensivo, que debieran ignorar eternamente, y que escuchan con tan poco rubor como los hombres que le emplean, ni se desmayan al ver vaciarse las tripas de un cuadrúpedo noble que se las pisa y desgarra, sino que salen disgustadas si diez o doce caballos no han hecho patente a sus ojos la maravillosa estructura interior del animal, y si algún temerario no ha vengado con su sangre, derramada por la arena, la razón y la humanidad ofendidas.

El artesano irremisiblemente asiste y se divierte, tal vez a buena cuenta de lo que piensa trabajar en la semana, pues el resto de la anterior pagó su tributo acostumbrado la noche del domingo en el *despacho de vino* de que es parroquiano, y donde acabó de perder la poca cabeza que le quedó por la tarde de la cuajada y baile con que celebró el paso por el Avapiés de su pacientísimo Criador, según costumbre religiosa; estos parcos españoles se contentan con ser dichosos el domingo y el lunes, y reservan para los demás días, en que ya no hay

19 Nombre nuevo con que algunos cosecheros han ennoblecido sus tabernas.

harina en casa, el trabajar la obra y las bien andadas costillas de la mujer, como si quisieran indemnizarse en su pellejo del dinero mal gastado: bien que hay alguna que no sabría vivir sin este desahogo, porque cree que éstas son las pruebas de cariño más marcadas que puede dar un marido español y cariñoso: todo es a lo que el cuerpo se acostumbra. Una clase de entes no va a estas funciones: esa bandada de sentimentales que han pasado el Vidasoa, que en sus aguas, como pudieran en las del Leteo, se despojaron de todo lo español que llevaban, y volvieron a los dos meses haciendo ascos de su antiguo puchero, buscando la calle en que vivieron, y no sabiendo cómo llamar a su padre; éstos están fuera de combate, y tienen sobrada dicha con que no los obliguen a gastar paño de Tarrasa en sus vestidos, con que los dejen desafiarse todos los días a primera sangre, tropezar, pisar, enderezar el lente, pegar con el látigo, insultar y hacer reír a todo el mundo en el prado, en el teatro, en las concurrencias; disputar mucho sobre las óperas, sin entender una nota de música y hablar una jerigonza de francés, italiano, inglés y español, etcétera: para estos son insípidos los toros, y repiten con énfasis: *función bárbara.*

En estas fiestas, donde se ejercita la ternu-

ra, ¿qué fruto no puede sacar el filólogo? ¡Qué extrañeza de voces, que no están escritas en ninguna parte, y que forman un nuevo idioma, no conocido sino del que frecuentó las Maravillas, las Vistillas, el Avapiés y el Barquillo!; un idioma cuya riqueza y caudal no se extiende más allá de una docena de palabras expresivas y enérgicas y que, bien fraseadas, hacen depender su inteligencia de sola su diversa modulación. ¡Oh pueblo lacónico y de una penetración singular! Una sola palabra te significa admiración, enojo, rabia, celos, engaño, placer, novedad, venganza, etc.; ella es el requiebro que dices a tus amadas, y el insulto que profieres contra tus enemigos, etc. Y entre tanto existe en el globo una nación en que emplea el hombre toda su vida en acumular voces para poderse hacer entender de sus semejantes, y tal vez muere anciano sin conseguir saber su lengua. Venga a los toros el chino, y aprenderá a decir mucho en pocas palabras de la perspicacia de los españoles; venga todo el mundo a unas fiestas en que, como dice Jovellanos, el *crudo majo hace alarde de la insolencia; donde el sucio chispero profiere palabras más indecentes que él mismo; donde la desgarrada manola hace gala de la impudencia; donde la continua gritería aturde*

la cabeza más bien organizada; donde la apretura, los empujones, el calor, el polvo y el asiento incomodan hasta sofocar, y donde se esparcen por el infestado viento los suaves aromas del tabaco, el vino y los orines.

Concluiré este artículo con las dos composiciones poéticas siguientes, que, por hacer relación a los toros, no disgustarán tal vez a los apasionados.

(De *El Duende Satírico del Día.* Cuaderno tercero, mayo 1828.)

9 Estas dos composiciones, que aquí no reproducimos por su extensión y por no hacer a nuestro propósito, son la de don Nicolás Fernández de Moratín *A Pedro Romero, torero insigne,* y la de don Pedro Calderón de la Barca, *El toreador nuevo, cuento.* (N. del E.)

¿QUIÉN ES EL PÚBLICO Y DÓNDE SE ENCUENTRA?

(Artículo mutilado, o sea refundido. Hermite de la Chaussée d'Antin.)

El doctor tú te le pones,
El Montalván no le tienes,
Con que quitándote el don
Vienes a quedar Juan Pérez.

Epigrama antiguo contra el doctor don Juan Pérez de Montalván.

Yo vengo a ser lo que se llama en el mundo un buen hombre, un infeliz, un pobrecillo, como ya se echará de ver en mis escritos; no tengo más defecto, o llámese sobra si se quiere, que hablar mucho, las más veces sin que nadie me

---

4 En efecto, este artículo de Larra es un arreglo para el público de Madrid, del que Víctor Joseph Etienne Jouy había incluído en su Colección que lleva el título de *L'Hermite de la Chaussée d'Antin* bajo el epígrafe *Qu'est que le public? et où se trouve-t-on?* Hay pasajes traducidos literalmente: otros están parafraseados. (N. del E.)

pregunte mi opinión; váyase porque otros tienen el de no hablar nada, aunque se les pregunte la suya. Entremétome en todas partes como un pobrecito, y formo mi opinión y la digo, venga o no al caso, como un pobrecito. Dada esta primera idea de mi carácter pueril e inocentón, nadie extrañará que me halle hoy en mi bufete con gana de hablar, y sin saber qué decir; empeñado en escribir para el público, y sin saber quién es el público. Esta idea, pues, que me ocurre al sentir tal comezón de escribir será el objeto de mi primer artículo. Efectivamente, antes de dedicarle *nuestras* vigilias y tareas *quisiéramos* saber con quién *nos* las *habemos*.

Esa voz *público* que todos traen en boca, siempre en apoyo de sus opiniones, ese comodín de todos los partidos, de todos los pareceres, ¿es una palabra vacía de sentido, o es un ente real y efectivo? Según lo mucho que se habla de él, según el papelón que hace en el mundo, según los epítetos que se le prodigan y las consideraciones que se le guardan, parece que debe de ser alguien. El público es *ilustrado,* el público es *indulgente,* el público es *imparcial,* el público es *respetable:* no hay duda, pues, en que existe el público. En este supuesto, *¿quién es el público y dónde se le encuentra?*

Sálgome de casa con mi cara infantil y boba-

licona a buscar al público por esas calles, a observarle y a tomar apuntaciones en mi registro acerca del carácter, por mejor decir, de los caracteres distintivos de ese respetable señor. Paréceme a primera vista, según el sentido en que se usa generalmente esta palabra, que tengo de encontrarle en los días y parajes en que suele reunirse más gente. Elijo un domingo, y dondequiera que veo un número grande de personas llámolo público, a imitación de los demás. Este día un sinnúmero de oficinistas y de gentes ocupadas o no ocupadas el resto de la semana, se afeita, se muda, se viste y se perfila; veo que a primera hora llena las iglesias, la mayor parte por ver y ser visto; observa a la salida las caras interesantes, los talles esbeltos, los pies delicados de las bellezas devotas, les hace señas, las sigue, y reparo que a segunda hora va de casa en casa haciendo una infinidad de visitas: aquí deja un cartoncito con su nombre cuando los visitados no están o no quieren estar en casa; allí entra; habla del tiempo, que no le interesa; de la ópera, que no entiende, etc. Y escribo en mi libro: "El público oye misa; el público coquetea (permítaseme la expresión mientras no tengamos otra mejor); el público hace visitas, la mayor parte inútiles, recorriendo casas, adonde va sin objeto, de donde sale sin motivo, donde,

por lo regular, ni es esperado antes de ir, ni es echado de menos después de salir; y el público, en consecuencia (sea dicho con perdón suyo), pierde el tiempo y se ocupa en futesas", idea que confirmo al pasar por la Puerta del Sol.

Entrome a comer en una fonda, y no sé por qué, me encuentro llenas las mesas de un concurso que, juzgando por las facultades que parece tener para comer de fonda, tendrá probablemente en su casa una comida sabrosa, limpia, bien servida, etc., y me lo hallo comiendo voluntariamente, y con el mayor placer, apiñado en un local incómodo (hablo de cualquier fonda de Madrid), obstruído, mal decorado, en mesas estrechas, sobre manteles comunes a todos, limpiándose las babas con las del que comió media hora antes, en servilletas sucias sobre toscas, servidas diez, doce, veinte mesas, en cada una de las cuales comen cuatro, seis, ocho personas, por uno o solos dos mozos mugrientos, mal encarados y con el menor agrado posible; repitiendo este día los mismos platos, los mismos guisos del pasado, del anterior y de toda la vida; siempre puercos, siempre mal aderezados; sin poder hablar libremente por respetos al vecino; bebiendo vino, o por mejor decir, agua teñida o cocimiento de campeche abominable. Digo para mi capote: "¿Qué alicientes traen al público a

comer en las fondas de Madrid?" Y me contesto: "El público gusta de comer mal, de beber peor, y aborrece el agrado, el aseo y la hermosura del local."

Salgo a paseo, y ya en materia de paseos me parece difícil decidir acerca del gusto del público, porque si bien un concurso numeroso, lleno de pretensiones, obstruye las calles y el salón del Prado, o pasea a lo largo del Retiro, otro más llano visita la casa de las fieras, se dirige hacia el río, o da la vuelta a la población por las rondas. No sé cuál es el mejor, pero sí escribo: "Un público sale por la tarde a ver y ser visto, a seguir sus intrigas amorosas ya empezadas o enredar otras nuevas, a hacer el importante junto a los coches, a darse pisotones y a ahogarse en polvo; otro público sale a distraerse, otro a pasearse, sin contar con otro no menos interesante que asiste a las novenas y cuarenta horas, y con otro no menos ilustrado, atendidos los carteles, que concurre al teatro, a los novillos, al fantasmagórico Mantilla y al Circo olímpico."

Pero ya bajan las sombras de los altos montes, y precipitándose sobre estos paseos heterogéneos arrojan de ellos a la gente; yo me retiro el primero, huyendo del público que va en coche o a caballo, que es el más peligroso de

todos los públicos; y como mi observación hace falta en otra parte, me apresuro a examinar el gusto del público en materia de cafés. Reparo con singular extrañeza que *el público tiene gustos infundados;* le veo llenar los más feos, los más obscuros y estrechos, los peores, y reconozco a mi público de las fondas. ¿Por qué se apiña en el reducido, puerco y opaco café del Príncipe y el mal servido de Venecia, y ha dejado arruinarse el espacioso y magnífico de Santa Catalina, y anteriormente el lindo del Tívoli, acaso mejor situados? De aquí infiero que *el público es caprichoso.*

Empero aquí un momento de observación. En esta mesa cuatro militares disputan, como si pelearan, acerca del mérito de Montes y de León, del volapié y del pasatoro; ninguno sabe de tauromaquia; sin embargo, se van a matar, se desafían, se matan en efecto por defender su opinión, que en rigor no lo es.

En otra, cuatro leguleyos que no entienden de poesía se arrojan a la cara, en forma de ale-

16 Francisco Montes (1805-1851). De Chiclana. Considerado por algunos como el primer torero del siglo XIX, autor de un *Arte de torear a pie y a caballo.* Maestro del *Chiclanero.* (N. del E.)

17 Juan León (a) *Leoncillo* (1788-1854), sevillano. Con la aparición de Montes (1833) perdió el primer lugar en la tauromaquia. Fué maestro de *Curro Cúchares.* (N. del E.)

gatos y pedimentos, mil dicterios, disputando acerca del género clásico y del romántico, del verso antiguo y de la prosa moderna.

Aquí cuatro poetas que no han saludado el diapasón se disparan mil epigramas envenenados, ilustrando el punto *poco tratado* de la diferencia de laTossi y de la Lalande, y no se tiran las sillas por respeto al *sagrado* del café.

Allí cuatro viejos en quienes se ha agotado la fuente del sentimiento, avaros, digámoslo así, de su época, convienen en que los jóvenes del día están perdidos, opinan que no saben *sentir* como se sentía en su tiempo, y echan abajo sus ensayos, *sin haberlos querido leer siquiera.*

Acullá un periodista *sin período,* y otro periodista con *períodos interminables,* que no aciertan a escribir artículos que se vendan, convienen en la manera indisputable de redactar un papel que llene con su fama sus gavetas y en la importancia de los resultados que tal o cual artículo, tal o cual vindicación debe tener en el *mundo,* que no los lee.

Y en todas partes muchos majaderos, que no entienden de nada, disputan de todo.

Todo lo veo, todo lo escucho, y apunto con mi sonrisa, propia de un pobre hombre, y con

---

7 Dos divas contemporáneas. (N. del E.)

perdón de mi examinando: "El ilustrado público gusta de hablar de lo que no entiende."

Salgo del café; recorro las calles, y no puedo menos de entrar en las hosterías y otras casas públicas; un concurso crecido de parroquianos de domingo las alborota merendando o bebiendo y las conmueve con su bulliciosa algazara; todas están llenas: en todas el Yepes y el Valdepeñas mueven las lenguas de la concurrencia, como el aire la veleta y como el agua la piedra del molino; ya los densos vapores de Baco comienzan a subir a la cabeza del público, que no se entiende a sí mismo. Casi voy a escribir en mi libro de memorias: "El respetable público se emborracha"; pero felizmente rómpese la punta de mi lápiz en tan mala coyuntura, y no siendo aquel lugar propio para afilarle, quédase *in pectore* mi observación y mi habladuría.

Otra clase de gente, entre tanto, mete ruido en los billares, y pasa la noche empujando las bolas, de lo cual no hablaré, porque este es de todos los públicos el que me parece más tonto.

Abrese el teatro, y a esta hora creo que voy a salir para siempre de dudas y conocer de una vez al público por su indulgencia ponderada, su gusto ilustrado, sus fallos respetables. Esta parece ser su casa, el templo donde emite

sus oráculos sin apelación. Represéntase una comedia nueva; una parte del público la aplaude con furor: es sublime, divina; nada se ha hecho mejor de Moratín acá; otra la silba despiadadamente: es una porquería, es un sainete, nada se ha hecho peor desde Comella hasta nuestro tiempo. Uno dice: "Está en prosa, y me gusta sólo por eso; las comedias son la imitación de la vida; deben escribirse en prosa." Otro: "Está en prosa y la comedia debe escribirse en verso, porque no es más que una ficción para agradar a los sentidos; las comedias en prosa son cuentecitos caseros, y si muchos las escriben así, es porque no saben versificarlas." Este grita: "¿Dónde está el verso, la imaginación, la chispa de nuestros antiguos dramáticos? Todo eso es frío, moral insípida, lenguaje helado; el clasicismo es la muerte del *genio*." Aquél clama: "¡Gracias a Dios que vemos comedias arregladas y morales! La imaginación de nuestros antiguos era desarreglada. ¿Qué tenían? Escondidos, tapadas, enredos interminables y monótonos, cuchilladas, graciosos pesados, confusión de clases, de géneros; el romanticismo es la perdición del teatro: sólo puede ser hijo de una imaginación enferma y delirante." Oído esto, vista esta discordancia de pareceres, ¿a qué me canso en nuevas indagaciones? Recuerdo

que Latorre tiene un partido considerable, y que Luna, sin embargo, es también aplaudido sobre esas mismas tablas donde busco un gusto fijo; que en aquella misma escena los detractores de la Lalande arrojaron coronas a la Tossi, y que los apasionados de la Tossi despreciaron, destrozaron a la Lalande, y entonces ya renuncio a mis esperanzas. ¡Dios mío! ¿Dónde está ese público tan indulgente, tan ilustrado, tan imparcial, tan justo, tan respetable, eterno dispensador de la fama, de que tanto me han hablado; cuyo fallo es irrecusable, constante, dirigido por un buen gusto invariable, que no conoce más norma ni más leyes que las del sentido *común,* que tan pocos tienen? Sin duda el público no ha venido al teatro esta noche: acaso no concurre a los espectáculos.

Reúno mis notas, y más confuso que antes acerca del objeto de mis pesquisas, llego a informarme de personas más ilustradas que yo. Un autor silbado me dice cuando le pregunto quién es el público: "Preguntadme más bien cuántos necios se necesitan para componer un

1 Carlos Latorre (1799-1851), actor dramático cuya especialidad vinieron a ser los grandes papeles del teatro romántico. Maestro del famoso Julián Romea. (N. del E.)

2 José García Luna (1798-1865). Hijo de la célebre actriz Rita Luna, actor él mismo y más especializado en el teatro de carácter o de costumbres que en el trágico o en el romántico. (N. del E.)

público." Un autor aplaudido me responde: "Es la reunión de personas ilustradas, que deciden en el teatro del mérito de las producciones literarias."

Un escritor, cuando le silban, dice que el público no le silbó, sino que fué una intriga de sus enemigos, sus envidiosos, y éste ciertamente no es el público; pero si le critican los defectos de su comedia aplaudida, llama al público en su defensa; el público le ha aplaudido; el público no puede ser injusto; luego es buena su comedia.

Un periodista presume que el público está reducido a sus suscriptores, y en este caso no es grande el público de los periodistas españoles. Un abogado cree que el público se compone de sus clientes. A un médico se le figura que no hay más público que sus enfermos, y gracias a su ciencia este público se disminuye todos los días; y así de los demás: de modo que concluyo la noche sin que nadie me dé una razón exacta de lo que busco.

¿Será el público el que compra la *Galería fúnebre de espectros y sombras ensangrentadas,* y las poesías de Salas, o el que deja

24 *Galería fúnebre de espectros y sombras ensangrentadas, o sea el historiador trágico de las catástrofes del género humano*: *su autor don Agustín Pérez Zaragoza y Godínez.* (Aunque se dice autor no era sino un mal traductor del francés.) (N. del E.)

24 Don Francisco Gregorio de Salas, poeta del si-

en la librería las *Vidas de los españoles célebres* y la traducción de la *Ilíada?* ¿El que se da de cachetes por coger billetes para oír una cantatriz pinturera, o el que los revende? ¿El que en las épocas tumultuosas quema, asesina y arrastra, o el que en tiempos pacíficos sufre y adula?

Y esa opinión pública tan respetable, hija suya sin duda, ¿será acaso la misma que tantas veces suele estar en contradicción hasta con las leyes y con la justicia? ¿Será la que condena a vilipendio eterno al hombre juicioso que rehusa salir al campo a verter su sangre por el capricho o la imprudencia de otro, que acaso vale menos que él? ¿Será la que en el teatro y en la sociedad se mofa de los acreedores en obsequio de los tramposos, y marca con oprobio la existencia y el nombre del marido que tiene la desgracia de tener una loca u otra cosa peor por mujer? ¿Será la que acata y ensalza al que roba mucho con los nombres de señor o de héroe, y sanciona la muerte infamante del que roba poco? ¿Será la que fija el crimen en la cantidad, la que

glo XVIII, a quien su extremado prosaísmo no impidió ser muy leído y popular a fines del siglo XVIII y principios del XIX. (N. del E.)

2 De don Manuel José Quintana. Madrid, 1807. (N. del E.)

2 De don José Gómez Hermosilla. Madrid, 1831. (N. del E.)

pone el honor del hombre en el temperamento de su consorte y la razón en la punta incierta de un hierro afilado?

¿En qué consiste, pues, que para granjear la opinión de ese público se quema las cejas toda su vida sobre su bufete el estudioso e infatigable escritor, y pasa sus días manoteando y gesticulando el actor incansable? ¿En qué consiste que se expone a la muerte por merecer sus elogios el militar arrojado? ¿En qué se fundan tantos sacrificios que se hacen por la fama que de él se espera? Sólo concibo, y me explico perfectamente, el trabajo, el estudio que se emplean en sacarle los cuartos.

Llega, empero, la hora de acostarse, y me retiro a coordinar mis notas del día: léolas de nuevo, reúno mis ideas, y de mis observaciones concluyo:

En primer lugar, que el público es el pretexto, el tapador de los fines particulares de cada uno. El escritor dice que emborrona papel y saca el dinero al público por su bien y lleno de respeto hacia él. El médico cobra sus curas equivocadas, y el abogado sus pleitos perdidos por el bien del público. El juez sentencia *equivocadamente* al inocente por el bien del público. El sastre, el librero, el impresor, cortan, imprimen y roban por el mismo motivo; y, en fin,

hasta el... Pero ¿a qué me canso? Yo mismo habré de confesar que escribo para el público, so pena de tener que confesar que escribo para mí.

Y en segundo lugar, concluyo: que no existe un público único, invariable, juez imparcial, como se pretende; que cada clase de la sociedad tiene su público particular, de cuyos rasgos y caracteres diversos y aun heterogéneos, se compone la fisonomía monstruosa del que llamamos público; que éste es caprichoso, y casi siempre tan injusto y parcial como la mayor parte de los hombres que le componen; que es intolerante al mismo tiempo que sufrido, y rutinero al mismo tiempo que novelero, aunque parezcan dos paradojas; que prefiere sin razón y se decide sin motivo fundado; que se deja llevar de impresiones pasajeras; que ama con idolatría sin *porqué* y aborrece de muerte sin causa; que es maligno y mal pensado y se recrea con la mordacidad; que por lo regular siente en masa y reunido de una manera muy distinta que cada uno de sus individuos en particular; que suele ser su favorita la medianía intrigante y *charlatana,* y objeto de su olvido o de su desprecio el mérito modesto; que olvida con facilidad e ingratitud los servicios más importantes, y premia con usura a quien le lisonjea

y le engaña; y por último, que con gran sinrazón queremos confundirle con la posteridad, que casi siempre revoca sus fallos interesados.

(De *El Pobrecito Hablador,* núm. 1.°, Madrid, agosto de 1832.)

EMPEÑOS Y DESEMPEÑOS

[(Artículo parecido a otro)].

Pierde, pordiosea
El noble, engaña, empeña, malbarata,
Quiebra y perece, y el logrero goza
Los pingües patrimonios...

Jovellanos.

En prensa tenía yo mi imaginación no ha muchas mañanas, buscando un tema nuevo sobre que dejar correr libremente mi atrevida sin hueso, que ya pedía conversación, y acaso nunca lo hubiera encontrado a no ser por la casualidad que contaré; y digo que no lo hubiera encontrado, porque entre tantas apuntaciones y notas como en mi pupitre tengo hacinadas, acaso dos solas no contendrán cosas que

---

2 Alude al artículo V. J. E. Jouy *La maison de pret*, incluído en *L'Hermite de la Chaussée d'Antin*. El artículo de Larra debe mucho al francés en su fondo y disposición; pero tiene también grandes diferencias. (N. del E.)

9 Carnaval del año 1832.

se puedan decir, o que no deban dejarse por ahora de decir.

Tengo un sobrino, y vamos adelante, que esto nada tiene de particular. Este tal sobrino es un mancebo que ha recibido una educación de las más escogidas que en este nuestro siglo se suelen dar; es decir esto que sabe leer, aunque no en todos los libros, y escribir, si bien no cosas dignas de ser leídas; contar no es cosa mayor, porque descuida el cuento de sus cuentas en sus acreedores, que mejor que él se las saben llevar; baila como discípulo de V ***,[12] canta lo que basta para hacerse de rogar y no estar nunca en voz; monta a caballo como un centauro, y da gozo ver con qué soltura y desembarazo atropella por esas calles de Madrid a sus amigos y conocidos; de ciencias y artes ignora lo suficiente para poder hablar de todo con maestría. En materia de bella literatura y de teatro no se hable, porque está abonado, y si no entiende la comedia, para eso la paga, y aun la suele silbar; de este modo da a entender que ha visto cosas mejores en otros países, porque ha viajado por el extranjero a fuer de bien criado. Habla un poco de francés y de italiano

12 Veluci, en la edición de 1835. Mesonero escribe Belluzi, el cual era un maestro de baile, con academia abierta en Madrid. (N. del E.)

siempre que había de hablar español, y español no lo habla, sino lo maltrata; a eso dice que la lengua española es la suya, y que puede hacer con ella lo que más le viniere en voluntad. Por supuesto que no cree en Dios, porque quiere pasar por hombre de luces; pero en cambio cree en chalanes y en mozas, en amigos y en rufianes. Se me olvidaba. No hablemos de su pundonor, porque éste es tal que, por la menor bagatela, sobre si lo miraron, sobre si no lo miraron, pone una estocada en el corazón de su mejor amigo con la más singular gracia y desenvoltura que en esgrimidor alguno se ha conocido.

Con esta exquisita crianza, pues, y vestirse de vez en cuando de majo, traje que lleva consigo el *¿qué se me da a mí?* y el *¡aquí estoy yo!*, ya se deja conocer que es uno de los gerifaltes que más lugar ocupan en la corte, y que constituye uno de los adornos de la sociedad de buen tono de esta capital de qué sé yo cuántos mundos.

Este es mi pariente, y bien sé yo que si su padre le viviera había de estar tan embobado con su hijo como lo estoy yo con mi sobrino, por tanta buena cualidad como en él se ha llegado a reunir. Conoce mi Joaquín esta mi fragilidad y aun suele prevalerse de ella.

Las ocho serían y vestíame yo, cuando entra mi criado y me anuncia mi sobrino.

—¿Mi sobrino? Pues debe ser la una.

—No, señor, son las ocho no más.

Abro los ojos asombrado y me encuentro a mi elegante de pie, vestido y en mi casa a las ocho de la mañana.

—Joaquín, ¿tú a estas horas?

—¡Querido tío, muy buenos días!

—¿Vas de viaje?

—No, señor.

—¿Qué madrugar es éste?

—¿Yo madrugar, tío? Todavía no me he acostado.

—¡Ah, ya decía yo!

—Vengo de casa de la marquesita del Peñol: hasta ahora ha durado el baile. Francisco se ha ido a casa con los seis dominós que he llevado esta noche para mudarme.

—¿Seis no más?

—No más.

—No se me hacen muchos.

—Tenía que engañar a seis personas.

—¿Engañar? Mal hecho.

—Querido tío, usted es muy antiguo.

—Gracias, sobrino; adelante.

—Tío mío, tengo que pedirle a usted un gran favor.

—¿Seré yo la séptima persona?

—¡Querido tío! Ya me he quitado la máscara.

—Di el favor.

Y eché mano de la llave de mi gaveta.

—En el día no hay rentas que basten para nada; tanto baile, tanto... en una palabra, tengo un compromiso. ¿Se acuerda usted de la repetición Breguet que me vió usted días pasados?

—Sí, que te había costado cinco mil reales.

—No era mía.

—¡Ah!

—El marqués de *** acababa de llegar de París; quería mandarla limpiar, y no conociendo ningún relojero en Madrid, le prometí enviársela al mío.

—Sigue.

—Pero mi suerte lo dispuso de otra manera. Tenía yo aquel día un compromiso de honor: la baronesita y yo habíamos quedado en ir juntos a Chamartín a pasar un día; era imposible ir en su coche; es demasiado conocido.

—Adelante.

—Era indispensable tomar yo un coche, disponer una casa y una comida de campo... A la sazón me hallaba sin un cuarto... Mi honor era lo primero; además, que andan las ocasiones por las nubes...

—Sigue.

—Empeñé la repetición de mi amigo.

—¡Por tu honor!

—Cierto.

—¡Bien entendido! ¿Y ahora?

—Hoy cómo con el Marqués, le he dicho que la tengo en casa compuesta y...

—Ya entiendo.

—Ya ve usted, tío...; esto pudiera producir un lance muy desagradable.

—¿Cuánto es?

—Cien duros.

—¿Nada más? No se me hace mucho.

Era claro que la vida de mi sobrino y su honor sobre todo se hallaba en inminente riesgo. ¿Qué podía hacer un tío tan cariñoso, tan amante de su sobrino, tan rico y sin hijos? Conté. pues, sus cien duros, es decir, los míos.

—Sobrino, vamos a la casa donde está empeñada la repetición.

—*Quand il vous plaira,* querido tío.

Llegamos al café, una de las *lonjas* de empeño, digámoslo así, y comencé a sospechar desde luego que esta aventura había de producirme un artículo de costumbres.

—Tío, aquí será preciso esperar.

22 [Sin que nos dé su permiso la Academia no nos atrevemos a usar la palabra nueva *bolsa*: otros son menos concienzudos.]

—¿A quién?

—Al hombre que sabe la casa.

—¿No la sabes tú?

—No, señor; estos hombres no quieren nunca que se vaya con ellos.

—¿Y se les confían repeticiones de cinco mil reales?

—Es un honrado corredor que vive de este tráfico. Aquí está.

—¿Este es el honrado corredor?

Y entró un hombre como de unos cuarenta años, si es que se podía seguir la huella del tiempo en una cara como la debe tener precisamente el judío errante, si vive todavía desde el tiempo de Jesucristo. Rostro acuchillado con varios chirlos y jirones, tan bien avenidos y colocados de trecho en trecho, que más parecían nacidos en aquella cara que efectos de encuentros desgraciados; mirar bizco, como de quien mira y no mira; barbas independientes, crecidas y que daban claros indicios de no tener con las navajas todo aquel trato y familiaridad que exige el aseo; ruin sombrero con oficios de quitaguas; capa de estas que no tapan lo que llevan debajo, con anchas cenefas de barro de Madrid; botas o zapatos, que esto no se conocía, con más lodo que cordobán; [manos de cerdo] uñas de escribano, y una pierna, de dos que tenía, que por

ser coja, en vez de sustentar la carga del cuerpo, le servía a éste de carga, y era de él sustentada, por donde del tal corredor se podía decir exactamente aquello de *que tripas llevan pies;* metal de voz, además, que a todos los ruidos desapacibles se asemejaba, y aire, en fin, misterioso y escudriñador.

—¿Está eso, señorito?

—Está. Tío, déselo usted.

—Es inútil; yo no entrego mi dinero de esta suerte.

—Caballero, no hay cuidado.

—No lo habrá, ciertamente, porque no lo daré.

Aquí empezó una de votos y juramentos del honrado corredor, de quien tan injustamente se desconfiaba, y de lamentaciones deprecatorias de mi sobrino, que veía escapársele de las manos su repetición por una etiqueta de esta especie; pero yo me mantuve firme, y le fué preciso ceder al hebreo mediante una honesta gratificación que con sus votos canjeamos.

En el camino nuestro *Cicerón,* más aplacado, sacó de la faltriquera un paquetillo, y mostrándomelo secretamente:

—Caballero —me dijo al oído—, cigarros habanos, cajetillas, cédulas de... y otras frioleras, por si usted gusta.

—Gracias, honrado corredor.

Llegamos por fin, a fuerza de apisonar con los pies calles y encrucijadas, a una casa y a un cuarto cuarto, que alguno hubiera llamado guardilla a haber vivido en él un poeta.

No podré explicar cuán mal se avenían a estar juntas unas con otras, y en aquel tan incongruente desván, las diversas prendas que de tan varias partes allí se habían venido a reunir. ¡Oh si hablaran todos aquellos cautivos! El deslumbrante vestido de la belleza, ¿qué de cosas diría dentro de sus límites ocurridas? ¿Qué el collar, muchas veces importuno, con prisa desatado y arrojado con despecho? ¿Qué sería escuchar aquella sortija de diamantes, inseparable compañera de los hermosos dedos de marfil de su hermoso dueño? ¡Qué diálogo pudiera trabar aquella rica capa de embozos de chinchilla con aquel chal de cachemira! Desvié mi pensamiento de estas locuras, y parecióme bien que no hablasen. Admiréme sobremanera al reconocer en los dos prestamistas que dirigían toda aquella máquina a dos personas que mucho de las sociedades conocía, y de quienes nunca hubiera presumido que pelecharan en aquel comercio. Avergonzáronse ellos algún tanto de hallarse sorprendidos en tal ocupación, y fulminaron una mirada de estas que llevan en sí

toda una larga reconvención sobre el israelita que de aquella manera había comprometido su buen nombre, introduciendo profanos, no iniciados, en el santuario de sus misterios.

Hubo de entrar mi sobrino a la pieza inmediata, donde se debía buscar la repetición y contar el dinero: yo imaginé que aquel debía de ser lugar más a propósito todavía para aventuras que el mismo puerto Lápice, calé el sombrero hasta las cejas, levanté el embozo hasta los ojos, púseme a lo oscuro, donde podía escuchar sin ser notado, y di a mi observación libre rienda que caminase por do más le pluguiese. Poco tiempo habría pasado en aquel recogimiento, cuando se abre la puerta y un joven vestido modestamente pregunta por el corredor.

—Pepe, te he esperado inútilmente; te he visto pasar, y he seguido tus huellas. Ya estoy aquí y sin un cuarto; no tengo recurso.

—Ya le he dicho a usted que por ropas es imposible.

—¡Un frac nuevo! ¡Una levita tan poco usada! ¿No ha de valer esto más de diez y seis duros que necesito?

—Mire usted, aquellos cofres, aquellos arma-

9 Alusión al *Quijote*. Véase el cap. VIII de la primera parte. (N. del E.)

rios están llenos de ropas de otros como usted; nadie parece a sacarlas, y nadie da por ellas el valor que se prestó.

—Mi ropa vale más de cincuenta duros: te juro que antes de ocho días vuelvo por ella.

—Eso mismo decía el dueño de aquel sortú que ha pasado en aquella percha dos inviernos; y la que trajo aquel chal, que lleva aquí dos Carnavales; y la...

—¡Pepe, te daré lo que quieras; mira, estoy comprometido; no me queda más recurso que tirarme un tiro!

Al llegar aquí el diálogo, eché mano de mi bolsillo, diciendo para mí: "No se tirará un tiro por diez y seis duros un joven de tan buen aspecto. ¡Quién sabe si no habrá comido hoy su familia; si alguna desgracia..." Iba a llamarle, pero me previno Pepe diciéndole:

—¡Mal hecho!

—Tengo que ir esta noche sin falta a casa de la señora de W***, y estoy sin traje. He dado palabra de no faltar a una persona respetable. Tengo que buscar además un dominó para una prima mía, a quien he prometido acompañar...

Al oír esto solté insensiblemente mi bolsa en

6 Sortú y también surtú (surtout) o sobretodo o gobán, galicismo que la lengua ha rechazado posteriormente. (N. del E.)

mi faltriquera, menos poseído ya de mi ardiente caridad.

—¡Es posible! Traiga usted una alhaja.

—Ni una me queda; tú lo sabes: tienes mi reloj, mis botones, mi cadena...

—¡Diez y seis duros!

—Mira, con ocho me contento.

—Yo no puedo hacer nada en eso; es mucho.

—Con cinco me contento, y firmaré los diez y seis, y te daré ahora mismo uno de gratificación...

—Ya sabe usted que yo deseo servirle, pero como no soy el dueño... ¿A ver el frac?

Respiró el joven, sonrióse el corredor; tomó el atribulado cinco duros, dió de ellos uno, y firmó diez y seis, contento con el buen negocio que había hecho.

—Dentro de tres días vuelvo por ello. Adiós. Hasta pasado mañana.

—Hasta el año que viene.

Y fuése cantando el especulador.

Retumbaban todavía en mis oídos las pisadas y *le fioriture* del atolondrado, cuando se abre violentamente la puerta, y la señora de H**Z en persona, con los ojos encendidos y toda fuera de sí, se precipita en la habitación.

—¡Don Fernando!

A su voz salió uno de los prestamistas, ca-

ballero de no mala figura y de muy galantes modales.

—¡Señora!

—¿Me ha enviado usted esta esquela?

—Estoy sin un maravedí; mi amigo no la conoce a usted...; es un hombre ordinario...; y como hemos dado ya más de lo que valen los aderezos que tiene usted ahí...

—Pero ¿no sabe usted que tengo repartidos los billetes para el baile de esta noche? Es preciso darle, o me muero del sofoco...

—Yo, señora...

—Necesito indispensablemente mil reales, y retirar, siquiera hasta mañana, mi diadema de perlas y mis brazaletes para esta noche; en cambio vendrá una vajilla de plata y cuanto tengo en casa. Debo a los músicos tres noches de función; esta mañana me han dicho decididamente que no tocarán si no los pago. El catalán me ha enviado la cuenta de las velas, y que no enviará más mientras no se la satisfaga.

—Si yo fuera solo...

—¿Reñiremos? ¿No sabe usted que esta noche el juego solo puede producir?... [¿No lleva usted parte en la banca?]

—¡Nos fué tan mal la otra noche!

—¿Quiere usted más billetes? No me han

dejado más que estos seis. Envíe usted a casa por los efectos que he dicho.

—Yo conozco... Por mí... Pero aquí pueden oírnos; entre usted en ese gabinete.

Entráronse y se cerró la puerta tras ellos.

Siguióse a esta escena la de un jugador perdidoso que había perdido el último maravedí, y necesitaba armarse para volver a jugar; dejó un reloj, tomó diez, firmó quince, y se despidió diciendo:

—Tengo corazonada; voy a sacar veinte onzas en media hora, y vuelvo por mi reloj.

Otro jugador ganancioso vino a sacar unas sortijas del tiempo de su prosperidad. Algún empleado vino a tomar su mesada adelantada sobre su sueldo, pero descabalada de los crecidos intereses. Algún necesitado verdadero se remedió, si es remedio comprar un duro con dos; y sólo mentaré en particular al criado de un personaje que vino por fin a rescatar ciertas alhajas que había más de tres años que cautivas en aquel Argel estaban. Habíanse vendido las alhajas, desconfiados ya los prestamistas de que nunca las pagaran, y porque los intereses estaban a punto de traspasar su valor. No quiero pintar la grita y la zalagarda que en aquella bendita casa se armó. Después de dos años de reclamaciones inútiles, hoy ve-

nían por las alhajas; ayer se habían vendido. Juró y blasfemó el criado y fuése, prometiendo poner el remedio de aquel atrevimiento en manos de quien más conviniese.

¿Es posible que se viva de esta manera? Pero ¿qué mucho, si el artesano ha de parecer artista, el artista empleado, el empleado título, el título grande, y el grande príncipe? ¿Cómo se puede vivir haciendo menos papel que el vecino? ¡Bien haya el lujo! ¡Bien haya la vanidad!

En esto salía ya del gabinete la bella convidadora. Habíase secado el manantial de sus lágrimas.

—Adiós, y no falte usted a la noche —dijo misteriosamente una voz penetrante y agitada.

—Descuide usted; dentro de media hora enviaré a Pepe —respondió una voz ronca y mal segura. Bajó los ojos la belleza, compuso sus blondos cabellos, arregló su mantilla, y salió precipitadamente.

A poco salió mi sobrino, que después de darme las gracias, se empeñó tercamente en hacerme admitir un billete para el baile de la señora H**Z. Sonreíme, nada dije a mi sobrino, ya que nada había oído, y asistí al baile, Los músicos tocaron, las luces ardieron. ¡Oh elocuencia de la belleza! ¡Oh utilidad de los usureros!

No quisiera acabar mi artículo sin advertir que reconocí en el baile al famoso prestamista, y en los hombros de su mujer el *chal* magnífico que llevaba tres Carnavales en el cautiverio; y dejó de asombrarme desde entonces el lujo que en ella tantas veces no había comprendido.

Retiréme temprano, que no le sientan bien a mis canas ver entrar a Febo en los bailes; acompañóme mi sobrino, que iba a otra concurrencia. Bajé del coche y nos despedimos. Parecióme no encontrar en su voz aquel mismo calor afectuoso, aquel interés con que por la mañana me dirigía la palabra. Un *adiós* bastante indiferente me recordó que aquel día había hecho un favor, y que el tal favor ya había pasado. Acaso había sido yo tan necio como loco mi sobrino. No era mucho, decía yo, que un joven los pidiera; ¡pero que los diera un viejo!

Para distraer estas melancólicas imaginaciones, que tan triste idea dan de la humanidad, abrí un libro de poesías, y acertó a ser en aquel punto en que dice Bartolomé de Argensola:

> De estos niños Madrid vive logrado,
> Y de viejos tan frágiles como ellos,
> Porque en la misma escuela se han criado.

(De *El Pobrecito Hablador,* núm. 4.°, septiembre de 1832.)

EL CASARSE PRONTO Y MAL

[(Artículo del Bachiller.)]

[.....]

Así como tengo aquel sobrino de quien [hablé en mi cuarto número], tenía otro no hace mucho tiempo, que en esto suele venir a parar el tener hermanos. Este era hijo de una mi hermana, la cual había recibido aquella educación que se daba en España no hace ningún siglo; es decir, que en casa se rezaba diariamente el rosario, se leía la vida del santo, se oía misa todos los días, se trabajaba los de labor, se paseaba solo las tardes de los de guardar, se velaba hasta las diez, se estrenaba vestido el domingo de Ramos, [se cuidaba de que no anduviesen las niñas balconeando] y andaba siempre señor padre, que

3 Aquí una introducción larga y poco pertinente, por lo que no la reproducimos, a pesar de acomodarnos, en todo lo demás del artículo, al texto primitivo de *El Pobrecito Hablador*. (N. del E.)

5 En la edición de 1835: "he hablado en mi artículo de empeños y desempeños." (N. del E.)

entonces no se llamaba *papá,* con la mano más besada que reliquia vieja, y registrando los rincones de la casa, temeroso de que la muchacha, ayudada de su cuyo, no hubiese nunca a las manos ningún libro de los prohibidos, ni menos aquellas novelas que, como solía decir, a pretexto de inclinar a la virtud, enseñan desnudo el vicio. No diremos que esta educación fuese mejor ni peor que la del día. Sólo sabemos que vinieron los franceses, y como aquella buena o mala educación no estribaba en mi hermana en principios ciertos, sino en la rutina y en la opresión doméstica de aquellos terribles padres del siglo pasado, no fué necesaria mucha comunicación con algunos oficiales de la guardia imperial para echar de ver que si aquel modo de vivir era sencillo y arreglado, no era, sin embargo, el más divertido. ¿Qué motivo habrá, efectivamente, que nos persuada que debemos en esta corta vida pasarlo mal, pudiendo pasarlo mejor? Aficionóse mi hermana de las costumbres francesas, y ya no fué el pan pan, ni el vino vino: casóse, y siguiendo en la famosa jornada de Vitoria la suerte del tuerto Pepe Botellas, que tenía dos ojos muy hermosos y nunca bebía vino, emigró a Francia.

Excusado es decir que adoptó mi hermana las ideas del siglo; pero como esta segunda

educación tenía tan malos cimientos como la primera, y comoquiera que esta débil humanidad nunca sepa detenerse en el justo medio, pasó del Año Cristiano a Pigault Lebrun, y se dejó de misas y devociones, sin saber más ahora por qué las dejaba que antes por qué las tenía. Dijo que el muchacho se había de educar como convenía: que podría leer sin orden ni método cuanto libro le viniese a las manos, y qué sé yo qué más cosas decía de la ignorancia y del fanatismo, de las luces y de la ilustración, añadiendo que la religión era un convenio social en que sólo los tontos entraban de buena fe, y del cual el muchacho no necesitaba para mantenerse bueno: que *padre* y *madre* eran cosa de brutos, y que a *papá* y *mamá* se les debía tratar de *tú,* porque no hay amistad que iguale a la que une a los padres con los hijos (salvo algunos secretos que guardarán siempre los segundos de los primeros, y algunos soplamocos que darán siempre los primeros a los segundos): verdades todas que respeto tanto o más que las del siglo pasado, porque cada siglo tiene sus verdades, como cada hombre tiene su cara.

No es necesario decir que el muchacho, que

4 Charles Pigault-Lebrun (1753-1835), cuyas novelas se distinguen por una libertad rayana en la indecencia. (N. del E.)

se llamaba Augusto, porque ya han caducado los nombres de nuestro calendario, salió despreocupado, puesto que la despreocupación es la primera preocupación de este siglo.

Leyó, hacinó, confundió; fué superficial, vano, presumido, orgulloso, terco, y no dejó de tomarse más rienda de la que se le había dado. Murió, no sé a qué propósito, mi cuñado, y Augusto regresó a España con mi hermana, toda aturdida de ver lo brutos que estamos por acá todavía los que no hemos tenido como ella la dicha de emigrar, y trayéndonos entre otras cosas noticias ciertas de cómo no había Dios, porque eso se sabe en Francia de muy buena tinta. Por supuesto que no tenía el muchacho quince años y ya galleaba en las sociedades, y citaba, y se metía en cuestiones, y era hablador y raciocinador como todo muchacho bien educado; y fué el caso que oía hablar todos los días de aventuras escandalosas y de los amores de fulanito con la menganita, y le pareció, en resumidas cuentas, cosa precisa para hombrear, enamorarse.

Por su desgracia, acertó a gustar a una joven, personita muy bien educada también, la cual es verdad que no sabía gobernar una casa, pero se embaulaba en el cuerpo en sus ratos perdidos, que eran para ella todos los días, una

novela sentimental, con la más desatinada afición que en el mundo jamás se ha visto. Tocaba su poco de piano y cantaba su poco de aria de vez en cuando, porque tenía una bonita voz de contralto. Hubo guiños y apretones desesperados de pies y manos, y varias epístolas recíprocamente copiadas de la Nueva Eloísa; y no hay más que decir sino que a los cuatro días se veían los dos inocentes por la ventanilla de la puerta y escurrían su correspondencia por las rendijas, sobornaban con el mejor fin del mundo a los criados, y por último, un su amigo, que debía de quererle muy mal, presentó al señorito en la casa. Para colmo de desgracia, él y ella, que habían dado principio a sus amores porque no se dijese que vivían sin su trapillo, se llegaron a imaginar primero, y a creer después *a pies juntillas,* como se suele muy mal decir, que estaban verdadera y terriblemente enamorados.

¡Fatal credulidad! Los parientes, que previeron en qué podría venir a parar aquella inocente afición ya conocida, pusieron de su parte todos sus esfuerzos para cortar el mal; pero ya era tarde. Mi hermana, en medio de su despreocupación y de sus luces, nunca había podido desprenderse del todo de cierta afición a sus ejecutorias y blasones, porque hay que ad-

vertir dos cosas: primera, que hay despreocupados por este estilo, y segunda, que somos nobles, lo que equivale a decir que desde la más remota antigüedad nuestros abuelos no han trabajado para comer. Conservaba mi hermana este apego a la nobleza, aunque no conservaba bienes; y esta es una de las razones por que estaba mi sobrinito destinado a morirse de hambre si no se le hacía meter la cabeza en alguna parte, porque eso de que hubiera aprendido un oficio, ¡oh!, ¿qué hubieran dicho los parientes y la nación entera? Averiguóse, pues, que la niña no tenía un origen tan preclaro, ni más dote que su instrucción novelesca y sus *duettos,* fincas que no bastan para sostener el boato de unas personas de su clase. Averiguó también la parte contraria que el niño no tenía empleo, y dándosele un bledo de su nobleza, hubo aquello de decirle:

—Caballerito, ¿con qué objeto entra usted en mi casa?

—Quiero a Elenita —respondió mi sobrino.

—¿Y con qué fin, caballerito?

—Para casarme con ella.

—Pero no tiene usted empleo ni carrera.

—Eso es cuenta mía...

—Sus padres de usted no consentirán.

—Sí, señor; usted no conoce a mis papás.

—Perfectamente: mi hija será de usted en cuanto me traiga una prueba de que puede mantenerla y el permiso de sus padres; pero en el ínterin, si usted la quiere tanto, excuse por su mismo decoro sus visitas.

—Entiendo.

—Me alegro, caballerito.

Y quedó nuestro Orlando hecho una estatua, pero bien decidido a romper por todos los inconvenientes.

Bien quisiéramos que nuestra pluma, mejor cortada, se atreviese a trasladar al papel la escena de la niña con la mamá; pero diremos, en suma, que hubo prohibición de salir y de asomarse al balcón y de corresponder al mancebo; a todo lo cual la malva respondió con cuatro desvergüenzas acerca del libre albedrío y de la libertad de la hija para escoger marido, y no fueron bastantes a disuadirla las reflexiones acerca de la ninguna fortuna de su elegido. Todo era para ella tiranía y envidia que los papás tenían de sus amores y de su felicidad, concluyendo que en los matrimonios era lo primero el amor y que en cuanto a comer, ni eso hacía falta a los enamorados, porque en ninguna novela se dice que coman las Amandas y los Mortimers, ni nunca les habían de faltar unas sopas de ajo.

Poco más o menos fué la escena de Augusto con mi hermana, porque aunque no sea legítima consecuencia, también concluía de que los padres no deben tiranizar a los hijos, que los hijos no deben obedecer a los padres; insistía en que era independiente; que en cuanto a haberle criado y educado, nada le debía, pues lo había hecho por una obligación imprescindible, y a lo del ser que le había dado, menos, pues no se lo había dado por él, sino por las razones que dice nuestro Cadalso, entre otras lindezas sutilísimas de este jaez.

Pero insistieron también los padres, y después de haber intentado infructuosamente varios medios de seducción y rapto, no dudó nuestro paladín, en vista de la obstinación de las familias, en recurrir al medio en boga de sacar a la niña por el vicario. Púsose el plan en ejecución y a los quince días mi sobrino había reñido ya decididamente con su madre; había sido arrojado de su casa, privado de sus cortos alimentos, y Elena depositada en poder de una potencia neutral; pero, se entiende, de esta especie de neutralidad que se usa en el día; de suerte que nuestra Angélica y Medoro se veían más cada día, y se amaban más cada noche. Por fin amaneció el día feliz; otorgóse la demanda; un amigo prestó a mi sobrino algún

dinero, uniéronse con el lazo conyugal, estableciéronse en su casa, y nunca hubo felicidad igual a la que aquellos buenos hijos disfrutaron mientras duraron los pesos duros del amigo.

Pero ¡oh dolor! pasó un mes y la niña no sabía más que acariciar a su Medoro, cantarle una aria, ir al teatro y bailar una mazurca; y Medoro no sabía más que disputar. Ello, sin embargo, el amor no alimenta, y era indispensable buscar recursos.

Mi sobrino salía de mañana a buscar dinero, cosa más difícil de encontrar de lo que parece, y la vergüenza de no poder llevar a su casa con qué dar de comer a su mujer, le detenía hasta la noche. Pasemos un velo sobre las escenas horribles de tan amarga posición. Mientras que Augustò pasa el día lejos de ella en sufrir humillaciones, la infeliz consorte gime luchando entre los celos y la rabia. Todavía se quieren; pero "en casa donde no hay harina todo es mohina"; las más inocentes expresiones se interpretan en la lengua del mal humor como ofensas mortales; el amor propio ofendido es el más seguro antídoto del amor, y las injurias acaban de apagar un resto de la antigua llama

1 [El Bachiller comete aquí un error crasísimo. Ignora que, según nuestras leyes, uno de los obstáculos de esta clase de matrimonios es la distancia y diferencia de clases. ¡Plegue al cielo que esto no sea más qu una distracción!]

que amortiguada en ambos corazones ardía; se suceden unos a otros los reproches; y el infeliz Augusto insulta a la mujer que le ha sacrificado su familia y su suerte, echándole en cara aquella desobediencia a la cual no ha mucho tiempo él mismo la inducía. A los continuos reproches se sigue, en fin, el odio.

¡Oh, si hubiera quedado aquí el mal! Pero un resto de honor mal entendido que bulle en el pecho de mi sobrino, y que le impide prestarse para sustentar a su familia a ocupaciones groseras, no le impide precipitarse en el juego, y en todos los vicios y bajezas, en todos los peligros que son su consecuencia. Corramos de nuevo, corramos el velo sobre el cuadro a que dió la locura la primera pincelada, y apresurémonos a dar nosotros la última.

En este miserable estado pasan tres años y ya tres hijos más rollizos que sus padres alborotan la casa con sus juegos infantiles. Ya el himeneo y las privaciones han roto la venda que ofuscaba la vista de los infelices: aquella amabilidad de Elena es coquetería a los ojos de su esposo; su noble orgullo, insufrible altanería; su garrulidad divertida y graciosa, locuacidad insolente y cáustica; sus ojos brillantes se han marchitado, sus encantos están ajados, su talle perdió sus esbeltas formas, y ahora conoce que sus pies son

grandes y sus manos feas; ninguna amabilidad, pues, para ella, ninguna consideración. Augusto no es a los ojos de su esposa aquel hombre amable y seductor, flexible y condescendiente; es un holgazán, un hombre sin ninguna habilidad, sin talento alguno, celoso y soberbio, déspota y no marido... en fin, ¡cuánto más vale el amigo generoso de su esposo, que les presta dinero y les promete aún protección! ¡Qué movimiento en él! ¡Qué actividad! ¡Qué heroísmo! ¡Qué amabilidad! ¡Qué adivinar los pensamientos y prevenir los deseos! ¡Qué no permitir que ella trabaje en labores groseras! ¡Qué asiduidad y qué delicadeza en acompañarla los días enteros que Augusto la deja sola! ¡Qué interés, en fin, el que se toma cuando le descubre, por su bien, que su marido se distrae con otra...!

¡Oh poder de la calumnia y de la miseria! Aquella mujer que, si hubiera escogido un compañero que la hubiera podido sostener, hubiera sido acaso una Lucrecia, sucumbe por fin a la seducción y a la falaz esperanza de mejor suerte.

Una noche vuelve mi sobrino a su casa; sus hijos están solos.

—¿Y mi mujer? ¿Y sus ropas?

Corre a casa de su amigo.

—¿No está en Madrid? ¡Cielos! ¡Qué rayo de luz! ¿Será posible?

Vuela a la policía, se informa. Una joven de tales y tales señas con un supuesto hermano han salido en la diligencia para Cádiz. Reúne mi sobrino sus pocos muebles, los vende, toma un asiento en el primer carruaje, y hétele persiguiendo a los fugitivos. Pero le llevan mucha ventaja, y no es posible alcanzarlos hasta el mismo Cádiz. Llega; son las diez de la noche, corre a la fonda que le indican, pregunta, sube precipitadamente la escalera, le señalan un cuarto cerrado por dentro; llama; la voz que le responde le es harto conocida y resuena en su corazón; redobla los golpes; una persona desnuda levanta el pestillo. Augusto ya no es hombre; es un rayo que cae en la habitación. Un chillido agudo le convence de que le han conocido; asesta una pistola, de dos que trae, al seno de su amigo, y el seductor cae revolcándose en su sangre; persigue a su miserable esposa, pero una ventana inmediata se abre y la adúltera, poseída del terror y de la culpa, se arroja, sin reflexionar, de una altura de más de sesenta varas. El grito de la agonía le anuncia su última desgracia y la venganza más completa. Sale precipitado del teatro del crimen, y encerrándose, antes de que le sorprendan, en su habitación, coge aceleradamente la pluma y apenas tiene tiempo para dictar a su madre la carta siguiente:

"Madre mía: Dentro de media hora no existiré; cuidad de mis hijos, y si queréis hacerlos verdaderamente despreocupados, empezad por instruírlos... Que aprendan en el ejemplo de su padre a respetar lo que es peligroso despreciar sin tener antes más sabiduría. Si no les podéis dar otra cosa mejor, no les quitéis una religión consoladora. Que aprendan a domar sus pasiones y a respetar a aquellos a quienes lo deben todo. Perdonadme mis faltas: harto castigado estoy de ellas con mi deshonra y mi crimen; harto cara pago mi falsa despreocupación. Perdonadme las lágrimas que os hago derramar. Adiós para siempre."

Acabada esta carta, se oyó otra detonación que resonó en toda la fonda, y la catástrofe que le sucedió me privó para siempre de un sobrino, que, con el más bello corazón, se ha hecho desgraciado a sí y a cuantos le rodeaban.

No hace dos horas que mi desgraciada hermana, después de haber leído aquella carta, y llamádome, para mostrármela, postrada en su lecho, y entregada al más funesto delirio, ha sido desahuciada por los médicos.

"Hijo... despreocupación... boda... religión... infeliz..." son las palabras que vagan errantes sobre sus labios moribundos. Y esta funesta im-

presión, que domina en mis sentidos tristemente, me ha impedido dar hoy a mis lectores otros artículos más joviales que para mejor ocasión lès tengo reservados.

[Réstanos ahora saber si este artículo conviene a este país, y si el vulgo de lectores está en el caso de aprovecharse de esta triste anécdota. ¿Serán más bien las ideas contrarias a las funestas consecuencias que de este fatal acontecimiento se deducen las que deben propalarse? No lo sabemos. Sólo sabemos que muchos creen, por desgracia, que basta una ilustración superficial, cuatro chanzas de sociedad y una educación falsamente despreocupada para hacer feliz a una nación. Nosotros *declaramos* positivamente que nuestra intención al pintar los funestos efectos de la poca solidez de la instrucción de los jóvenes del día ha sido persuadir a todos los españoles que debemos tomar del extranjero lo bueno y no lo malo, lo que está al alcance de nuestras fuerzas y costumbres y no lo que les es superior todavía. Religión verdadera, bien entendida, virtudes, energía, amor al orden, aplicación a lo útil y menos desprecio de muchas cualidades buenas que nos distinguen aún de otras naciones, son en el día las cosas que más nos pueden aprovechar. Hasta ahora, una masa, que no es ciertamente la más numerosa, quiere

marchar a la par de las más adelantadas de los países más civilizados. Pero esta masa que marcha de esta manera no ha seguido los mismos pasos que sus maestros. Sin robustez, sin aliento suficiente para poder seguir la marcha rápida de los países civilizados, se detiene ijadeando y se atrasa continuamente. Da de cuando en cuando una carrera para igualarse de nuevo, caminando a brincos, como haría quien saltase con los pies trabados, y semejante a un mal taquígrafo, que, no pudiendo seguir la viva voz, deja en el papel inmensas lagunas y no alcanza ni escribe nunca más que la última palabra. Esta masa, que se llama despreocupada en nuestro país, no es, pues, más que el eco, la última palabra de Francia no más. Para esta clase hemos escrito nuestro artículo: hemos pintado los resultados de esta despreocupación superficial de querer tomar simplemente los efectos, sin acordarse de que es preciso empezar por las causas; de intentar, en fin, subir la escalera a tramos. Subámosla tranquilos, escalón por escalón, si queremos llegar arriba.

—"¡Que otros van a llegar antes!" —nos gritarán.

—"¿Qué mucho? —les responderemos—, si también echaron a andar antes? Dejadlos que lleguen. Nosotros llegaremos después, pero lle-

garemos. Mas si nos rompemos en el salto la cabeza, ¿qué recurso nos quedará?"

Deje, pues, esta masa la loca pretensión de ir a la par con quien tantas ventajas le lleva. Empiécese por el principio: educación, instrucción. Sobre estas grandes y sólidas bases se ha de levantar el edificio. Marche esa otra masa, esa inmensa mayoría que se sentó hace tres siglos. Deténgase, para dirigirla, la arrogante minoría a quien engaña su corazón y sus grandes deseos, y entonces habrá alguna remota vislumbre de esperanza.

Entretanto, nuestra misión es bien peligrosa. Los que pretenden marchar adelante y la echan de ilustrados, nos llamarán acaso del *orden del apagador,* a que nos gloriamos de no pertenecer, y los contrarios no estarán tampoco muy satisfechos de nosotros. Estos son los inconvenientes que tiene que arrostrar quien piensa marchar igualmente distante de los dos extremos. Allí está la razón, allí la verdad; pero allí el peligro. En fin, algún día haremos nuestra profesión de fe; en el entretanto, quisiéramos que nos hubieran entendido. ¿Lo conseguiremos? Dios sea con nosotros, y si no lo lográsemos, prometemos escribir otro día para todos.]

(De *El Pobrecito Hablador,* núm. 7. Noviembre de 1832.)

EL CASTELLANO VIEJO

Ya en mi edad pocas veces gusto de alterar el orden que en mi manera de vivir tengo hace tiempo establecido, y fundo esta repugnancia en que no he abandonado mis lares ni un solo día para quebrantar mi sistema, sin que haya sucedido el arrepentimiento más sincero al desvanecimiento de mis engañadas esperanzas. Un resto, con todo eso, del antiguo ceremonial que en su trato tenían adoptado nuestros padres, me obliga a aceptar a veces ciertos convites a que parecería el negarse grosería o, por lo menos, ridícula afectación de delicadeza.

Andábame días pasados por esas calles a buscar materiales para mis artículos. Embebido en mis pensamientos, me sorprendí varias veces a mí mismo riendo como un pobre hombre de mis propias ideas y moviendo maquinalmente los labios; algún tropezón me recordaba de cuando en cuando que para andar por el empedrado de Madrid no es la mejor circunstancia la de ser

poeta ni filósofo; más de una sonrisa maligna, más de un gesto de admiración de los que a mi lado pasaban, me hacía reflexionar que los soliloquios no se deben hacer en público; y no pocos encontrones que al volver las esquinas di con quien tan distraída y rápidamente como yo las doblaba, me hicieron conocer que los distraídos no entran en el número de los cuerpos elásticos, y mucho menos de los seres gloriosos e impasibles. En semejante situación de espíritu, ¿qué sensación no debería producirme una horrible palmada que una gran mano, pegada (a lo que por entonces entendí) a un grandísimo brazo, vino a descargar sobre uno de mis dos hombros, que por desgracia no tienen punto alguno de semejanza con los de Atlante?

[Una de esas interjecciones que una repentina sacudida suele, sin consultar el decoro, arrancar espontáneamente de una boca castellana, se atravesó entre mis dientes y hubiérale echado redondo a haber estado esto en mis costumbres y a no haber reflexionado que semejantes maneras de anunciarse, en sí algo exageradas, suelen ser las inocentes muestras de afecto o franqueza de este país de *exabruptos*.]

No queriendo dar a entender que desconocía este enérgico modo de anunciarse, ni desairar el agasajo de quien sin duda había creído hacér-

mele más que mediano, dejándome torcido para todo el día, traté sólo de volverme por conocer quién fuese tan mi amigo para tratarme tan mal; pero mi castellano viejo es hombre que cuando está de gracias no se ha de dejar ninguna en el tintero. ¿Cómo dirá el lector que siguió dándome pruebas de confianza y cariño? Echóme las manos a los ojos, y sujetándome por detrás:

—¿Quién soy? —gritaba, alborozado con el buen éxito de su delicada travesura—. ¿Quién soy?

—Un animal [irracional] —iba a responderle; pero me acordé de repente de quién podría ser, y sustituyendo cantidades iguales,

—Braulio eres —le dije.

Al oírme, suelta sus manos, ríe, se aprieta los ijares, alborota la calle, y pónenos a entrambos en escena.

—¡Bien, mi [Bachiller]! ¿Pues en qué me has conocido?

—¿Quién pudiera si no tú...?

—¿Has venido ya de tu Vizcaya?

—No, Braulio, no he venido.

—Siempre el mismo genio. ¿Qué quieres? es la pregunta del [batueco] ¡Cuánto me ale-

19 Por "Bachiller" hay "amigo" en la edición de 1835. (N. del E.)

25 "Español" en la edición de 1835. (N. del E.)

gro de que estés aquí! ¿Sabes que mañana son mis días?

—Te los deseo muy felices.

—Déjate de cumplimientos entre nosotros; ya sabes que yo soy franco y castellano viejo: el pan pan y el vino vino; por consiguiente, exijo de ti que no vayas a dármelos; pero estás convidado.

—¿A qué?

—A comer conmigo.

—No es posible.

—No hay remedio.

—No puedo —insisto, ya temblando.

—¿No puedes?

—Gracias.

—¿Gracias? Vete a paseo. Amigo, como no soy el duque de F..., ni el conde de P...

¿Quién se resiste a una [alevosa] sorpresa de esta especie? ¿Quién quiere parecer vano?

—No es eso, sino que...

—Pues si no es eso —me interrumpe—, te espero a las dos: en casa se come a la española: temprano. Tengo mucha gente; tendremos al famoso X, que nos improvisará de lo lindo; T. nos cantará de sobremesa una rondeña con su gracia natural; y por la noche J. cantará y tocará alguna cosilla.

Esto me consoló algún tanto, y fué preciso ceder.

—Un día malo —dije para mí— cualquiera lo pasa. En este mundo para conservar amigos es preciso tener el valor de aguantar sus obsequios.

—No faltarás, si no quieres que riñamos.

—No faltaré —dije con voz exánime y ánimo decaído, como el zorro que se revuelve inútilmente dentro de la trampa donde se ha dejado coger.

—Pues hasta mañana, [mi Bachiller,] —y me dió un torniscón por despedida.

Víle marchar como el labrador ve alejarse la nube de su sembrado, y quedéme discurriendo cómo podían entenderse estas amistades tan hostiles y tan funestas.

Ya habrá conocido el lector, siendo tan perspicaz como yo le imagino, que mi amigo Braulio está muy lejos de pertenecer a lo que se llama gran mundo y sociedad de buen tono; pero no es tampoco un hombre de la clase inferior, puesto que es un empleado de los de segundo orden, que reúne entre su sueldo y su hacienda cuarenta mil reales de renta; que tiene una cintica atada al ojal, y una crucecita a la sombra de la solapa; que es persona, en fin, cuya clase, familia y comodidades de ninguna manera se oponen

a que tuviese una educación más escogida y modales más suaves e insinuantes. Mas la vanidad le ha sorprendido por donde ha sorprendido casi siempre a toda o a la mayor parte de nuestra clase media, y a toda nuestra clase baja. Es tal su patriotismo, que dará todas las lindezas del extranjero por un dedo de su país. Esta ceguedad le hace adoptar todas las responsabilidades de tan inconsiderado cariño; de paso que defiende que no hay vinos como los españoles, en lo cual bien puede tener razón, defiende que no hay educación como la española, en lo cual bien pudiera no tenerla; a trueque de defender que el cielo de Madrid es purísimo, defenderá que nuestras manolas son las más encantadoras de todas las mujeres; es un hombre, en fin, que vive de exclusivas, a quien le sucede poco más o menos lo que a una parienta mía, que se muere por las jorobas sólo porque tuvo un querido que llevaba una excrecencia bastante visible sobre entrambos omoplatos.

No hay que hablarle, pues, de [estas conveniencias] sociales, de estos respetos mutuos, de estas reticencias urbanas, de esa delicadeza de trato que establece entre los hombres una preciosa armonía, diciendo sólo lo que debe agradar y callando siempre lo que puede ofender. El

23 "Estos usos" en la edición de 1835. (N. del E.)

se muere *por plantarle una fresca al lucero del alba,* como suele decir, y cuando tiene un resentimiento, se le *espeta a uno cara a cara.* Como tiene trocados todos los frenos, dice de los cumplimientos que ya se sabe lo que quiere decir *cumplo y miento;* llama a la urbanidad hipocresía, y a la decencia, monadas; a toda cosa buena le aplica un mal apodo; el lenguaje de la finura es para él poco más que griego: cree que toda la crianza está reducida a decir *Dios guarde a ustedes* al entrar en una sala, y añadir *con permiso de usted* cada vez que se mueve; a preguntar a cada uno por toda su familia, y a despedirse de todo el mundo; cosas todas que así se guardará él de olvidarlas como de tener pacto con franceses. En conclusión, hombre de estos que no saben levantarse para despedirse sino en corporación con alguno o algunos otros, que han de dejar humildemente debajo de una mesa su sombrero, que llaman *su cabeza,* y que cuando se hallan en sociedad, por desgracia, sin un socorrido bastón, darían cualquier cosa por no tener manos ni brazos, porque en realidad no saben dónde ponerlos ni qué cosa se puede hacer con los brazos en una sociedad.

Llegaron las dos, y como yo conocía ya a mi Braulio, no me pareció conveniente acicalarme demasiado para ir a comer; estoy seguro de que

se hubiera picado: no quise, sin embargo, excusar un frac de color y un pañuelo blanco, cosa indispensable en un día de días y en semejantes casas. Vestíme sobre todo lo más despacio que me fué posible, como se reconcilia al pie del suplicio el infeliz reo, que quisiera tener cien pecados más cometidos que contar para ganar tiempo. Era citado a las dos, y entré en la sala a las dos y media.

No quiero hablar de las infinitas visitas ceremoniosas que antes de la hora de comer entraron y salieron en aquella casa, entre las cuales no eran de despreciar todos los empleados de su oficina, con sus señoras y sus niños, y sus capas, y sus paraguas, y sus chanclos, y sus perritos; déjome en blanco los necios cumplimientos que se dijeron al señor de los días; no hablo del inmenso círculo con que guarnecía la sala el concurso de tantas personas heterogéneas, que hablaron de que el tiempo iba a mudar y de que en invierno suele hacer más frío que en verano. Vengamos al caso: dieron las cuatro, y nos hallamos solos los convidados. Desgraciadamente para mí, el señor de X., que debía divertirnos tanto, gran conocedor de esta clase de convites, había tenido la habilidad de ponerse malo aquella mañana; el famoso T. se hallaba oportunamente comprometido para otro convite; y

la señorita que también había de cantar y tocar estaba ronca, en tal disposición, que se asombraba ella misma de que se la entendiese una sola palabra, y tenía un panadizo en un dedo. ¡Cuántas esperanzas desvanecidas!

—Supuesto que estamos los que hemos de comer —exclamó don Braulio—, vamos a la mesa, querida mía.

—Espera un momento —le contestó su esposa casi al oído—; con tanta visita yo he faltado algunos momentos de allá dentro, y...

—Bien, pero mira que son las cuatro...

—Al instante comeremos.

Las cinco eran cuando nos sentábamos a la mesa.

—Señores —dijo el anfitrión al vernos titubear en nuestras respectivas colocaciones—, exijo la mayor franqueza; en mi casa no se usan cumplimientos. ¡Ah, [Bachiller]!, quiero que estés con toda comodidad; eres poeta, y además estos señores, que saben nuestras íntimas relaciones, no se ofenderán si te prefiero; quítate el fr[illegible] no sea que le manches.

—¿Qué tengo de manchar? —le respondí, mordiéndome los labios.

—No importa; te daré una chaqueta mía; siento que no haya para todos.

19 "Figaro" en la edición de 1835.

—No hay necesidad.

—¡Oh, sí, sí! ¡Mi chaqueta! Toma, mírala; un poco ancha te vendrá.

—Pero, Braulio...

—No hay remedio; no te andes con etiquetas.

Y en esto me quita él mismo el frac, *velis, nolis,* y quedo sepultado en una cumplida chaqueta rayada, por la cual sólo asomaba los pies y la cabeza, y cuyas mangas no me permitirían comer, probablemente. Díle las gracias: ¡al fin el hombre creía hacerme un obsequio!

Los días en que mi amigo no tiene convidados se contenta [para comer] con una mesa baja, poco más que banqueta de zapatero, porque él y su mujer, como dice, ¿para qué quieren más? Desde la tal mesita, y como se sube el agua de un pozo, hace subir la comida hasta la boca, adonde llega goteando después de una larga travesía; porque pensar que estas gentes han de tener una mesa regular, y estar cómodos todos los días del año, es pensar en lo excusado. Ya se concibe, pues, que la instalación de una gran mesa de convite era un acontecimiento en aquella casa; así que se había creído capaz de contener catorce personas que éramos una mesa donde apenas podrían comer ocho cómodamente. Hubimos de sentarnos de medio

lado, como quien va a arrimar el hombro a la comida, y entablaron los codos de los convidados íntimas relaciones entre sí con la más fraternal inteligencia del mundo. Colocáronme, por mucha distinción, entre un niño de cinco años, encaramado en unas almohadas que era preciso enderezar a cada momento porque las ladeaba la natural turbulencia de mi joven adlátere, y entre uno de esos hombres que ocupan en el mundo el espacio y sitio de tres, cuya corpulencia por todos lados se salía de madre de la única silla en que se hallaba sentado, digámoslo así, como en la punta de una aguja. Desdobláronse silenciosamente las servilletas, nuevas a la verdad, porque tampoco eran muebles en uso para todos los días, y fueron izadas por todos aquellos buenos señores a los ojales de sus fraques como cuerpos intermedios entre las salsas y las solapas.

—Ustedes harán penitencia, señores —exclamó el anfitrión una vez sentado—; pero hay que hacerse cargo que no estamos en Genieys —frase que creyó preciso decir.

—Necia afectación es ésta, si es mentira —dije yo para mí—; y si verdad, gran torpeza convidar a los amigos a hacer penitencia.

23 Fonda tenida a la sazón por la más elegante de Madrid, situada en la calle de la Reina. Véase el artículo *La Fonda Nueva*. (N. del E.)

Desgraciadamente no tardé mucho en conocer que había en aquella expresión más verdad de la que mi buen Braulio se figuraba. Interminables y de mal gusto fueron los cumplimientos con que, para dar y recibir cada plato, nos aburrimos unos a otros.

—Sírvase usted.

—Hágame usted el favor.

—De ninguna manera.

—No lo recibiré.

—Páselo usted a la señora.

—Está bien ahí.

—Perdone usted.

—Gracias.

—Sin etiqueta, señores —exclamó Braulio—; y se echó el primero con su propia cuchara. Sucedió a la sopa un cocido surtido de todas las sabrosas impertinencias de este engorrosísimo, aunque buen plato: cruza por aquí la carne; por allá la verdura; acá los garbanzos; allá el jamón; la gallina por derecha; por medio el tocino; por izquierda los embuchados de Extremadura. Siguióle un plato de ternera mechada, que Dios maldiga, y a éste otro, y otros, y otros, mitad traídos de la fonda, que esto basta para que excusemos hacer su elogio, mitad hechos en casa por la criada de todos los días, por una vizcaína auxiliar tomada al intento para aque-

lla festividad y por el ama de la casa, que en semejantes ocasiones debe estar en todo, y por consiguiente suele no estar en nada.

—Este plato hay que disimularle —decía ésta de unos pichones—; están un poco quemados.

—Pero, mujer...

—Hombre, me aparté un momento, y ya sabes lo que son las criadas.

—¡Qué lástima que este pavo no haya estado media hora más al fuego! Se puso algo tarde.

—¿No les parece a ustedes que está algo ahumado este estofado?

—¿Qué quieres? Una no puede estar en todo.

—¡Oh, está excelente! —exclamábamos todos dejándonoslo en el plato— ¡excelente!

—Este pescado está pasado.

—Pues en el despacho de la diligencia del fresco dijeron que acababa de llegar; ¡el criado es tan bruto!

—¿De dónde se ha traído este vino?

—En eso no tienes razón, porque es...

—Es malísimo.

Estos diálogos cortos iban exornados con una infinidad de miradas furtivas del marido para advertirle continuamente a su mujer alguna negligencia, queriendo darnos a entender

entrambos a dos que estaban muy al corriente de todas las fórmulas que en semejantes casos se reputan finura, y que todas las torpezas eran hijas de los criados, que nunca han de aprender a servir. Pero estas negligencias se repetían tan a menudo, servían tan poco ya las miradas, que le fué preciso al marido recurrir a los pellizcos y a los pisotones; y ya la señora, que a duras penas había podido hacerse superior hasta entonces a las persecuciones de su esposo, tenía la faz encendida y los ojos llorosos.

—Señora, no se incomode usted por eso —le dijo el que a su lado tenía.

—¡Ah! Les aseguro a ustedes que no vuelvo a hacer estas cosas en casa; ustedes no saben lo que es esto: otra vez, Braulio, iremos a la fonda y no tendrás...

—Usted, señora mía, hará lo que...

—¡Braulio! ¡Braulio!

Una tormenta espantosa estaba a punto de estallar; empero todos los convidados a porfía probamos a aplacar aquellas disputas, hijas del deseo de dar a entender la mayor delicadeza, para lo cual no fué poca parte la manía de Braulio y la expresión concluyente que dirigió de nuevo a la concurrencia acerca de la inutilidad de los cumplimientos, que así llama él al

estar bien servido y al saber comer. ¿Hay nada más ridículo que estas gentes que quieren pasar por finas en medio de la más crasa ignorancia de [las conveniencias] sociales, que para obsequiarle le obligan a usted a comer y beber por fuerza y no le dejan medio de hacer su gusto? ¿Por qué habrá gentes que sólo quieren comer con alguna más limpieza los días de días?

A todo esto, el niño que a mi izquierda tenía hacía saltar las aceitunas a un plato de magras con tomate, y una vino a parar a uno de mis ojos, que no volvió a ver claro en todo el día, y el señor gordo de mi derecha había tenido la precaución de ir dejando en el mantel, al lado de mi pan, los huesos de las suyas, y los de las aves que había roído; el convidado de enfrente, que se preciaba de trinchador, se había encargado de hacer la autopsia de un capón, o sea gallo, que esto nunca se supo: fuese por la edad avanzada de la víctima, fuese por los ningunos conocimientos anatómicos del victimario, jamás parecieron las coyunturas.

—Este capón no tiene coyunturas —exclamaba el infeliz sudando y forcejeando, más como quien cava que como quien trincha—. ¡Cosa más rara!

4 "Los usos" en la edición de 1835. (N. del E.)

En una de las embestidas resbaló el tenedor sobre el animal como si tuviera escama, y el capón, violentamente despedido, pareció querer tomar su vuelo como en sus tiempos más felices, y se posó en el mantel tranquilamente como pudiera en un palo de un gallinero.

El susto fué general y la alarma llegó a su colmo cuando un surtidor de caldo, impulsado por el animal furioso, saltó a inundar mi limpísima camisa. Levántase rápidamente a este punto el trinchador con ánimo de cazar el ave prófuga, y al precipitarse sobre ella, una botella que tiene a la derecha, con la que tropieza su brazo, abandonando su posición perpendicular, derrama un abundante caño de Valdepeñas sobre el capón y el mantel. Corre el vino, auméntase la algazara, llueve la sal sobre el vino para salvar el mantel y para salvar la mesa se ingiere por debajo de él una servilleta, y una eminencia se levanta sobre el teatro de tantas ruinas. Una criada toda azorada retira el capón en el plato de su salsa; al pasar sobre mí hace una pequeña inclinación, y una lluvia maléfica de grasa desciende, como el rocío sobre los prados, a dejar eternas huellas en mi pantalón color de perla; la angustia y el aturdimiento de la criada no conocen término; retírase atolondrada sin acertar con las excu-

sas; al volverse tropieza con el criado que traía una docena de platos limpios y una salvilla con las copas para los vinos generosos, y toda aquella máquina viene al suelo con el más horroroso estruendo y confusión.

—¡Por San Pedro! —exclama dando una voz Braulio, difundida ya sobre sus facciones una palidez mortal, al paso que brota fuego el rostro de su esposa—. Pero sigamos, señores; no ha sido nada —añade volviendo en sí.

¡Oh honradas casas donde un modesto cocido y un principio final constituyen la felicidad diaria de una familia; huíd del tumulto de un convite de día de días! Sólo la costumbre de comer y servirse bien diariamente puede evitar semejantes destrozos.

¿Hay más desgracias? ¡Santo cielo! Sí, las hay para mí, ¡infeliz! Doña Juana, la de los dientes negros y amarillos, me alarga de su plato y con su propio tenedor una fineza, que es indispensable aceptar y tragar; el niño se divierte en despedir a los ojos de los concurrentes los huesos disparados de las cerezas; don Leandro me hace probar el manzanilla exquisito, que he rehusado, en su misma copa, que conserva las indelebles señales de sus labios grasientos; mi gordo fuma ya sin cesar y me hace cañón de su chimenea; por fin ¡oh última

de las desgracias! crece el alboroto y la conversación; roncas ya las voces, piden versos y décimas y no hay más poeta que [el Bachiller].

—Es preciso. Tiene usted que decir algo —claman todos.

—Désele pie forzado; que diga una copla a cada uno.

—Yo le daré el pie: *A don Braulio en este día.*

—¡Señores, por Dios!

—No hay remedio.

—En mi vida he improvisado.

—No se haga usted el chiquito.

—Me marcharé.

—Cerrar la puerta.

—No se sale de aquí sin decir algo.

Y digo versos por fin, y vomito disparates, y los celebran, y crece la bulla, y el humo, y el infierno.

A Dios gracias, logro escaparme de aquel nuevo *Pandemonio*. Por fin, ya respiro el aire fresco y desembarazado de la calle, ya no hay necios, ya no hay castellanos viejos a mi alrededor.

—¡Santo Dios, yo te doy gracias! —exclamo respirando, como el ciervo que acaba de es-

4 "Figaro" en la edición de 1835. (N. del E.)

caparse de una docena de perros y que oye ya apenas sus ladridos—. Para de aquí en adelante no te pido riquezas, no te pido empleos, no honores; líbrame de los convites caseros y de días de días; líbrame de estas casas en que es un convite un acontecimiento, en que sólo se pone la mesa decentemente para los convidados, en que creen hacer obsequios cuando dan mortificaciones, en que se hacen finezas, en que se dicen versos, en que hay niños, en que hay gordos, en que reina, en fin, la brutal franqueza de los castellanos viejos. Quiero que, si caigo de nuevo en tentaciones semejantes, me falte un *roastbeef,* desaparezca del mundo el *beefsteak,* se anonaden los timbales de macarrones, no haya pavos en Périgueux ni pasteles en Périgord, se sequen los viñedos de Burdeos, y beban, en fin, todos menos yo la deliciosa espuma del champagne.

Concluída mi deprecación mental, corro a mi habitación a despojarme de mi camisa y de mi pantalón, reflexionando en mi interior que no son unos todos los hombres, puesto que los de un mismo país, acaso de un mismo entendimiento, no tienen las mismas costumbres, ni la misma delicadeza, cuando ven las cosas de tan distinta manera. Vístome y vuelo a olvidar tan funesto día entre el corto número de

gentes que piensan, que viven sujetas al provechoso yugo de una buena educación libre y desembarazada, y que fingen acaso estimarse y respetarse mutuamente para no incomodarse, al paso que las otras hacen ostentación de incomodarse, y se ofenden y se maltratan, queriéndose y estimándose tal vez verdaderamente.

(De *El Pobrecito Hablador,* núm. 8.°, diciembre de 1832.)

VUELVA USTED MAÑANA

Gran persona debió de ser el primero que llamó pecado mortal a la pereza. Nosotros, que ya en uno de nuestros artículos anteriores estuvimos más serios de lo que nunca nos habíamos propuesto, no entraremos ahora en largas y profundas investigaciones acerca de la historia de este pecado, por más que conozcamos que hay pecados que pican en historia, y que la historia de los pecados sería un tanto cuanto divertida. Convengamos solamente en que esta institución ha cerrado y cerrará las puertas del cielo a más de un cristiano.

Estas reflexiones hacía yo casualmente no hace muchos días, cuando se presentó en mi casa un extranjero de estos que, en buena o en mala parte, han de tener siempre de nuestro país una idea exagerada e hiperbólica; de estos que, o creen que los hombres aquí son todavía los espléndidos, francos, generosos y caballerescos seres de hace dos siglos, o que son aún las tribus nómadas del otro lado del At-

lante: en el primer caso vienen imaginando que nuestro carácter se conserva tan intacto como nuestras ruinas; en el segundo, vienen temblando por esos caminos, y preguntan si son los ladrones que los han de despojar los individuos de algún cuerpo de guardia establecido precisamente para defenderlos de los azares de un camino, comunes a todos las países.

Verdad es que nuestro país no es de aquellos que se conocen a primera ni a segunda vista, y si no temiéramos que nos llamasen atrevidos. lo compararamos de buena gana a esos juegos de manos sorprendentes e inescrutables para el que ignora su artificio, que estribando en una grandísima bagatela, suelen después de sabidos dejar asombrado de su poca perspicacia al mismo que se devanó los sesos por buscarles causas extrañas. Muchas veces la falta de una causa determinante en las cosas nos hace creer que debe de haberlas profundas para mantenerlas al abrigo de nuestra penetración. Tal es el orgullo del hombre, que más quiere declarar en alta voz que las cosas son incomprensibles cuando no las comprende él, que confesar que el ignorarlas puede depender de su torpeza.

Esto no obstante, como quiera que entre nosotros mismos se hallen muchos en esta igno-

rancia de los verdaderos resortes que nos mueven, no tendremos derecho para extrañar que los extranjeros no los puedan tan fácilmente penetrar.

Un extranjero de éstos fué el que se presentó en mi casa, provisto de competentes cartas de recomendación para mi persona. Asuntos intrincados de familia, reclamaciones futuras, y aun proyectos vastos concebidos en París de invertir aquí sus cuantiosos caudales en tal cual especulación industrial o mercantil, eran los motivos que a nuestra patria le conducían.

Acostumbrado a la actividad en que viven nuestros vecinos, me aseguró formalmente que pensaba permanecer aquí muy poco tiempo, sobre todo si no encontraba pronto objeto seguro en que invertir su capital. Parecióme el extranjero digno de alguna consideración, trabé presto amistad con él, y lleno de lástima, traté de persuadirle a que se volviese a su casa cuanto antes, siempre que seriamente trajese otro fin que no fuese el de pasearse. Admiróle la proposición, y fué preciso explicarme más claro.

—Mirad —le dije— monsieur Sans-délai —que así se llamaba—; vos venís decidido a pasar quince días, y a solventar en ellos vuestros asuntos.

—Ciertamente —me contestó—. Quince días,

y es mucho. Mañana por la mañana buscamos un genealogista para mis asuntos de familia; por la tarde revuelve sus libros, busca mis ascendientes, y por la noche ya sé quién soy. En cuanto a mis reclamaciones, pasado mañana las presento fundadas en los datos que aquél me dé, legalizados en debida forma; y como será una cosa clara y de justicia innegable (pues sólo en este caso haré valer mis derechos), al tercer día se juzga el caso y soy dueño de lo mío. En cuanto a mis especulaciones, en que pienso invertir mis caudales, al cuarto día ya habré presentado mis proposiciones. Serán buenas o malas, y admitidas o desechadas en el acto, y son cinco días; en el sexto, séptimo y octavo, veo lo que hay que ver en Madrid; descanso el noveno; el décimo tomo mi asiento en la diligencia, si no me conviene estar más tiempo aquí, y me vuelvo a mi casa; aún me sobran de los quince, cinco días.

Al llegar aquí monsieur Sans-délai, traté de reprimir una carcajada que me andaba retozando ya hacía rato en el cuerpo, y si mi educación logró sofocar mi inoportuna jovialidad, no fué bastante a impedir que se asomase a mis labios una suave sonrisa de asombro y de lástima que sus planes ejecutivos me sacaban al rostro mal de mi grado.

—Permitidme, monsieur Sans-délai —le dije entre socarrón y formal—, permitidme que os convide a comer para el día en que llevéis quince meses de estancia en Madrid.

—¿Cómo?

—Dentro de quince meses estáis aquí todavía.

—¿Os burláis?

—No, por cierto.

—¿No me podré marchar cuando quiera? ¡Cierto que la idea es graciosa!

—Sabed que no estáis en vuestro país, activo y trabajador.

—¡Oh! Los españoles que han viajado por el extranjero han adquirido la costumbre de hablar mal [siempre] de su país por hacerse superiores a sus compatriotas.

—Os aseguro que en los quince días con que contáis no habréis podido hablar siquiera a una sola de las personas cuya cooperación necesitáis.

—¡Hipérboles! Yo les comunicaré a todos mi actividad.

—Todos os comunicarán su inercia.

Conocí que no estaba el señor de Sans-délai muy dispuesto a dejarse convencer sino por la experiencia, y callé por entonces, bien seguro de que no tardarían mucho los hechos en hablar por mí.

Amaneció el día siguiente, y salimos entrambos a buscar un genealogista, lo cual sólo se pudo hacer preguntando de amigo en amigo y de conocido en conocido: encontrámoslo por fin, y el buen señor, aturdido de ver nuestra precipitación, declaró francamente que necesitaba tomarse algún tiempo; instósele, y por mucho favor nos dijo definitivamente que nos diéramos una vuelta por allí dentro de unos días. Sonreíme y marchámonos. Pasaron tres días; fuimos.

—Vuelva usted mañana —nos respondió la criada—, porque el señor no se ha levantado todavía.

—Vuelva usted mañana —nos dijo al siguiente día—, porque el amo acaba de salir.

—Vuelva usted mañana —nos respondió el otro—, porque el amo está durmiendo la siesta.

—Vuelva usted mañana —nos respondió al lunes siguiente—, porque hoy ha ido a los toros.

¿Qué día, a qué hora se ve a un español? Vímosle por fin, y —vuelva usted mañana —nos dijo—, porque se me ha olvidado. Vuelva usted mañana, porque no está en limpio.

A los quince días ya estuvo; pero mi amigo le había pedido una noticia del apellido Díez, y él había entendido Díaz, y la noticia no servía. Esperando nuevas pruebas, nada dije a mi ami-

go, desesperado ya de dar jamás con sus abuelos.

Es claro que faltando este principio no tuvieron lugar las reclamaciones.

Para las proposiciones que acerca de varios establecimientos y empresas utilísimas pensaba hacer, había sido preciso buscar un traductor; por los mismos pasos que el genealogista nos hizo pasar el traductor; de mañana en mañana nos llevó hasta el fin del mes. Averiguamos que necesitaba dinero diariamente para comer, con la mayor urgencia; sin embargo, nunca encontraba momento oportuno para trabajar. El escribiente hizo después otro tanto con las copias, sobre llenarlas de mentiras, porque un escribiente que sepa escribir no le hay en este país.

No paró aquí; un sastre tardó veinte días en hacerle un frac, que le había mandado llevarle en veinticuatro horas; el zapatero le obligó con su tardanza a comprar botas hechas; la planchadora necesitó quince días para plancharle una camisola, y el sombrerero, a quien le había enviado su sombrero a variar el ala, le tuvo dos días con la cabeza al aire y sin salir de casa.

Sus conocidos y amigos no le asistían a una sola cita, ni avisaban cuando faltaban, ni respondían a sus esquelas. ¡Qué formalidad y qué exactitud!

—¿Qué os parece de esta tierra, monsieur Sans-délai? —le dije al llegar a estas pruebas.

—Me parece que son hombres singulares...

—Pues así son todos. No comerán por no llevar la comida a la boca.

Presentóse, con todo, yendo y viniendo días, una proposición de mejoras para un ramo que no citaré, quedando recomendada eficacísimamente. A los cuatro días volvimos a saber el éxito de nuestra pretensión.

—Vuelva usted mañana —nos dijo el portero—. El oficial de la mesa no ha venido hoy.

—Grande causa le habrá detenido —dije yo entre mí.

Fuímonos a dar un paseo, y nos encontramos ¡qué casualidad! al oficial de la mesa en el Retiro, ocupadísimo en dar una vuelta con su señora al hermoso sol de los inviernos claros de Madrid. Martes era el día siguiente, y nos dijo el portero:

—Vuelva usted mañana, porque el señor oficial de la mesa no da audiencia hoy.

—Grandes negocios habrán cargado sobre él —dije yo.

Como soy el diablo y aun he sido duende, busqué ocasión de echar una ojeada por el agujero de una cerradura. Su señoría estaba echando un cigarrito al brasero y con una charada del *Co-*

rreo entre manos, que le debía costar trabajo acertar.

—Es imposible verle hoy —le dije a mi compañero—; su señoría está, en efecto, ocupadísimo.

Diónos audiencia el miércoles inmediato, y ¡qué fatalidad! el expediente había pasado a informe, por desgracia, a la única persona enemiga indispensable de monsieur y de su plan, porque era quien debía salir en él perjudicado. Vivió el expediente dos meses en informe, y vino tan informado como era de esperar. Verdad es que nosotros no habíamos podido encontrar empeño para una persona muy amiga del informante. Esta persona tenía unos ojos muy hermosos, los cuales sin duda alguna le hubieran convencido en sus ratos perdidos de la justicia de nuestra causa.

Vuelto de informe, se cayó en la cuenta en la sección de nuestra bendita oficina de que el tal expediente no correspondía a aquel ramo; era preciso rectificar este pequeño error; pasóse al ramo, establecimiento y mesa correspondiente, y hétenos caminando después de tres meses a la cola siempre de nuestro expediente, como hurón que busca el conejo, y sin poderlo sacar muerto ni vivo de la huronera. Fué el caso al llegar aquí que el expediente salió del primer establecimiento y nunca llegó al otro.

—De aquí se remitió con fecha tantos —decían en uno.

—Aquí no ha llegado nada —decían en otro.

—¡Voto va! —dije yo a monsieur Sans-délai—, ¿sabéis que nuestro expediente se ha quedado en el aire como el alma de Garibay, y que debe de estar ahora posado como una paloma sobre algún tejado de esta activa población?

Hubo que hacer otro. ¡Vuelta a los empeños! ¡Vuelta a la prisa! ¡Qué delirio!

—Es indispensable —dijo el oficial con voz campanuda— que esas cosas vayan por sus trámites regulares.

Es decir, que el toque estaba, como el toque del ejercicio militar, en llevar nuestro expediente tantos o cuantos años de servicio.

Por último, después de cerca de medio año de subir y bajar, y estar a la firma o al informe, o a la aprobación, o al despacho, o debajo de la mesa y de volver siempre mañana, salió con una notita al margen que decía: "A pesar de la justicia y utilidad del plan del exponente, negado."

—¡Ah, ah, monsieur Sans-délai! —exclamé

23 [Ya se supone que esto es ideal todo, como debe serlo en artículos generales de costumbres. Si bien puede suceder, no sabemos que haya sucedido cosa semejante a persona determinada. Nunca creemos de más estas satisfacciones.]

riéndome a carcajadas—, este es nuestro negocio.

Pero monsieur Sans-délai se daba a todos los oficinistas, que es como si dijéramos a todos los diablos.

—¿Para esto he echado yo viaje tan largo? ¿Después de seis meses no habré conseguido sino que me digan en todas partes diariamente: *Vuelva usted mañana?* ¿Y cuando este dichoso *mañana* llega, en fin, nos dicen redondamente que no? ¿Y vengo a darles dinero? ¿Y vengo a hacerles favor? Preciso es que la intriga más enredada se haya fraguado para oponerse a nuestras miras.

—¿Intriga, monsieur Sans-délai? No hay hombre capaz de seguir dos horas una intriga. La pereza es la verdadera intriga; os juro que no hay otra: esa es la gran causa oculta: es más fácil negar las cosas que enterarse de ellas.

Al llegar aquí, no quiero pasar en silencio algunas razones de las que me dieron para la anterior negativa, aunque sea una pequeña digresión.

—Ese hombre se va a perder —me decía un personaje muy grave y muy patriótico.

—Esa no es una razón —le repuse—; si él se arruina, nada se habrá perdido en concederle lo que pide; él llevará el castigo de su osadía o de su ignorancia.

—¿Cómo ha de salir con su intención?

—Y suponga usted que quiere tirar su dinero y perderse; ¿no puede uno aquí morirse siquiera sin tener un empeño para el oficial de la mesa?

—Puede perjudicar a los que hasta ahora han hecho de otra manera eso mismo que ese señor extranjero quiere hacer.

—¿A los que lo han hecho de otra manera, es decir, peor?

—Sí, pero lo han hecho.

—Sería lástima que se acabara el modo de hacer mal las cosas. Con que, porque siempre se han hecho las cosas del modo peor posible, ¿será preciso tener consideraciones con los perpetuadores del mal? Antes se debiera mirar si podrían perjudicar los antiguos al moderno.

—Así está establecido; así se ha hecho hasta aquí; así lo seguiremos haciendo.

—Por esa razón deberían darle a usted papilla todavía como cuando nació.

—En fin, señor [Bachiller], es un extranjero.[22]

—¿Y por qué no lo hacen los naturales del país?

—Con esas socaliñas vienen a sacarnos la sangre.

22 "Figaro", en la edición de 1835. (N. del E.)

—Señor mío —exclamé, sin llevar más adelante mi paciencia—; está usted en un error harto general. Usted es como muchos que tienen la diabólica manía de empezar siempre por poner obstáculos a todo lo bueno, y el que pueda que los venza. Aquí tenemos el loco orgullo de no saber nada, de quererlo adivinar todo y no reconocer maestros. Las naciones que han tenido, ya que no el saber, deseos de él, no han encontrado otro medio que el de recurrir a los que sabían más que ellas.

—Un extranjero —seguí— que corre a un país que le es desconocido para arriesgar en él sus caudales, pone en circulación un capital nuevo, contribuye a la sociedad, a quien hace un inmenso beneficio con su talento y su dinero. Si pierde, es un héroe; si gana, es muy justo que logre el premio de su trabajo, pues nos proporciona ventajas que no podíamos acarrearnos solos. Ese extranjero que se establece en este país no viene a sacar de él dinero, como usted supone; necesariamente se establece y se arraiga en él, y a la vuelta de media docena de años, ni es extranjero ya, ni puede serlo; sus más caros intereses y su familia le ligan al nuevo país que ha adoptado; toma cariño al suelo donde ha hecho su fortuna, al pueblo donde ha escogido acaso una compañera; sus

hijos son españoles, y sus nietos lo serán; en vez de extraer el dinero, ha venido a dejar un capital suyo que traía, invirtiéndole y haciéndole producir; ha dejado otro capital de talento, que vale por lo menos tanto como el del dinero; ha dado de comer a los pocos o muchos naturales de quien ha tenido necesariamente que valerse; ha hecho una mejora, y hasta ha contribuído al aumento de la población con su nueva familia. Convencidos de estas importantes verdades, todos los gobiernos sabios y prudentes han llamado a sí a los extranjeros: a su grande hospitalidad ha debido siempre la Francia [en gran parte] su alto grado de esplendor; a los extranjeros de todo el mundo que ha llamado la Rusia ha debido el llegar a ser una de las primeras naciones en muchísimo menos tiempo que el que han tardado otras en llegar a ser las últimas; a los extranjeros han debido los Estados Unidos... Pero veo por gestos de usted —concluí interrumpiéndome oportunamente a mí mismo— que es muy difícil convencer al que está persuadido de que no se debe convencer. ¡Por cierto, si usted mandara, podríamos fundar en usted grandes esperanzas! [La fortuna es que hay hombres que mandan más ilustrados que usted, que desean el bien de su país y dicen: "hágase el milagro y hágalo el

diablo." Con el gobierno que en el día tenemos no estamos ya en el caso de sucumbir a los ignorantes o a los mal intencionados y quizá ahora se logre que las cosas vayan a mejor, aunque despacio, mal que les pese a los batuecos.]

Concluída esta filípica, fuíme en busca de mi Sans-délai.

—Me marcho, señor [Bachiller] —me dijo—; en este país no hay tiempo para hacer nada; sólo me limitaré a ver lo que haya en la capital de más notable.

—¡Ay, mi amigo! —le dije—; idos en paz, y no queráis acabar con vuestra poca paciencia; mirad que la mayor parte de nuestras cosas no se ven.

—¿Es posible?

—¿Nunca me habéis de creer? Acordaos de los quince días...

Un gesto de monsieur Sans-délai me indicó que no le había gustado el recuerdo.

—*Vuelva usted mañana* —nos decían en todas partes—, porque hoy no se ve. Ponga usted un memorialito para que le den a usted un permiso especial.

Era cosa de ver la cara de mi amigo al oír lo del memorialito: representábasele en la imaginación el informe, y el empeño, y los seis me-

8 "Figaro", en la edición de 1835. (N. del E.)

ses, y... Contentóse con decir: *Soy un extranjero.* ¡Buena recomendación entre los amables compatriotas míos! Aturdíase mi amigo cada vez más, y cada vez nos comprendía menos. Días y días tardamos en ver [a fuerza de esquelas y *de volver*] las pocas rarezas que tenemos guardadas. Finalmente, después de medio año largo, si es que puede haber un medio año más largo que otro, se restituyó mi recomendado a su patria maldiciendo de esta tierra, dándome la razón que yo ya antes me tenía y llevando al extranjero noticias excelentes de [nuestros batuecos]; diciendo, sobre todo, que en seis meses no había podido hacer otra cosa sino *volver* siempre *mañana,* y que a la vuelta de tanto *mañana,* enteramente futuro, lo mejor, o más bien lo único que había podido hacer bueno, había sido marcharse.

¿Tendrá razón, perezoso lector (si es que has llegado ya a esto que estoy escribiendo), tendrá razón el buen monsieur Sans-délai en hablar mal de nosotros y de nuestra pereza? ¿Será cosa de que vuelva el día de mañana con gusto a visitar nuestros hogares? Dejemos esta cuestión para mañana, porque ya estarás cansado de leer hoy; si mañana u otro día no tie-

13 "Nuestras costumbres" en la edición de 1835. (N. del E.)

nes, como sueles, pereza de volver a la librería, pereza de sacar tu bolsillo y pereza de abrir los ojos para hojear [los pocos folletos] que tengo que darte [ya], te contaré cómo a mí mismo, que todo esto veo y conozco y callo mucho más, me ha sucedido muchas veces, llevado de esta influencia, hija del clima y *de otras causas,* perder de pereza más de una conquista amorosa; abandonar más de una pretensión empezada y las esperanzas de más de un empleo, que me hubiera sido acaso, con más actividad, poco menos que asequible; renunciar, en fin, por pereza de hacer una visita justa o necesaria, a relaciones sociales que hubieran podido valerme de mucho en el transcurso de mi vida; te confesaré que no hay negocio que no pueda hacer hoy que no deje para mañana; te referiré que me levanto a las once, y duermo siesta; que paso haciendo el quinto pie de la mesa de un café hablando o roncando, como buen [batueco], las siete y las ocho horas seguidas; te añadiré que cuando cierran el café, me arrastro lentamente a mi tertulia diaria (porque de pereza no tengo más que una), y un cigarrito tras otro me alcanzan clavado en un sitial, y bostezando sin cesar, las doce o la una de la madrugada; que muchas noches no

3 "Las hojas" en la edición de 1835. (N. del E.)
4 "Todavía" en la edición de 1835. (N. del E.)
20 "Español" en la edición de 1835. (N. del E.)

ceno de pereza, y de pereza no me acuesto; en fin, lector de mi alma, te declararé que de tantas veces como estuve en esta vida desesperado ninguna me ahorqué y siempre fué de pereza. Y concluyo por hoy confesándote que ha más de tres meses que tengo, como la primera entre mis apuntaciones, el título de este artículo, que llamé: *Vuelva usted mañana;* que todas las noches y muchas tardes he querido durante este tiempo escribir algo en él, y todas las noches apagaba mi luz diciéndome a mí mismo con la más pueril credulidad en mis propias resoluciones: *¡Eh, mañana le escribiré!* Da gracias a que llegó por fin este mañana, que no es del todo malo; pero ¡ay de aquel *mañana* que no ha de llegar jamás!

(De *El Pobrecito Hablador,* núm. 11. Enero de 1833.)

EL MUNDO TODO ES MÁSCARAS

TODO EL AÑO ES CARNAVAL

(ARTÍCULO DEL BACHILLER)

¿Qué gente hay allá arriba, que anda tal estrépito? ¿Son locos?

MORATÍN, *Comedia nueva.*

No hace muchas noches que me hallaba encerrado en mi cuarto y entregado a profundas meditaciones filosóficas, nacidas de la dificultad de escribir diariamente para el público. ¿Cómo contentar a los necios y a los discretos, a los cuerdos y a los locos, a los ignorantes y a los entendidos que han de leerme, y sobre todo a los dichosos y a los desgraciados, que con tan distintos ojos suelen ver una misma cosa?

.....

Animado con esta reflexión, cogí la pluma y ya iba a escribir nada menos que un elogio de todo lo que veo a mi alrededor, el cual pensaba rematar con cierto discurso encomiástico acerca de lo adelantado que está el arte de la declamación en el país, para contentar a todo el que se

me pusiera por delante, que esto es lo que conviene en estos tiempos tan valentones que corren; pero tropecé con el inconveniente de que los hombres sensatos habían de sospechar que el dicho elogio era burla, y esta reflexión era más pesada que la anterior.

Al llegar aquí arrojé la pluma, despechado y decidido a consultar todavía con la almohada si en los términos de lo lícito me quedaba algo que hablar, para lo cual determiné verme con un amigo, abogado *por más señas,* lo que basta para que se infiera si debe de ser hombre entendido, y que éste, registrando su *Novísima* y sus *Partidas,* me dijese para de aquí en adelante qué es lo que me está prohibido, pues en verdad que es mi mayor deseo ir con la corriente de las cosas, sin andarme a buscar *cotufas en el golfo,* ni el mal fuera de mi casa, cuando dentro de ella tengo el bien.

En esto estaba ya para dormirme, a lo cual había contribuído no poco el esfuerzo que había hecho para componer mi elogio de modo que tuviera trazas de cosa formal; pero Dios no lo quiso así, o a lo que yo tengo por más cierto, un amigo que me alborotó la casa, y que se introdujo en mi cuarto dando voces en los términos siguientes, u otros semejantes:

—¡Vamos a las máscaras, Bachiller! —me gritó.

—¿A las máscaras?

—No hay remedio; tengo un coche a la puerta. ¡A las máscaras! Iremos a algunas casas particulares, y concluiremos la noche en uno de los grandes bailes de suscripción.

—Que te diviertas: yo me voy a acostar.

—¡Qué despropósito! No lo imagines: precisamente te traigo un dominó negro y una careta.

—¡Adiós! Hasta mañana.

—¿Adónde vas? Mira, mi querido Munguía, tengo interés en que vengas conmigo; sin ti no voy, y perderé la mejor ocasión del mundo...

—¿De veras?

—Te lo juro.

—En ese caso, vamos. ¡Paciencia! Te acompañaré.

De mala gana entré dentro de un amplio ropaje, bajé la escalera y me dejé arrastrar al compás de las exclamaciones de mi amigo, que no cesaba de gritarme:

—¡Cómo nos vamos a divertir! ¡Qué noche tan deliciosa hemos de pasar!

Era el coche alquilón; a ratos parecía que andábamos tanto atrás como adelante, a modo de quien pisa nieve; a ratos, que estábamos colum-

piándonos en un mismo sitio. Llegó por fin a ser tan completa la ilusión, que temeroso yo de alguna pesada burla de Carnaval, parecida al viaje de don Quijote y Sancho en el Clavileño, abrí la ventanilla más de una vez, deseoso de investigar si después de media hora de viaje estaríamos todavía a la puerta de mi casa, o si habríamos pasado ya la línea, como en la aventura de la barca del Ebro.

Ello parecerá increíble, pero llegamos, quedándome yo, sin embargo, en la duda de si habría andado el coche hacia la casa o la casa hacia el coche. Subimos la escalera, verdadera imagen de la primera confusión de los elementos: un Edipo, sacando el reloj y viendo la hora que era; una vestal, atándose una liga elástica y dejando a su criado los chanclos y el capote escocés para la salida; un romano coetáneo de Catón dando órdenes a su cochero para encontrar su landó dos horas después; un indio no conquistado todavía por Colón, con su papeleta impresa en la mano y bajando de un birlocho; un Oscar acabando de fumar un cigarrillo de papel para entrar en el baile; un moro santiguándose asombrado al ver el gentío; cien dominós, en fin, subiendo todos los escalones sin que se sospechara que hubiese dentro quien los moviese, y tapándose todos las caras, sin saber los más

para qué, y muchos sin ser conocidos de nadie.

Después de un molesto reconocimiento del billete y del sello y la rúbrica y la contraseña, entramos en una salita que no tenía más defecto que estar las paredes demasiado cerca unas de otras; pero ello es más preciso tener máscaras que sala donde colocarlas. Algún ciego alquilado para toda la noche, como la araña y la alfombra, y para descansarle un *piano, tan piano* que nadie lo consiguió oir jamás, eran la música del baile, donde nadie bailó. Poníanse, sí, de vez en cuando a modo de parejas la mitad de los concurrentes, y dábanse con la mayor intensión de ánimo sendos encontrones a derecha e izquierda, y aquello era el bailar, si se nos permite esta expresión.

Mi amigo no encontró lo que buscaba, y según yo llegué a presumir, consistió en que no buscaba nada, que es precisamente lo mismo que a otros muchos les acontece. Algunas madres, sí, buscaban a sus hijas, y algunos maridos a sus mujeres; pero ni una sola hija buscaba a su madre, ni una sola mujer a su marido.

—Acaso —decían— se habrán quedado dormidas entre la confusión en alguna otra pieza...

—Es posible —decía yo para mí—, pero no es probable.

Una máscara vino disparada hacia mí.

—¿Eres tú? —me preguntó misteriosamente.

—Yo soy —le respondí, seguro de no mentir.

—Conocí el dominó; pero esta noche es imposible: Paquita está ahí, mas el marido se ha empeñado en venir; no sabemos por dónde diantres ha encontrado billetes.

—¡Lástima grande!

—¡Mira tú qué ocasión! Te hemos visto, y no atreviéndose a hablarte ella misma, me envía para decirte que mañana sin falta os veréis en la *Sartén*. Dominó encarnado y lazos blancos.

—Bien.

—¿Estás?

—No faltaré.

—¿Y tu mujer, hombre? —le decía a un ente rarísimo que se había vestido todo de cuernecitos de abundancia un dominó negro que llevaba otro igual del brazo.

—Durmiendo estará ahora. Por más que he hecho, no he podido decidirla a que venga: no hay otra más enemiga de diversiones.

—Así descansas tú en su virtud: ¿piensas estar aquí toda la noche?

—No, hasta las cuatro.

---

13 En el teatro de la calle de la Sartén. (N. del E.)

—Haces bien.

En esto se había alejado el de los cuernecillos, y entreoí estas palabras:

—Nada ha sospechado.

—¿Cómo era posible? Si salí una hora después que él...

—¿A las cuatro ha dicho?

—Sí.

—Tenemos tiempo. ¿Estás segura de la criada?

—No hay cuidado alguno, porque...

Una oleada cortó el hilo de mi curiosidad; las demás palabras del diálogo se confundieron con las repetidas voces de: *¿Me conoces? Te conozco,* etc., etc.

¿Pues no parecía estrella mía haber traído esta noche un dominó igual al de todos los amantes, más feliz por cierto que Quevedo, que se parecía de noche a cuantos esperaban para pegarlos?

—¡Chis! ¡Chis! Por fin te encontré —me dijo otra máscara esbelta, asiéndome del brazo, y con su voz tierna y agitada por la esperanza satisfecha.

—¿Hace mucho que me buscabas?

—No, por cierto, porque no esperaba encontrarte. ¡Ay! ¡Cuánto me has hecho pasar desde antes de anoche! No he visto hombre más tor-

pe. Yo tuve que componerlo todo; y la fortuna fué haber convenido antes en no darnos nuestros nombres, ni aun por escrito. Si no...

—¿Pues qué hubo?

—¿Qué había de haber? El que venía conmigo era Carlos mismo.

—¿Qué dices?

—Al ver que me alargabas el papel, tuve que hacerme la desentendida y dejarlo caer, pero él le vió y le cogió. ¡Qué angustias!

—¿Y cómo saliste del paso?

—Al momento me ocurrió una idea: "¿Qué papel es ese?" le dije. "Vamos a verle; será de algún enamorado." Se lo arrebato, veo que empieza: "*Querida Anita.*" Cuando no vi mi nombre, respiré; empecé a echarlo a broma. "¿Quién será el desesperado?", le decía riéndome a carcajadas. "Veamos." Y él mismo leyó el billete, donde me decías que esta noche nos veríamos aquí, si podía venir sola. ¡Si vieras cómo se reía!

—¡Cierto que fué gracioso!

—Sí, pero, por Dios, *don Juan, de éstas, pocas.*

Acompañé largo rato a mi amante desconocida, siguiendo la broma lo mejor que pude... El lector comprenderá fácilmente que ben-

dije las máscaras y sobre todo el talismán de mi impagable dominó.

Salimos por fin de aquella casa, y no pude menos de soltar la carcajada al oír a un máscara que a mi lado bajaba.

—¡Pesia a mí! —le decía a otro—; no ha venido. Toda la noche he seguido a otra creyendo que era ella, hasta que se ha quitado la careta. ¡La vieja más fea de Madrid! No ha venido; en mi vida pasé rato más amargo. ¿Qién sabe si el papel de la otra noche lo habrá echado todo a perder? Si don Carlos lo cogió...

—Hombre, no tengas cuidado.

—¡Paciencia! Mañana será otro día. Yo con ese temor me he guardado muy bien de traer el dominó cuyas señas le daba en la carta.

—Hiciste bien.

—Perfectísimamente —repetí yo para mí—; y salíme riendo de los azares de la vida.

Bajamos atropellando un rimero de criados y capas tendidos aquí y allí por la escalera. La noche no dejó de tener tampoco algún contratiempo para mí. Yo me había llevado la querida de otro; en justa compensación otro se había llevado mi capa, que debía parecerse a la suya, como se parecía mi dominó al del desventurado querido.

—Ya estás vengado —exclamé—, ¡oh, burlado mancebo!

Felizmente yo, al entregarla en la puerta, había tenido la previsión de despedirme de ella tiernamente para toda mi vida. ¡Oh previsión oportuna! Ciertamente que no nos volveremos a encontrar mi capa y yo en este mundo perecedero. Había salido ya de la casa, había andado largo trecho, y aún volvía la cabeza de rato en rato hacia sus altas paredes, como Héctor al dejar a su Andrómaca, diciendo para mí: "Allí quedó, allí la dejé, allí la vi por la última vez."

Otras casas recorrimos; en todas el mismo cuadro: en ninguna nos admiró encontrar intrigas amorosas, madres burladas, chasqueados esposos o solícitos amantes. No soy de aquellos que echan de menos la acción en una buena cantatriz, o alaban la voz de un mal comediante, y por tanto no voy a buscar virtudes a las máscaras. Pero nunca llegué a comprender el afán que por asistir al baile había manifestado tantos días seguidos don Cleto, que hizo toda la noche de una silla cama y del estruendo arrullo. No entiendo todavía a don Jorge cuando dice que estuvo en la función, habiéndole visto desde que entró hasta que salió en derredor de una mesa en un verdadero *ecarté*. Toda la di-

ferencia estaba en él con respeto a las demás noches, en ganar o perder, vestido de moharracho. Ni me sé explicar de una manera satisfactoria la razón en que se fundan para creer ellos mismos que se divierten un enjambre de máscaras que vi buscando siempre, y no encontrando jamás, sin hallar a quién embromar ni quien los embrome, que no bailan, que no hablan, que vagan errantes de sala en sala, como si de todas les echaran, imitando el vuelo de la mosca, que parece no tener nunca objeto determinado. ¿Es por ventura un apetito desordenado de hallarse donde se hallan todos, hijo de la pueril vanidad del hombre? ¿Es por aturdirse a sí mismos y creerse felices por espacio de una noche entera? ¿Es por dar a entender que también tienen un interés y una intriga? Algo nos inclinamos a creer lo último, cuando observamos que los más de éstos os dicen, si los habéis conocido:

—¡Chitón! ¡Por Dios! No digáis nada a nadie.

Seguidlos y os convenceréis que no tienen motivos ni para descubrirse ni para taparse. Andan, sudan, gastan, salen quebrantados del baile... Nunca, empero, se les olvida salir los últimos, y decir al despedirse:

—¿Mañana es el baile en Solís? Pues has-

ta mañana. ¿Pasado mañana es en San Bernardino? ¡Diez onzas diera por un billete!

Ya que sin respeto a mis lectores me he metido en estas reflexiones filosóficas, no dejaré pasar en silencio, antes de concluírlas, la más principal que me ocurría. ¿Qué mejor careta ha menester don Braulio que su hipocresía? Pasa en el mundo por un santo, oye misa todos los días y reza sus devociones; a merced de esta máscara que tiene constantemente adoptada, mirad cómo engaña, cómo intriga, cómo murmura, cómo roba... ¡Qué empeño de no parecer Julianita lo que es! ¿Para eso sólo se pone un rostro de cartón sobre el suyo? ¿Teme que sus facciones delaten su alma? Viva tranquila; tampoco ha menester careta. ¿Veis su cara angelical? ¡Qué suavidad! ¡Qué atractivo! ¡Cuán fácil trato debe de tener! No puede abrigar vicio alguno. Miradla por dentro, observadores de superficies: no hay día que no engañe a un nuevo pretendiente; veleidosa, infiel, perjura, desvanecida, envidiosa, áspera con los suyos, insufrible y altanera con su esposo: esa es la hermosura perfecta, cuya cara os engaña más que su careta. ¿Veis aquel hombre tan amable y tan cortés, tan comedido con las damas en sociedad? ¡Qué deferencia! ¡Qué previsión! ¡Cuán sumiso debe ser! No le es-

cojas sólo por eso para esposo, encantadora Amelia; es un tirano grosero de la que le entrega su corazón. Su cara es también más pérfida que su careta; por ésta no estás expuesta a equivocarte, porque nada juzgas por ella; pero la otra... Imperfecta discípula de Lavater, crees que debe ser tu clave, y sólo suele ser un pérfido guía, que te entrega a tu enemigo.

Bien presumirá el lector que al hacer estas metafísicas indagaciones, algún pesar muy grande debía afligirme, pues nunca está el hombre más filósofo que en sus malos ratos: el que no tiene fortuna se encasqueta su filosofía, como un falto de pelo su *bisoñé;* la filosofía es, efectivamente, para el desdichado lo que la peluca para el calvo, de ambas maneras se les figura a entrambos que ocultan a los ojos de los demás la inmensa laguna que dejó en ellos por llenar la naturaleza madrastra.

Así era; un pesar me afligía. Habíamos entrado ya en uno de los principales bailes de esta Corte. El continuo traspirar, el estar en pie la noche entera, la hora avanzada y el mucho cavilar, habían debilitado mis fuerzas en tales términos que el hambre era a la sazón mi maestro de filosofía. Así de mi amigo, y de común acuerdo nos decidimos a cenar lo más esplén-

didamente posible. ¡Funesto error! Así se refugiaban máscaras en aquel estrecho local, y se apiñaban y empujaban unas a otras, como si fuera de la puerta las esperase el más inminente peligro. Iban y venían los mozos aprovechando claros y describiendo sinuosidades, como el arroyo que va buscando para correr entre las breñas las rendijas y agujeros de las piedras. Era tarde ya; apenas había un plato de que disponer; pedimos, sin embargo, de lo que había, y nos trajeron varios restos de manjares que alguno que había cenado antes que nosotros había tenido la previsión de dejar sobrantes. *Hicimos semblante* de comer, según decían nuestros antepasados y como dicen ahora nuestros vecinos, y pagamos como si hubiéramos comido.

—Esta ha sido la primera vez en mi vida —salí diciendo— que me ha costado dinero un rato de hambre.

Entrámonos de nuevo en el salón de baile, y cansado ya de observar y de oír sandeces, prueba irrefragable de lo reducido que es el número de hombres dotados por el cielo con travesura y talento, toda mi ambición se limitó a conquistar con los codos y los pies un rincón donde ceder algunos minutos a la fatiga. Allí me recosté, púseme la careta para poder dormir sin

excitar la envidia de nadie, y columpiándose mi imaginación entre mil ideas opuestas, hijas de la confusión de sensaciones encontradas de un baile de máscaras, me dormí, mas no tan tranquilamente como lo hubiera yo deseado.

Los fisiólogos saben mejor que nadie, según dicen, que el sueño y el ayuno, prolongado sobre todo, predisponen la imaginación débil y acalorada del hombre a las visiones nocturnas y aéreas, que vienen a tomar en nuestra irritable fantasía formas corpóreas cuando están nuestros párpados aletargados por Morfeo. Más de cuatro que han pasado en este bajo suelo por haber visto realmente lo que realmente no existe, han debido al sueño y al ayuno sus estupendas apariciones. Esto es precisamente lo que a mí me aconteció, porque al fin, según expresión de Terencio, *homo sum et nihil humani a me alienum puto.*

No bien había cedido al cansancio, cuando imaginé hallarme en una profunda obscuridad; reinaba el silencio en torno mío; poco a poco una luz fosfórica fué abriéndose paso lentamente por entre las tinieblas, y una redoma mágica se me fué acercando misteriosamente por sí sola, como un luminoso meteoro. Saltó un tapón con que venía herméticamente cerrada; un torrente de luz se escapó de su cuello destapado, y todo

volvió a quedar en la obscuridad. Entonces sentí una mano fría como el mármol que se encontró con la mía; un sudor yerto me cubrió; sentí el crujir de la ropa de una fantasma bulliciosa que ligeramente se movía a mi lado, y una voz semejante a un leve soplo me dijo con acentos que no tienen entre los hombres signos representativos:

—Abre los ojos, Bachiller; si te inspiro confianza, sígueme.

El aliento me faltó, flaquearon mis rodillas; pero la fantasma despidió de sí un pequeño resplandor, semejante al que produce un fumador en una escalera tenebrosa aspirando el humo de su cigarro, y a su escasa luz reconocí brevemente a Asmodeo, héroe del *Diablo Cojuelo*.

—Te conozco —me dijo—; no temas; vienes a observar el Carnaval en un baile de máscaras. ¡Necio! Ven conmigo; doquiera hallarás máscaras, doquiera Carnaval, sin esperar al segundo mes del año.

Arrebatóme entonces insensible y rápidamente, no sé si sobre algún dragón alado, o vara mágica, o cualquier otro bagaje de esta especie. Ello fué que alzarme del sitio que ocupaba y encontrarnos suspendidos en la atmósfera sobre Madrid, como el águila que se columpia en el aire buscando con vista penetrante su temerosa

presa, fué obra de un instante. Entonces vi al través de los tejados como pudiera al través del vidrio de un excelente anteojo de larga vista.

—Mira —me dijo mi extraño *cicerone*—. ¿Qué ves en esa casa?

—Un joven de sesenta años disponiéndose a asistir a una *suaré;* pantorrillas postizas, porque va de calzón; un frac diplomático; todas las maneras afectadas de un seductor de veinte años; una persuasión, sobre todo, indestructible de que su figura hace conquistas todavía...

—¿Y allí?

—Una mujer de cincuenta años.

—Obsérvala; se tiñe los blancos cabellos.

—¿Qué es aquello?

—Una caja de dientes; a la izquierda, una pastilla de olor; a la derecha, un *polisón.* ¡Cómo se ciñe el corsé! Va a exhalar el último aliento. Repara su gesticulación de coqueta.

—¡Ente execrable! ¡Horrible desnudez!

—Más de una ha deslumbrado tus ojos en algún sarao que debieras haber visto en ese estado para ahorrarte algunas locuras.

—¿Quién es aquel de más allá?

—Un hombre que pasa entre vosotros los hombres por sensato; todos le consultan; es un célebre abogado; la librería que tiene al lado es el disfraz con que os engaña. Acaba de asegu-

rar a un litigante con sus libros en la mano que su pleito es imperdible; el litigante ha salido; mira cómo cierra los libros en cuanto salió, como tú arrojarás la careta en llegando a tu casa. ¿Ves su sonrisa maligna? Parece decir: "Venid aquí, necios; dadme vuestro oro; yo os daré papeles, yo os haré frases. Mañana seré juez; seré el intérprete de Temis." ¿No te parece ver al loco de Cervantes, que se creía Neptuno? Observa más abajo: un moribundo; ¿oyes cómo se arrepiente de sus pecados? Si vuelve a la vida, tornará a las andadas. A su cabecera tiene a un hombre bien vestido, un bastón en una mano, una receta en la otra. "O la tomas, o te pego. Aquí tienes la salud" parece decirle; "yo sano los males, yo los conozco". Observa con qué seriedad lo dice; parece que lo cree él mismo; parece perdornarle la vida que se le escapa ya al infeliz. "No hay cuidado" sale diciendo. Ya sube en su bombé; ¿oyes el chasquido del látigo?

—Sí.

—Pues oye también el último ¡ay! del moribundo, que va a la eternidad, mientras que el doctor corre a embromar a otro con su disfraz de sabio. Ven a ese otro barrio.

—¿Qué es eso?

—Un duelo. ¿Ves esas caras tan compungidas?

—Sí.

—Míralas con este anteojo.

—¡Cielos! La alegría rebosa dentro, y cuenta los días que el decoro le podrá impedir salir al exterior.

—Mira una boda; con qué buena fe se prometen los novios eterna constancia y fidelidad.

.....

—¿Quién es aquél?

—Un militar; observa cómo se paga de aquel oro que adorna su casaca. ¡Qué de trapitos de colores se cuelga de los ojales! ¡Qué vano se presenta! "Yo sé ganar batallas", parece que va diciendo.

—¿Y no es cierto? Ha ganado la de ***.

—¡Insensato! Esa no la ganó él, sino que la perdió el enemigo.

—Pero...

—No es lo mismo.

—¿Y la otra de ***?

—La casualidad. Se está vistiendo de grande uniforme, es decir, disfrazando. Con ese disfraz todos le dan V. E.: él y los que así le ven, creen que ya no es un hombre como todos.

.....

Ya lo ves; en todas partes hay máscaras todo el año; aquel mismo amigo que te quiere hacer creer que lo es, la esposa que dice que te

ama, la querida que te repite que te adora, ¿no te están embromando toda la vida? ¿A qué, pues, esa prisa de buscar billetes? Sal a la calle y verás las máscaras de balde. Sólo te quiero enseñar, antes de volverte a llevar donde te he encontrado —concluyó Asmodeo—, una casa donde dicen especialmente que no las hay este año. Quiero desencantarte.

Al decir esto pasábamos por el teatro.

—Mira allí —me dijo— a un autor de comedia. Dice que es un gran poeta. Está muy persuadido de que ha escrito los sentimientos de Orestes, y de Nerón, y de Otelo... ¡Infeliz! Pero ¿qué mucho? Un inmenso concurso se lo cree también. ¡Ya se ve!, ni unos ni otros han conocido a aquellos señores. Repara, y ríete a tu salvo. ¿Ves aquellos grandes palos pintados, aquellos lienzos corredizos? Dicen que aquello es el campo, y casas, y habitaciones, ¡y qué más sé yo! ¿Ves aquel que sale ahora? Aquél dice que es el grande sacerdote de los griegos, y aquel otro Edipo; ¿los conoces tú?

—Sí; por más señas que esta mañana los vi en misa.

—Pues, míralos; ahora se desnudan, y el gran sacerdote, y Edipo, y Jocasta, y el pueblo tebano entero, se van a cenar sin más acompañamiento, y dejándose a su patria entre bastido-

res, algún carnero verde, o si quieres un excelente *beefsteak* hecho en casa de Genyeis. ¿Quieres oír a Semíramis?

—¿Estás loco, Asmodeo? ¿A Semíramis?

—Sí; mírala, es una excelente conocedora de la música de Rossini. ¿Oíste qué bien cantó aquel adagio? Pues es la viuda de Nino; ya expira; a imitación del cisne, canta y muere.

Al llegar aquí estábamos ya en el baile de máscaras; sentí un golpe ligero en una de mis mejillas.

—¡Asmodeo! —grité.

Profunda obscuridad; silencio de nuevo en torno mío.

—¡Asmodeo! —quise gritar de nuevo; despiértame, empero, el esfuerzo.

Llena aún mi fantasía de mi nocturno viaje, abro los ojos, y todos los trajes apiñados, todos los países me rodean en breve espacio: un chino, un marinero, un abate, un indio, un ruso, un griego, un romano, un escocés.

—¡Cielos! ¿Qué es esto? ¿Ha sonado ya la trompeta final? ¿Se han congregado ya los hombres de todas las épocas y de todas las zonas de la tierra, a la voz del Omnipotente, en el valle de Josafat...?

Poco a poco vuelvo en mí, y asustando a un turco y una monja entre quienes estoy, exclamo

con toda la filosofía de un hombre que no ha cenado, e imitando las expresiones de Asmodeo, que aún suenan en mis oídos: *El mundo todo es máscaras: todo el año es Carnaval.*

(De *El Pobrecito Hablador,* núm. 12, marzo de 1833.)

EN ESTE PAIS

Hay en el lenguaje vulgar frases afortunadas que nacen en buena hora y que se derraman por toda una nación, así como se propagan hasta los términos de un estanque las ondas producidas por la caída de una piedra en medio del agua. Muchas de este género pudiéramos citar, en el vocabulario político sobre todo; de esta clase son aquellas que, halagando las pasiones de los partidos, han resonado tan funestamente en nuestros oídos en los años que van pasados de este siglo, tan fecundo en mutaciones de escena y en cambios de decoraciones. Cae una palabra de los labios de un perorador en un pequeño círculo, y un gran pueblo, ansioso de palabras, la recoge, la pasa de boca en boca, y con la rapidez del golpe eléctrico un crecido número de máquinas vivientes la repite y la consagra, las más veces sin entenderla, y siempre sin calcular que una palabra sola es a veces pa-

lanca suficiente a levantar la muchedumbre, inflamar los ánimos y causar en las cosas una revolución.

Estas voces favoritas han solido siempre desaparecer con las circunstancias que las produjeran. Su destino es, efectivamente, como sonido vago que son, perderse en la lontananza, conforme se apartan de la causa que las hizo nacer. Una frase, empero, sobrevive siempre entre nosotros, cuya existencia es tanto más difícil de concebir, cuanto que no es de la naturaleza de esas de que acabamos de hablar; éstas sirven en las revoluciones a lisonjear a los partidos y a humillar a los caídos, objeto que se entiende perfectamente, una vez conocida la generosa condición del hombre; pero la frase que forma el objeto de este artículo se perpetúa entre nosotros, siendo sólo un funesto padrón de ignominia para los que la oyen y para los mismos que la dicen; así la repiten los vencidos como los vencedores, los que no pueden como los que no quieren extirparla; los propios, en fin, como los extraños.

En este país... Esta es la frase que todos repetimos a porfía, frase que sirve de clave para toda clase de explicaciones, cualquiera que sea la cosa que a nuestros ojos choque en mal sentido.

—¿Qué quiere usted? —decimos— ¡En este país!

Cualquier acontecimiento desagradable que nos suceda, creemos explicarle perfectamente con la frasecilla: *¡Cosas de este país!*, que con vanidad pronunciamos y sin pudor alguno repetimos.

¿Nace esta frase de un atraso reconocido en toda la nación? No creo que pueda ser éste su origen, porque sólo puede conocer la carencia de una cosa el que la misma cosa conoce: de donde se infiere que si todos los individuos de un pueblo conociesen su atraso, no estarían realmente atrasados. ¿Es la pereza de imaginación o de raciocinio que nos impide investigar la verdadera razón de cuanto nos sucede, y que se goza en tener una muletilla siempre a mano con que responderse a sus propios argumentos, haciéndose cada uno la ilusión de no creerse cómplice de un mal, cuya responsabilidad descarga sobre el estado del país en general? Esto parece más ingenioso que cierto.

Creo entrever la causa verdadera de esta humillante expresión. Cuando se halla un país en aquel crítico momento en que se acerca a una transición, y en que, saliendo de las tinieblas, comienza a brillar a sus ojos un ligero resplandor, no conoce todavía el bien, empero ya

conoce el mal, de donde pretende salir para probar cualquiera otra cosa que no sea lo que hasta entonces ha tenido. Sucédele lo que a una jóven bella que sale de la adolescencia; no conoce el amor todavía ni sus goces; su corazón, sin embargo, o la naturaleza por mejor decir, le empieza a revelar una necesidad que pronto será urgente para ella, y cuyo germen y cuyos medios de satisfacción tiene en sí misma, si bien los desconoce todavía. La vaga inquietud de su alma, que busca y ansía, sin saber qué, la atormenta y la disgusta de su estado actual y del anterior en que vivía; y vésela despreciar y romper aquellos mismos sencillos juguetes que formaban poco antes el encanto de su ignorante existencia.

Este es acaso nuestro estado, y éste, a nuestro entender, el origen de la fatuidad que en nuestra juventud se observa: el medio saber reina entre nosotros; no conocemos el bien, pero sabemos que existe y que podemos llegar a poseerle, si bien sin imaginar aún el cómo. Afectamos, pues, hacer ascos de lo que tenemos, para dar a entender a los que nos oyen que conocemos cosas mejores, y nos queremos engañar miserablemente unos a otros, estando todos en el mismo caso.

Este medio saber nos impide gozar de lo bue-

no que realmente tenemos, y aun nuestra ansia de obtenerlo todo de una vez nos ciega sobre los mismos progresos que vamos insensiblemente haciendo. Estamos en el caso del que, teniendo apetito, desprecia un sabroso almuerzo con la esperanza de un suntuoso convite incierto, que se verificará, o no se verificará, más tarde. Sustituyamos sabiamente a la esperanza de mañana el recuerdo de ayer, y veamos si tenemos razón en decir a propósito de todo: *¡Cosas de este país!*

Sólo con el auxilio de las anteriores reflexiones puedo comprender el carácter de don Periquito, ese petulante joven, cuya instrucción está reducida al poco latín que le quisieron enseñar y que él no quiso aprender; cuyos viajes no han pasado de Carabanchel; que no lee sino en los ojos de sus queridas, los cuales no son ciertamente los libros más filosóficos; que no conoce, en fin, más ilustración que la suya, más hombres que sus amigos, cortados por la misma tijera que él, ni más mundo que el salón del Prado, ni más país que el suyo. Este fiel representante de gran parte de nuestra juventud desdeñosa de su país, fué no ha mucho tiempo objeto de una de mis visitas.

Encontréle en una habitación mal amueblada y peor dispuesta, como de hombre solo; reinaba en sus muebles y sus ropas, tiradas aquí y allí,

un espantoso desorden, de que hubo de avergonzarse al verme entrar.

—Este cuarto está hecho una leonera —me dijo. —¿Qué quiere usted? en este país... —y quedó muy satisfecho de la excusa que a su natural descuido había encontrado.

Empeñóse en que había de almorzar con él, y no pude resistir a sus instancias: un mal almuerzo mal servido reclamaba indispensablemente algún nuevo achaque, y no tardó mucho en decirme:

—Amigo, en este país no se puede dar un almuerzo a nadie; hay que recurrir a los platos comunes y al chocolate.

—¡Vive Dios! —dije yo para mí— que cuando en este país se tiene un buen cocinero y un exquisito servicio y los criados necesarios, se puede almorzar un excelente *beefsteak* con todos los adherentes de un almuerzo a *la fourchette;* y que en París los que pagan ocho o diez reales por un *appartement garni,* o una mezquina habitación en una casa de huéspedes, como mi amigo don Periquito, no se desayunan con pavos trufados ni con *champagne.*

Mi amigo Periquito es hombre pesado como los hay en todos los países, y me instó a que pasase el día con él; y yo, que había empezado ya a estudiar sobre aquella máquina como un

anatómico sobre un cadáver, acepté inmediatamente.

Don Periquito es pretendiente, a pesar de su notoria inutilidad. Llevóme, pues, de ministerio en ministerio. De dos empleos con los cuales contaba, habíase llevado el uno otro candidato que había tenido más empeños que él.

—¡Cosas de España! —me salió diciendo, al referirme su desgracia.

—Ciertamente —le respondí, sonriéndome de su injusticia—, porque en Francia y en Inglaterra no hay intrigas; puede usted estar seguro de que allá todos son unos santos varones y los hombres no son hombres.

El segundo empleo que pretendía había sido dado a un hombre de más luces que él.

—¡Cosas de España! —me repitió.

—Sí, porque en otras partes colocan a los necios —dije yo para mí.

Llevóme en seguida a una librería, después de haberme confesado que había publicado un folleto, llevado del mal ejemplo. Preguntó cuántos ejemplares se habían vendido de su peregrino folleto, y el librero respondió:

—Ni uno.

—¿Lo ve usted, Fígaro? —me dijo—: ¿lo ve usted? En este país no se puede escribir. En España nada se vende; vegetamos en la igno-

rancia. En París hubiera vendido diez ediciones.

—Ciertamente —le contesté yo—, porque los hombres como usted venden en París sus ediciones.

En París no habrá libros malos que no se lean, ni autores necios que se mueran de hambre.

—Desengáñese usted: en este país no se lee —prosiguió diciendo.

—Y usted que de eso se queja, señor don Periquito, usted, ¿qué lee? —le hubiera podido preguntar. Todos nos quejamos de que no se lee, y ninguno leemos.

—¿Lee usted los periódicos? —le pregunté, sin embargo.

—No, señor; en este país no se sabe escribir periódicos. ¡Lea usted ese *Diario de los Debates,* ese *Times!*

Es de advertir que don Periquito no sabe francés ni inglés, y que en cuanto a periódicos, buenos o malos, en fin, los hay, y muchos años no los ha habido.

Pasábamos al lado de una obra de esas que hermosean continuamente este país, y clamaba:

—¡Qué basura!; en este país no hay policía. En París las casas que se destruyen o reedifican no producen polvo.

Metió el pie torpemente en un charco.

—¡No hay limpieza en España! —exclamaba.

En el extranjero no hay lodo.

Se hablaba de un robo:

—¡Ah! ¡País de ladrones! —vociferaba indignado.

Porque en Londres no se roba; en Londres, donde en la calle acometen los malhechores a la mitad de un día de niebla a los transeuntes.

Nos pedía limosna un pobre:

—¡En este país no hay más que miseria! —exclamaba horripilado.

Porque en el extranjero no hay infeliz que no arrastre coche.

Ibamos al teatro, y:

—¡Oh qué horror! —decía mi don Periquito con compasión, sin haberlos visto mejores en su vida—. ¡Aquí no hay teatros!

Pasábamos por un café:

—No entremos. ¡Qué cafés los de este país! —gritaba.

Se hablaba de viajes:

—¡Oh, Dios me libre! ¡En España no se puede viajar! ¡Qué posadas, qué caminos!

¡Oh infernal comezón de vilipendiar este país que adelanta y progresa de algunos años a esta parte más rápidamente que adelantaron esos

países modelos, para llegar al punto de ventaja en que se han puesto!

¿Por qué los don Periquitos que todo lo desprecian en el año 33 no vuelven los ojos a mirar atrás, o no preguntan a sus papás acerca del tiempo, que no está tan distante de nosotros, en que no se conocía en la corte más botillería que la de Canosa, ni más bebida que la leche helada; en que no había más caminos en España que el del cielo; en que no existían más posadas que las descritas por Moratín en *El sí de las niñas,* con las sillas desvencijadas y las estampas del Hijo pródigo; o las malhadadas ventas para caminantes asendereados; en que no corrían más carruajes que las galeras y carromatos catalanes; en que los *chorizos* y *polacos* repartían a naranjazos los premios al talento dramático, y llevaba el público al teatro la bota y la merienda para pasar a tragos la representa-

16 Bandos rivales de la *mosquetería* (clack) teatral madrileña en el siglo XVIII. *Chorizos* eran los apasionados del teatro del Príncipe y de la compañía que en él actuaba. Su apodo les provenía de la algazara con que celebraron cierta tarde del año 1742 una escena improvisada por Francho, *gracioso* de la compañía de Manuel Palomino, a propósito de unos chorizos que solía comerse en escena, en la representación de un entremés, y que casualmente, por un olvido, le faltaron en aquella ocasión. *Polacos* se llamaban los partidarios del teatro de la Cruz, capitaneados por el padre Polaco, fraile trinitario, que les dió nombre. (N. del E.)

ción de las comedias de figurón y dramas de Comella; en que no se conocía más ópera que el Marlborough (o Mambruc, como dice el vulgo) cantado a la guitarra; en que no se leía más periódico que el *Diario de Avisos,* y en fin... en que...

Pero acabemos este artículo, demasiado largo para nuestro propósito: no vuelvan a mirar atrás porque habrían de poner un término a su maledicencia y llamar prodigiosa la casi repentina mudanza que en este país se ha verificado en tan breve espacio.

Concluyamos, sin embargo, de explicar nuestra idea claramente, mas que a los don Periquitos que nos rodean pese y avergüence.

Cuando oímos a un extranjero que tiene la fortuna de pertenecer a un país donde las ventajas de la ilustración se han hecho conocer con mucha anterioridad que en el nuestro, por causas que no es de nuestra inspección examinar, nada extrañamos en su boca, si no es la falta de consideración y aun de gratitud que reclama la hospitalidad de todo hombre honrado que la recibe; pero cuando oímos la expresión despreciativa que hoy merece nuestra sátira en bocas de

2 Luciano Francisco Comella (1716-1779), poeta dramático que representó en Madrid, durante muchos años, la escuela del mal gusto, ridiculizada por Moratín en *El Café o la Comedia Nueva.* (N. del E.)

españoles, y de españoles, sobre todo, que no conocen más país que este mismo suyo, que tan injustamente dilaceran, apenas reconoce nuestra indignación límites en que contenerse.

[En el día es menos que nunca acreedor *este país* a nuestro desprecio. Hace años que el Gobierno, granjeándose la gratitud de sus súbditos, comunica a muchos ramos de prosperidad cierto impulso benéfico, que ha de completar por fin algún día la grande obra de nuestra regeneración.]

Borremos, pues, de nuestro lenguaje la humillante expresión que no nombra a este país sino para denigrarle; volvamos los ojos atrás, comparemos y nos creeremos felices. Si alguna vez miramos adelante y nos comparamos con el extranjero, sea para prepararnos un porvenir mejor que el presente, y para rivalizar en nuestros adelantos con los de nuestros vecinos: sólo en este sentido opondremos nosotros en algunos de nuestros artículos el bien de fuera al mal de dentro.

Olvidemos, lo repetimos, esa funesta expresión que contribuye a aumentar la injusta desconfianza que de nuestras propias fuerzas tenemos. Hagamos más favor o justicia a nuestro país, y creámosle capaz de esfuerzos y felicidades. Cumpla cada español con sus deberes de

buen patricio, y en vez de alimentar nuestra inacción con la expresión de desaliento: *¡Cosas de España!,* contribuya cada cual a las mejoras posibles [en cuyo camino nos pone el Gobierno]. Entonces este país dejará de ser tan maltratado de los extranjeros, a cuyo desprecio nada podemos oponer, si de él les damos nosotros mismos el vergonzoso ejemplo.

(Publicado en la *Revista Española,* número de 30 de abril de 1833.)

LA FONDA NUEVA

Preciso es confesar que no es nuestra patria el país donde viven los hombres para comer; gracias, por el contrario, si se come para vivir; verdad es que no es este el único punto en que manifestamos lo mal que nos queremos: no hay género de diversión que no nos falte; no hay especie de comodidad de que no carezcamos.

—¿Qué país es este? —me decía no hace un mes un extranjero que vino a estudiar nuestras costumbres.

Es de advertir, en obsequio de la verdad, que era francés el extranjero, y que el francés es el hombre del mundo que menos concibe el monótono y sepulcral silencio de nuestra existencia española.

—Grandes carreras de caballos habrá aquí —me decía desde el amanecer—: no faltaremos.

—Perdone usted —le respondía yo—; aquí no hay carreras.

—¿No gustan de correr los jóvenes de las

primeras casas? ¿No corren aquí siquiera los caballos?...

—Ni siquiera los caballos.

—Iremos a caza.

—Aquí no se caza: no hay dónde, ni qué.

—Iremos al paseo de coches.

—No hay coches.

—Bien; a una casa de campo a pasar el día.

—No hay casas de campo, no se pasa el día.

—Pero habrá juegos de mil suertes diferentes, como en toda Europa... Habrá jardines públicos donde se baile. Más en pequeño, pero habrá sus *tívolis,* sus *ranelagh,* sus *campos elíseos*... habrá algún juego para el público.

—No hay nada para el público; el público no juega.

Es de ver la cara de los extranjeros cuando se les dice francamente que el público español, o no siente la necesidad interior de divertirse, o se divierte como los sabios (que en eso todos lo parecen) con sus propios pensamientos. Creía mi extranjero que yo quería abusar de su credulidad, y con rostro entre desconfiado y resignado.

—Paciencia —me decía por fin—: nos contentaremos con ir a los bailes que den las casas del buen tono y las suarés...

—Paso, señor mío —le interrumpí yo—: ¿con

que es bueno que le dije que no había gallinas y se me viene pidiendo...? En Madrid no hay bailes, no hay suarés. Cada uno habla o reza, o hace lo que quiere en su casa con cuatro amigos muy de confianza, y basta.

Nada más cierto, sin embargo, que este tristísimo cuadro de nuestras costumbres. Un día sólo en la semana, y eso no todo el año, se divierten mis compatriotas: el lunes, y no necesito decir en qué; los demás días examinemos cuál es el público recreo. Para el pueblo bajo, el día más alegre del año redúcese su diversión a calzarse las castañuelas (digo calzarse porque en ciertas gentes las manos parecen pies), y agitarse violentamente en medio de la calle, en corro, al desapacible son de la agria voz y del desigual pandero. Para los elegantes todas las corridas de caballos, las partidas de caza, las casas de campo, todo se encierra en dos o tres tiendas de la calle de la Montera. Allí se pasa alegremente la mañana en contar las horas que faltan para irse a comer, si no hay, sobre todo, gordas noticias de Lisboa, o si no dan en

10 Alude a los toros, que se corrían los lunes. (N. del E.)

23 Alude a los sucesos políticos de Portugal que dieron allí el triunfo al partido constitucional y el trono a la reina doña María de la Gloria. (N. del E.)

pasar muchos lindos talles de quien murmurar, y cuya opinión se pueda comprometer, en cuyos casos varía mucho la cuestión y nunca falta quehacer. —¿Qué se hace por la tarde en Madrid? —Dormir la siesta. —¿Y el que no duerme, qué hace? —Estar despierto; nada más. Por la noche, es verdad, hay un poco de teatro, y tiene un elegante el desahogo inocente de venir a silbar un rato la mala voz del bufo caricato, o a aplaudir la linda cara de la *altra prima donna;* pero ni se proporciona tampoco todos los días, ni se divierte en esto sino un muy reducido número de personas, las cuales, entre paréntesis, son siempre las mismas, y forman un pueblo chico de costumbres extranjeras, embutido dentro de otro grande de costumbres patrias, como un cucurucho menor metido en un cucurucho mayor.

En cuanto a la pobre clase media, cuyos límites van perdiéndose y desvaneciéndose cada vez más, por arriba en la alta sociedad, en que hay de ella no pocos intrusos, y por abajo en la capa inferior del pueblo, que va conquistando sus usos, esa sólo de una manera se divierte. ¿Llegó un día de días? ¿Hubo boda? ¿Nació un niño? ¿Diéronle un empleo al amo de la casa? que en España ese es el grande alegrón que hay que recibir. Sólo de un modo se solemniza: gran coche de alquiler, decentemente regateado; pero

más gran familia. Seis personas coge el coche a lo más; pues entra papá, entra mamá, las dos hijas, dos amigos íntimos convidados, una prima que se apareció allí casualmente, el cuñado, la doncella, un niño de dos años y el abuelo; la abuela no entra porque murió el mes anterior. Ciérrase la portezuela entonces con la misma dificultad que la tapa de un cofre apretado para un largo viaje, y a la fonda. La esperanza de la gran comida, a que se va aproximando el coche mal que bien, aquello de andar en alto, el rubor de las jóvenes que van sentadas sobre los convidados, y la ausencia, sobre todo, del diurno puchero, alborotan a nuestra gente en tal disposición, que desde media legua se conoce el coche que lleva a la fonda una familia de enhorabuena,

Tres años seguidos he tenido la desgracia de comer de fonda en Madrid, y en el día sólo el deseo de observar las variaciones que en nuestras costumbres se verifican con más rapidez de lo que algunos piensan, o el deseo de pasar un rato con amigos, pueden obligarme a semejante despropósito. No hace mucho, sin embargo, que un conocido mío me quiso arrastrar fuera de mi casa a la hora de comer.

—Vamos a comer a la fonda.

—Gracias; mejor quiero no comer.

—Comeremos bien; iremos a Genieiy: es la mejor fonda.

—Linda fonda: es preciso comer de seis o siete duros para no comer mal. ¿Qué aliciente hay allí para ese precio? Las salas son bien feas; el adorno, ninguno: ni una alfombra, ni un mueble elegante, ni un criado decente, ni un servicio de lujo, ni un espejo, ni una chimenea, ni una estufa en invierno, ni agua de nieve en verano, ni... ni Burdeos, ni *Champagne*... Porque no es Burdeos el Valdepeñas, por más raíz de lirio que se le eche.

—Iremos a los Dos Amigos.

—Tendremos que salirnos a la calle a comer, o a la escalera, o llevar una cerilla en el bolsillo para vernos las caras en la sala larga.

—A cualquiera otra parte. Crea usted que hoy nos van a dar bien de comer.

—¿Quiere usted que le diga yo lo que nos darán en cualquier fonda adonde vayamos? Mire usted: nos darán, en primer lugar, mantel y servilletas puercas, vasos puercos, platos puercos y mozos puercos; sacarán las cucharas del bolsillo, donde están con las puntas de los cigarros; nos darán luego una sopa que llaman de yerbas, y que no podría acertar a tener nombre más alusivo; estofado de vaca a la italiana, que es cosa nueva; ternera mechada, que es cosa de

todos los días; vino de la fuente; aceitunas magulladas; frito de sesos y manos de carnero, hechos aquéllos y éstas a fuerza de pan: una polla que se dejaron otros ayer, y unos postres que nos dejaremos nosotros para mañana.

—Y también nos llevarán poco dinero, que aquí se come barato.

—Pero mucha paciencia, amigo mío, que aquí se aguanta mucho.

No hubo, sin embargo, remedio: mi amigo no daba cuartel, y estaba visto que tenía capricho de comer mal un día. Fué preciso, pues, acompañarle, e íbamos a entrar en los Dos Amigos, cuando llamó nuestra atención un gran letrero nuevo que en la misma calle de Alcalá y sobre las ruinas del antiguo figón de Perona, dice: *Fonda del Comercio.*

—¿Fonda nueva?

—Vamos a ver.

En cuanto al local, no les da el naipe a los fondistas para escoger local; en cuanto al adorno, nos cogen acostumbrados a no pagarnos de apariencias; nosotros decimos: "¡Como haya que comer, aunque sea en el suelo!" Por consiguiente, nada nuevo en este punto en la fonda nueva.

Chocónos, sin embargo, la diferencia de las caras de ahora, y que hace medio año se veían en

aquella casa. Vimos elegantes, y diónos esto excelente idea. Realmente hubimos de confesar que la fonda nueva es la mejor; pero es preciso acordarnos de que la Fontana era también la mejor cuando se instaló: esta será, pues, otra Fontana dentro de un par de meses. La variedad que hoy en platos se encuentra cederá a la fuerza de las circunstancias; lo que nunca podrá perder será el servicio: la fonda nueva no reducirá nunca el número de sus mozos, porque es difícil reducir lo poco; se ha adoptado en ella el principio admitido en todas: un mozo para cada sala, y una sala para cada veinte mesas.

Por lo demás, no deja de ofrecer un cuadro divertido para el observador obscuro el aspecto de una fonda. Si a su entrada hay ya una familia en los postres, ¿qué efecto le hace al que entra frío y sereno el ruido y la algazara de aquella gente toda alborotada porque ha comido? ¡Qué miserable es el hombre! ¿De qué se ríen tanto? ¿Han dicho alguna gracia? No; se ríen de que han comido, y la parte física del hombre triunfa de la moral, de la sublime; que no debiera estar tan alegre sólo por haber comido.

—Allí está la familia que trajo el coche... ¡Apartemos la vista y tapemos los oídos por no ver, por no oír!

Aquel joven que entra venía a comer de medio duro; pero se encontró con veinte conocidos en una mesa inmediata; dejóse coger también por la negra honrilla, y sólo por los testigos pide de a duro. Si como son sólo conocidos fuera una mujer a quien quisiera conquistar, la que en otra mesa comiera, hubiera pedido de a doblón: a pocos amigos que encuentre, el infeliz se arruina. ¡Necio rubor de no ser rico! ¡Mal entendida vergüenza de no ser calavera!

¿Y aquel otro? Aquél recorre todos los días a una misma hora varias fondas: aparenta buscar a alguien: en efecto, algo busca; ya lo encontró: allí hay conocidos suyos; a ellos derecho. Primera frase suya:

—¡Hombre! ¿Ustedes por aquí?

—Coma usted con nosotros —le responden todos.

Excúsase al principio; pero si había de comer solo... Un amigo a quien esperaba no viene...

—Vaya, comeré con ustedes —dice por fin, y se sienta. ¡Cuán ajenos estaban sus convidadores de creer que habían de comer con él! Él, sin embargo, sabía desde la víspera que había de comer con ellos: les oyó convenir en la hora, y es hombre que come los más días de oídas, y algunos por haber oído.

¿Qué pareja es la que sin mirar a un lado ni

a otro pide un cuarto al mozo y...? Pero es preciso marcharnos. Mi amigo y yo hemos concluído de comer: cierta curiosidad nos lleva a pasar por delante de la puerta entornada donde ha entrado a comer sin testigos aquel obscuro matrimonio... sin duda... Una pequeña parada que hacemos alarma a los que no quieren ser oídos, y un portazo dado con todo el mal humor propio de un misántropo nos advierte nuestra indiscreción y nuestra impertinencia.

—Paciencia —salgo diciendo—: todo no se puede observar en este mundo; algo ha de quedar obscuro en un cuadro.

Sea esto lo que quede en negro en este artículo de costumbres de la *Revista Española.*

(Publicado en la *Revista Española,* número de 23 de agosto de 1833.)

LAS CASAS NUEVAS

La constancia es el recurso de los feos —dice la célebre Ninón de Lenclós en sus lindas cartas al marqués de Sevigné—. Las personas de mérito, que saben que dondequiera han de encontrar ojos que se prenden de ellas, no se curan de conservar la prenda conquistada; los feos, los necios, los que viven seguros de que difícilmente podrán encontrar quien llene el vacío de su corazón, se adhieren al amor, que una vez por acaso encontraron, como las ostras a las peñas que en el mar las sostienen y alimentan.

Estos son generalmente los que, temerosos de perder el bien, que conocen no merecer, preconizan la constancia, la erigen en virtud y hacen con ella el tormento de una vida que deben llenar la variedad y la sucesión de sensaciones tan vivas como diferentes.

Aquella máxima de coqueta, al parecer ligera, si no es siempre cierta, porque no a todos les es dado el poder ser inconstantes, es, sin em-

bargo, profunda y filosófica, y aun puede, fuera del amor, encontrar más de una exacta aplicación. Pero mi propósito no es hundirme en consideraciones metafísicas acerca del amor; tengamos lástima al que le ha dejado tomar incremento en su corazón, y pasemos como sobre ascuas sobre tan quisquilloso argumento. El hecho es que no tenía yo la edad todavía de querer ni de ser querido, cuando entre otras varias obras francesas que en mis manos cayeron, hacía ya un papel muy principal la de la famosa cortesana citada. Chocóme aquella máxima, y fuese pueril vanidad, fuese temor de que por apocado me tuviesen, adoptéla por regla general de mis aficiones. Tuve que luchar en un principio con la costumbre, que es en el hombre hija de la pereza y madre de la constancia. El hombre, efectivamente, se contenta muchas veces con las cosas tales cuales las encuentra, por no darse a buscar otras, como se figura acaso difícil encontrarlas; una vez resignado por pereza, se aficiona por costumbre a lo que tiene y le rodea; y una vez acostumbrado, tiene la bondad de llamar constancia a lo que es en él casi naturaleza. Pero yo luché, y al cabo de poco tiempo de ese empeño en cerrar mi corazón a las aficiones que pudieran llegar a dominarle, agregado esto a la necesidad de viajar y variar de

objetos, en que las revoluciones del principio del siglo habían puesto a mi familia, lograron hacer de mí el ser más veleidoso que ha nacido. Pesándome de ver a las mismas gentes todos los días, no hay amigo que me dure una semana; no hay tertulia adonde pueda concurrir un mes entero; no hay hermosa que me lo parezca todos los días, ni fea que no me encante una vez siquiera al mes; esto me hace disfrutar de inmensas ventajas, porque sólo se puede soportar a las gentes los quince primeros días que se las conoce. ¡Qué de atenciones en ellas! ¡Qué de sinceros ofrecimientos! ¿Pasaron aquéllos? ¿Se intimó la amistad? ¡Adiós! Como ya de cualquier modo tienen cumplido con usted, todo son desaires, todas crudas y acedas respuestas. Pesándome de comer siempre los mismos alimentos, hoy cómo a la francesa, mañana a la inglesa, un día ceno y otro meriendo; ni tengo horas fijas, ni hago comida con concierto. Y esto tiene la ventaja de predisponerme para el cólera. Pesándome de hablar siempre en español, tengo amigos franceses sólo para hablar en francés una hora al día: me trato con los operistas para hablar una vez a la semana en italiano; aprendí griego por conocer una lengua que no habla nadie, y sufro las impertinencias de un inglés, a quien trato, por darme a entender en el idio-

ma en que decía Carlos V que hablaría a los pájaros. Pesándome de que me llamen todos los días, desde el año 9 en que nací, por el mismo apellido, cien veces dejé aquel con que vine al mundo, y ora fuí el *Duende satírico,* ora el *Pobrecito hablador,* ora el *Bachiller Munguía,* ora *Andrés Niporesas,* ora *Fígaro,* ora... y qué sé yo los muchos nombres que me quedarán aún que tomar en los muchos años que, Dios mediante, tengo hecho propósito de vivir en este bajo suelo; porque si alguna cosa hay que no me canse es el vivir; y si he de decir la verdad, consiste esto en que, a fuerza de meditar, he venido a conocer que sólo viviendo podré seguir variando. Por último, y vengamos al asunto, pesándome de vivir todos los días en una misma casa, la vista de un cuarto desalquilado hace en mi ánimo el mismo efecto que produce la picadura del pez en el corazón del anhelante pescador que le tiende el cebo. Corro a mi casa, pongo en movimiento a mi familia, hágome la ilusión de que emprendo un viaje, y de cuartel en cuartel, de calle en calle, de manzana en manzana, y hasta de piso en piso, recorro alegremente y reconozco los más recónditos escondrijos y rincones de esta populosa ciudad. Si la casa es grande: "¡Qué hermosura! —exclamo—: esto es vivir con desahogo, esto es lujo

y magnificencia." Si es chica: "Gracias a Dios —me digo— que salí de esos eternos caserones que nunca bastan muebles para ellos; esta es a lo menos recogida, reducida, propia, en fin, del hombre, tan reducido también y limitado." Si es cuarto bajo: "No tiene escalera —digo— y el hombre no ha nacido para vivir en las estrellas." Si es alto el piso: "¡Bendito sea Dios, qué claridad, qué ventilación, y qué pureza de aires!" Si es caro: "¿Qué importa? Lo primero es tener buena habitación." Si es barato: "Mejor; con eso emplearé en galas lo que había de invertir en mi vivienda."

Nadie, pues, más feliz que yo, porque en cuanto a las habladurías y murmuraciones del mundo perecedero, así me cuido de ellas como de ir a la Meca. Pero es el caso que tengo un amigo que es de esos hombres que se dejan impresionar fácilmente por la última persona que oyen, de esos caracteres débiles, flojos, apáticos, irresolutos, de reata, en fin, que componen el mayor número en este mundo, que nacieron, por consiguiente, para obedecer, callar y ser constantemente víctimas, y cuya debilidad es la más firme columna de los fuertes.

Oyóme este amigo las reflexiones que anteceden, y vean ustedes a mi hombre descontento ya con cuanto le rodea; ya que no lo puede mu-

dar todo, quiere cuando menos mudar de casa, y hétele buscando conmigo papeles en los balcones de barrio en barrio, porque ésta es muy de antiguo la señal que distingue las habitaciones alquilables de esta capital, sin que yo haya podido dar hasta ahora con el origen de esta conocida costumbre, ni menos con la de poner los papeles en las esquinas de los balcones cuando la casa es sólo alquilable para huéspedes.

Las casas antiguas, dijimos, que van desapareciendo de Madrid rapidísimamente, están reducidas a una o dos enormes piezas y muchos callejones interminables; son demasiado grandes; son obscuras por lo general, a causa de su mala repartición y combinación de entradas, salidas, puertas y ventanas.

Dirigímonos, pues, a ver las casas nuevas; esas que surgen de la noche a la mañana por todas las calles de Madrid; esas que tienen más balcones que ladrillos y más pisos que balcones; esas por medio de las cuales se agrupa la población de esta coronada villa, se apiña, se sobrepone y se aleja de Madrid, no por las puertas, sino por arriba, como se marcha el chocolate de una chocolatera olvidada sobre las brasas. La población que se va colocando sobre los límites que encerraron a nuestros abuelos, me hace el efecto del helado que se eleva fuera de la copa

de los sorbetes. El caso es el mismo: la copa es pequeña y el contenido mucho.

Muchas casas y muy lindas vimos. Mi amigo observó con razón que se sigue en todas el método antiguo de construcción: sala, gabinete y alcoba pegada a cualquiera de estas dos piezas; y siempre en la misma cocina, donde se preparan los manjares, colocado inoportuna y puercamente el sitio más desaseado de la casa. ¿No pudiera darse otra forma de construcción a las casas, de suerte que este sitio quedase separado de la vivienda, como en otros países lo hemos visto constantemente observado? ¿No pudieran llegarse a desusar esos vidrios horribles, desiguales, pequeños, unidos por plomos, generalmente invertidos en las vidrieras? ¿No se les podrían sustituír vidrios de mejor calidad, de más tamaño, y unidos entre sí con sutiles listones de madera, que harían siempre mejor efecto a la vista y darían más entrada a la luz? ¿No convendría desterrar esas pesadas maderas que cierran los balcones, llenas de inútiles rebajos y costosas labores, sustituyéndoles puertas-ventanas de hojas más delgadas y lisas? ¿No pudiera introducirse el uso de las comodísimas chimeneas para las casas, sobre todo, más espaciosas, como se hallan adoptadas en toda Europa? ¿Tanto perderíamos en olvidar los mezqui-

nos y miserables braseros que nos abrasan las piernas, dejándonos frío el cuerpo y atufándonos con el pestífero carbón, y que son restos de los sahumadores orientales introducidos en nuestro país por los moros? ¿Qué mal haríamos en desterrar los canalones salientes, cuyo objeto parece ser el de reunir sobre el pobre transeunte, además del agua que debía naturalmente caerle del cielo, toda la que no debía caerle, y en sustituírles los conductos vertederos semejantes a los de Correos, pegados a la pared?

Los caseros más que al interés público consultan el suyo propio: "Aprovechemos terreno"; ese es su principio: "Apiñemos gente en estas diligencias paradas, y vivan todos como de viaje." Cada habitación es en el día un baúl en que están las personas empaquetadas de pie, y las cosas en la posición que requiere su naturaleza: tan apretado está todo, que en caso de apuro todo podría viajar junto sin romperse. Las escaleras son cerbatanas, por donde pasa la persona como la culebra que se roza entre dos piedras para soltar su piel. Un poco más de hombre o un poco menos de escalera, y serán una sola cosa hombre y escalera.

Pero sigamos la historia de mi amigo. No bien hubo visto la blancura de una de las casas nuevas, la monería de las acomodadas piececi-

tas, el estado de novedad de las habitaciones del piso tercero, alborózase y

—¡Este cuarto es mío! —exclama.

—Pero acabemos de ver.

—Nada; inútil; quiero casa nueva, casa nueva; no hay remedio.

De allí a media hora estábamos ya en casa del casero. Inútil es decir que el casero tenía mala cara; todos la tienen: es la primera cosa que hacen en comprando casa; a lo menos tal nos parece siempre a los inquilinos, sin que esto sea decir que no pueda ser ilusión de óptica.

—¿Qué tiene usted que mandarme...?

—¿Usted es el dueño de la casa que se está haciendo...?

—Sí, señor.

—Hay varios cuartos en la casa.

—Están dados.

—¡Cómo! Si no están hechos...

—Ahí verá usted.

—¿Pero no habría...?

—Un tercero queda.

—Bueno; he dicho que quiero casa nueva.

—No es tampoco de los más altos, caballero: no tiene más que noventa y tres escalones y un tramito.

—Ya se ve que no es mucho: se baja uno a Madrid en un momento; quiero casa nueva.

—¿Pagará usted adelantado?

—Hombre, ¿adelantado? A mí nadie me paga adelantado.

—Pues déjelo usted.

—¡Ah, no; eso no! Bien; pagaré. ¿Un mes?

—Tres meses o seis.

—Pero, hombre...

—Dejarlo.

—No; bien, bien. ¿Cuánto renta? Es tercero y tiene pocas piezas y estrechas, y...

—Diez reales diarios; dé usted gracias que no se le pone en doce.

—¡Diez reales!

—Si no acomoda...

—Sí, señor, sí. ¡Cómo ha de ser! ¡Casa nueva!

—Fiador.

—¿Fiador?

—Y abonado.

—Bueno; ¡paciencia! Tengo amigos; el marqués de...

—¿Marqués? No, no, señor.

—El coronel de...

—¿Militar? Menos.

—Un mayordomo de semana.

—¿Tiene fuero? No, señor.

—Pero, hombre, ¿adónde he de ir a buscar?...

—Ha de tener casa abierta.

—Pero si yo no me trato con taberneros, ni...

—Pues dejarlo.

—¡Voto va!

No hubo más remedio que buscar el fiador: ya daba mi amigo la mudanza a todos los diablos. Venciéronse, por fin, las dificultades; ya cogió las llaves, y cogió al celador, y cogió el padrón, y cogió... ¿Qué había de coger por último? El cielo con las manos, lectores míos. Comenzó la mudanza: el sofá no cupo por la escalera; fué preciso izarle por el balcón, y en el camino rompió los cristales del cuarto principal, los tiestos del segundo, y al llegar al tercero, una de sus propias patas, que era precisamente la que le había estorbado; si se hubiera roto al principio, pleito por menos; fué preciso pagar los daños. El bufete entró como taco en escopeta, haciendo más allá la pared a fuerza de rascarle el yeso con las esquinas: la cama del matrimonio tuvo que quedarse en la sala, porque fué imposible meterla en la alcoba: el hermano de mi amigo, que es tan alto como toda la casa, se levantó un chichón, en vez de levantar la cabeza, con el techo que estaba hombre en medio con el piso. En fin, mal que bien, estuvo ya la casa adornada; pero ¡oh desgracia! mi amigo tiene

un suegro sumamente gordo: verdad es que es monstruoso; y es hombre que ha menester dos billetes en la diligencia para viajar: como a éste no se le podía romper pata como al sofá, no hubo forma de meterlo en casa. ¿Qué medio en este conflicto? ¿Reñir con él y separarse porque no cabe en casa? No es decente. ¿Meterlo por el balcón? No es para todos los días. ¡Santo Dios, que no se hagan las casas en el día para los hombres gordos! En una palabra, desde ayer están los trastos dentro: mi amigo en la escalera mesándose los cabellos, luchando entre la casa nueva y el amor filial; y el viejo en la calle esperando, o a perder carnes, o a ganar casa.

(Publicado en la *Revista Española,* número de 13 de septiembre de 1833.)

VARIOS CARACTERES

No siempre está en mano del hombre el coordinar sus ideas y formar con ellas una obra arreglada, con principio, medio y fin. ¿A quién no le habrá sucedido repetidas veces abrir un libro, leer maquinalmente y no poder establecer entre lo escrito y su cabeza ninguna especie de comunicación, cerrar el libro y no poderse dar cuenta de lo que ha leído?

En estos casos, que muy a menudo me suceden, suelo echar mano del sombrero y la capa, y no pudiendo fijar mi atención en una sola cosa, trato de fijarla en todas: sálgome a la calle, éntrome por los cafés, voime a la Puerta del Sol, a Correos, al Museo de Pinturas, a todas partes, en fin, y en ninguna puedo decir que estoy en realidad. Cualquiera me conocerá en estos días en que el fastidio se apodera de mi alma, y en que no hay cosa que tenga a mis ojos color, y menos color agradable. En estos días llevo cara de filósofo, es decir, de mal humor; una sonri-

sa amarga de indiferencia y despego a cuanto veo se dibuja en mis labios; llevo conmigo un lente, no porque me sirva, pues veo mejor sin él, sino para poder clavar fijamente el objeto que más me choca, que un corto de vista tiene licencia para ser desvergonzado; no saludo a ningún amigo ni conocido que encuentre, porque esto sería hacer yo también un papel en la comedia de que pretendo ser únicamente espectador, y que sólo para divertirme a mí creo por entonces que representa el mundo entero. Mala crianza será, pero me acerco a escuchar conversaciones de corrillos: es de advertir que cuando el tedio me abruma con su peso, no puedo tener más que tedio. Recibo insensible las impresiones de cuanto pasa a mi alrededor; a todas me dejo amoldar con indiferencia y abandono; en semejantes días no hay hermosas para mí, no hay feas, no hay amor, no hay odio.

Esta es la razón porque me fuera imposible hacer hoy un artículo de costumbres medianamente coordinado: si ha menester plan, si necesita reflexión la cosa que hoy emprenda, inútil me es emprenderla; conozco que no he de poder llevarla a cabo. Acaso encontraría, investigando metafísicamente mi corazón, la causa que ha podido ponerme hoy en esta extraña disposición de ánimo; pero este trabajo me cansa-

ría, y he dicho que no quiero hacer hoy impresiones, sino recibirlas. En estos días es, sin embargo, cuando colocado detrás de mi lente, que es entonces para mí el vidrio de la linterna mágica, veo pasar el mundo todo delante de mis ojos; e imparcial, ajeno de consideración que a él me ligue, véolo tal cual se presenta en cada fisonomía, en cada acción que observo indolentemente.

—¿Qué hace don Julián en ese café? Todos los días viene al dar las cuatro; el mozo no ha menester que le hablen una palabra; apenas se ha colocado aquél en su silla, ya tiene la cafetera encima de la mesa. Toma, paga, y se duerme. Esa es la principal ocupación de don Julián. Tomar café una vez cada día.

—¿Y qué hace en el café aquel viejo? Treinta años ha que viene; todas las tardes juega su partida de ajedrez; todas las tardes se la ven jugar aquellos cuatro originales que tiene en derredor; ni él hace más en la vida, ni ellos ven otra cosa. Eso es lo que se llama aislarse en medio del mundo.

—¿Quién es aquel que cruza por aquella esquina? ¡Bello muchacho! Pero no; conforme se acerca cuento las arrugas del rostro. ¡Ah! Es un joven de sesenta años. A las ocho de la mañana sale vestido ya y ceñido, prendido y ajustado;

ni una mota, ni una arruga lleva el frac: la bota es un espejo; el guante, blanco como la nieve; la corbata no hace un pliegue; el pelo, rizado, mejor diremos pintado; en todos los conciertos, en todos los bailes, en el paseo, en la luneta, erguido siempre, bailando, coqueteando. ¿Nunca se descompone, nunca se ensucia? ¿Qué secreto posee? ¿No le crece nunca la barba? Jamás. Es sólo de extrañar que vaya solo; o acaba de dejar algunas señoras, o va a buscarlas. Las hablará de la ópera, del figurín, de lo mal que bailó el solo Gasparito: esta es la existencia del viejo verde: miradle contraerse y revolcarse en su vanidad al lado de una hermosa. ¿Es una serpiente que se roza contra un árbol? No; el viejo verde al lado de las bellas es una oruga que se desliza por entre las rosas.

—¿Han visto ustedes unas caras paradas, unos ojos mudos, unos corbatines siempre iguales, un vestido regular y uniforme, unos cuerpos ni elegantes ni mal vestidos, unos brazos que se balancean monótonos, siempre con la regularidad y compás de las aspas de un molino? ¿Saben ustedes que los hombres de esas señas hablen nunca nada que pueda ser referido, escriban nada que deba ser leído, hagan una acción digna de ser imitada? No; esos son oficinistas o propietarios. Se levantan, fuman, dicen

palabras, dan pasos, saludan, entran, salen, se ríen (éstos nunca lloran), son hombres entre otros hombres. En una palabra, duermen despiertos.

—¿Cómo hace aquel original para llevar hace diez años el mismo frac, abrochado siempre del mismo modo, los mismos guantes, el mismo pañuelo blanco al cuello con el mismo lazo, el mismo pantalón, la misma postura de sombrero...? ¿No se desnuda ese hombre? ¿No envejece? Ese es el judío errante.

—¿De qué habla don Cosme? Lo diré: don Cosme viene de la calle de la Paz; allí acude todos los días a las ocho de la mañana; alarga una mano a la banasta de los periódicos, es un parroquiano a la lectura de papeles a cuarto. Hoy la *Revista,* mañana el *Boletín*... Gran noticioso. Ese sabe siempre a punto fijo, de muy buena tinta, los pormenores de la última batalla; sabe si don Miguel está en Coimbra, en Lisboa o en Badajoz; entiende muy bien la marcha de Nicolás, que así llama él con franqueza al autócrata ruso. Suele sucederle luego que los que él supuso entrar vencedores en un punto, entraron en él prisioneros; pero todo es entrar. Estos hombres hablan siempre al oído; contraen la costumbre de suponerse espiados por las grandes cosas que creen decir; de resultas,

si le encuentran a usted, le dirán al oído muy secretamente: "Buenos días; beso a usted la mano."

—¿Hay nada más torpe que estos hombres amigos de usted que le ven parado en una calle, y no conocen que cuando está usted parado es que no quiere andar, que cuando está callado es que no quiere hablar?

—¡Dios me libre de un hombre amable! No iré a su casa, porque me convidará. No le encontraré en la calle, porque vendrá a mí con los brazos abiertos aunque me haya visto ayer; se enganchará de mí; me preguntará de mi salud, de mis hijos, de mis comedias, de mis artículos, de mis... Pero líbreme aunque sea el diablo, de una mujer amable; nunca sabré si me quiere o si me estima, si es bien criada o tierna, si... ¡Válgame Dios!, y líbreme aunque sea el diabio de una mujer amable: esa me volvería loco.

—Oigan ustedes a don Lucas Mentirola. Ese viene siempre de donde sucede algo. ¿Ha habido fuego? "Vengo de allí; hace estragos horrorosos." ¿Ha llegado el tenor nuevo? "Sí —responde—, le acabo de dar un abrazo; viene gordo y su voz es un portento; le hice entrar en un portal y cantar un rato... Por mí lo hizo. Es gran muchachón, rubio, alto, ¡extranjero!"

Al otro día se sabe que el tenor no ha llegado, y si ha llegado es chiquito, negro, bizco... ¿Está malo algún sujeto marcado? "Hoy está mejor —dice—; se ha reído mucho conmigo; una hora he estado con él." Luego se averigua que el que tanto se ha reído estaba ya enterrado. —¿Quién es aquel botarate? —¿Aquél? Un monstruo; aquél se prevale de la bondad, del candor de la casa donde le reciben: hay una mujer hermosa; nada la dice; sin embargo, afecta ir a la casa a horas de franqueza; la acompaña al Prado; en baile o sarao donde está ella, está él; siempre al lado de la hermosa, siempre baila con ella; cuando ella no le ve, finge mirarla con celos de algún otro; afecta disimulo, que en realidad no puede existir, pues nada hay que disimular. ¿Se retiran? Siempre da el brazo a la hermosa. Ella, en tanto, a quien nada dice, que nada nota en él de galanteo, está bien lejos de creer que el público malicioso no habla de otra cosa sino de sus amores con fulanito. Fulanito tiene amor propio, no amor. Se contenta con que las gentes crean que es feliz; para él no hay otro modo de serlo. ¡Qué horrible carácter! ¡Qué triste buena fe la de su víctima que no lo conoce!

(Publicado en la *Revista Española,* número de 13 de octubre de 1833.)

JARDINES PUBLICOS

He aquí una clase de establecimientos planteados varias veces en nuestro país a imitación de los extranjeros, y que sin embargo rara vez han prosperado. Los filósofos, moralistas, observadores, pudieran muy bien deducir extrañas consecuencias acerca de un pueblo que parece huír de toda pública diversión. ¿Tan grave y ensimismado es el carácter de este pueblo, que se avergüence de abandonarse al regocijo cara a cara consigo mismo? Bien pudiera ser. ¿Nos sería lícito, a propósito de esto, hacer una observación singular, que acaso podrá no ser cierta, si bien no faltará quien la halle *ben trovata?* Parece que en los climas ardientes de mediodía el hombre vive todo dentro de sí: su imaginación fogosa, emanación del astro que le abrasa, le circunscribe a un estrecho círculo de goces y placeres más profundos y más sentidos; sus pasiones, más vehementes, le hacen menos social; el italiano, sibarita, necesita aislarse con

una careta en medio de la general alegría; al andaluz enamorado bástanle, no un libro y un amigo, como decía Rioja, sino unos ojos hermosos en que reflejar los suyos, y una guitarra que tañer; el árabe impetuoso es feliz arrebatando por el desierto el ídolo de su alma a las ancas de su corcel; el voluptuoso asiático para distraerse se encierra en el harén. Los placeres grandes se ofenden de la publicidad, se deslíen; parece que ante ésta hay que repartir con los espectadores la sensación que se disfruta. Nótese la índole de los bailes nacionales. En el Norte de Europa, y en los climas templados, se hallarán los bailes generales casi. Acerquémonos al Mediodía; veremos aminorarse el número de los danzantes en cada baile. La mayor parte de los nuestros no han menester sino una o dos parejas: no bailan para los demás, bailan uno para otro. Bajo este punto de vista, el teatro es apenas una pública diversión, supuesto que cada espectador de por sí no está en comunicación con el resto del público, sino con el escenario. Cada uno puede individualmente figurarse que para él y para él solo se representa.

Otra causa puede contribuír, si ésa no fuese bastante, a la dificultad que encuentran en prosperar entre nosotros semejantes establecimientos. La manía del buen tono ha invadido todas

las clases de la sociedad: apenas tenemos una clase media numerosa y resignada con su verdadera posición; si hay en España clase media, industrial, fabril y comercial, no se busque en Madrid, sino en Barcelona, en Cádiz, etc.; aquí no hay más que clase alta y clase baja: aquélla, aristocrática hasta en sus diversiones, parece huír de toda ocasión de rozarse con cierta gente: una señora tiene su jardín público, su sociedad, su todo, en su cajón de madera, tirado de dos brutos normandos, y no hay miedo que si se toma la molestia de hollar el suelo con sus delicados pies algunos minutos, vaya a confundirse en el Prado con la multitud que costea la fuente de Apolo: al pie de su carruaje tiene una calle suya, estrecha, peculiar, aristocrática. La clase media, compuesta de empleados o proletarios decentes, sacada de su quicio y lanzada en medio de la aristocrática por la confusión de clases, a la merced de un frac, nivelador universal de los hombres del siglo XIX, se cree en la clase alta, precisamente como aquel que se creyese en una habitación sólo porque metiese en ella la cabeza por una alta ventana a fuerza de elevarse en puntillas. Pero ésta, más afectada todavía, no hará cosa que deje de hacer la aristocracia que se propone por modelo. En la clase baja, nuestras costumbres, por mucho que

hayan variado, están todavía muy distantes de los jardines públicos. Para ésta es todavía monadas exóticas y extranjeriles lo que es ya para aquélla común y demasiado poco extranjero. He aquí la razón por qué hay público para la ópera y para los toros, y no para los jardines públicos.

Por otra parte, demasiado poco despreocupados aún, en realidad, nos da cierta vergüenza inexplicable de comer, de reír, de vivir en público; parece que se descompone y pierde su prestigio el que baila en un jardín al aire libre, a la vista de todos. No nos persuadimos de que basta indagar y conocer las causas de esta verdad para desvanecer sus efectos. Solamente el tiempo, las instituciones, el olvido completo de nuestras costumbres antiguas, pueden variar nuestro obscuro carácter. ¡Qué tiene éste de particular en un país en que le ha formado tal una larga sucesión de siglos, en que se creía que el hombre vivía para hacer penitencia! ¡Qué después de tantos años de gobierno inquisitorial! Después de tan larga esclavitud es difícil saber ser libre. Deseamos serlo, lo repetimos a cada momento; sin embargo, lo seremos de derecho mucho tiempo antes de que reine en nuestras costumbres, en nuestras ideas, en nuestro modo de ver y de vivir, la verdadera liber-

tad. Y las costumbres no se varían en un día, desgraciadamente, ni con un decreto, y más desgraciadamente aún, un pueblo no es verdaderamente libre mientras que la libertad no está arraigada en sus costumbres e identificada con ellas.

No era nuestro propósito ahondar tanto en materia tan delicada: volvamos, pues, al objeto de nuestro artículo. El establecimiento de los dos jardines públicos que acaban de abrirse en Madrid, indica de todos modos la tendencia enteramente nueva que comenzamos a tomar. El jardín de las Delicias, abierto ha más de un mes en el paseo de Recoletos, presenta por su situación topográfica un punto de recreo lleno de amenidad; es pequeño, pero bonito; un segundo jardín más elevado, con un estanque y dos grutas a propósito para comer y una huerta en el piso tercero, si nos es permitido decirlo así, forman un establecimiento muy digno del público de Madrid. [Una buena fonda y café, anejos al jardín, proporcionan a los concurrentes toda clase de refrigerios de buena confección y bien servidos. Una buena música en ciertos días ameniza el paseo y puede servir para bailar.] Para nada consideramos más útil este jardín que para almorzar en las mañanas deliciosas de la estación en que estamos, respirando el suave

ambiente embalsamado por las flores, y distrayendo la vista por la bonita perspectiva que presenta, sobre todo, desde la gruta más alta, y para pasear en él las noches de verano.

[La buena disposición de su alumbrado por medio de faroles colocados a distancias proporcionadas, al mismo tiempo que contribuye a la perspectiva, es otra de sus mejores circunstancias. Hay además una mesa de billar y un café a cubierto de la intemperie, anejos al jardín. El empresario, deseoso de satisfacer por todos los medios posibles los deseos de sus abonados, da ramos de flores, idea ciertamente peregrina y que debe ser de mucho mérito, a los ojos, sobre todo, del bello sexo.]

El jardín de Apolo, sito en el extremo de la calle de Fuencarral, no goza de una posición tan ventajosa, pero una vez allí el curioso reconoce en él un verdadero establecimiento de recreo y diversión. Domina a todo Madrid, y su espaciosidad, el esmero con que se ven ordenados sus árboles nacientes, los muchos bosquetes enramados, llenos por todas partes de mesas rústicas para beber y que parecen nichos de verdura o verdaderos gabinetes de Flora; sus estrechas calles y el misterio que promete el laberinto de su espesura, hacen deplorar la larga distancia del centro de Madrid a que se halla co-

locado el jardín, que será verdaderamente delicioso en creciendo sus árboles y dando mayor espesura y frondosidad.

[Nos parece que la reimpresión del mismo prospecto dará una idea más clara que nuestras expresiones de las circunstancias llamativas que reúne este establecimiento, cuya disposición nos parece muy bien entendida y aun preferible a la misma del antiguo Vista-Alegre.

Se hallan en el jardín juegos de la Sortija, Paloma, Flecha, Columpios de barco, Escarpolet y otros que se pondrán: un gran salón de baile campestre, con su completa orquesta militar, y un teatro para juegos de física recreativa, sin perjuicio de otras diversiones que se anuncien por carteles.

Las oficinas de este hermoso establecimiento corresponden perfectamente a su ancha localidad. Un gran café en la planta baja con salidas al jardín y en el mismo colocadas varias mesas en diferentes cenadorcitos vestidos de parras; se servirán toda clase de bebidas y demás géneros propios de este ramo con esmerada delicadeza y puntualidad, dándose en el mismo café sin interés alguno los juegos de Damas, Ajedrez, Asalto y Chaquete.

Al frente, en un salón con vistas al mismo

jardín, se hallan colocadas dos mesas de billar, donde puede jugarse con el mayor desahogo.

En la planta principal se encuentran varios cuartos con sala y alcoba, destinados al que guste pasar una temporada en aquel saludable y fresco sitio, los cuales están adornados con toda la decencia que permite su capacidad. En el mismo piso está situado un gran salón, decentemente amueblado, dedicado a la reunión y sociedad de los que estén hospedados, y será para este objeto de uso común: en él, para hacerle más grato, habrá un piano por si gustasen bailar y cantar, y también el juego de la Romanina para un ligero pasatiempo.

En la planta baja, al frente del jardín, está la fonda, en donde por ahora se servirá variedad de fiambres y se darán comidas, almuerzos y meriendas por encargo, y en todo se hallará el aseo y el más exquisito esmero, sin perjuicio de mejorarla con suntuosidad.

Por este año sólo habrá un baño de piedra mármol, capaz para bañarse a la vez hasta ocho personas, cuyos depósitos de agua se llenarán dos veces al día, una a las doce y otra a las seis de la tarde: en la primera se bañarán las señoras que vivan en el jardín y gusten, y en la segunda los caballeros que también habiten en él, cambiando las horas si fuese posible la con-

formidad; pero si alguno de los huéspedes quisiese bañarse solo, se dará un baño de hoja de lata provisto de agua al temple que le agrade.]

En nuestro entender, cada uno de estos jardines merece una concurrencia sostenida; las reflexiones con que hemos encabezado este artículo deben probar a sus respectivos empresarios que si hay algún medio de hacer prosperar sus establecimientos en Madrid es recurrir a todos los alicientes imaginables, a todas las mejoras posibles. De esta manera nos lisonjeamos de que el público tomará afición a los jardines públicos, que tanta influencia pueden tener en la mayor civilización y sociabilidad del país y cuya conservación y multiplicidad exige incontestablemente una capital culta como la nuestra.

(Publicado en la *Revista Española,* número de 20 de junio de 1834.)

¿ENTRE QUE GENTES ESTAMOS?

Henos aquí refugiándonos en las costumbres: no todo ha de ser siempre política; no todos facciosos. Por otra parte, no son las costumbres el último ni el menos importante objeto de las reformas. Sirva, pues, sólo este pequeño preámbulo para evitar un chasco al que forme grandes esperanzas sobre el título que llevan al frente estos renglones, y vamos al caso.

No hace muchos días que la llegada inesperada a Madrid de un extranjero, antiguo amigo mío de colegio, me puso en la obligación de cumplir con los deberes de la hospitalidad. Acaso sin esta circunstancia nunca hubiese yo solo realizado la observación sobre que gira este artículo. La costumbre de ver y oír diariamente los dichos y modales, que son la moneda de nuestro trato social, es culpa de que no salte su extrañeza tan fácilmente a nuestros sentidos; mi amigo no pudo menos de abrirme el cami-

no, que el hábito tenía cerrado a mi observación.

Necesitábamos hacer varias visitas.

—¡Un carruaje! —dijimos—; pero un coche es pesado; un cabriolé será más ligero.

No bien lo habíamos dicho, ya estaba mi criado en casa de uno de los mejores alquiladores de esta corte [en comodidades], sobre todo, de esos que llevan dinero por los que llaman *bombés decentes,* donde encontró efectivamente uno sobrante y desocupado, que, para calcular cómo sería el maldecido, no se necesitaba saber más. Dejó mi criado la señal que le pidieron, y dos horas después ya estaba en la puerta de mi casa un birlocho pardo con varias capas de polvo de todos los días y calidades, el cual no le quitaban nunca porque no se viese el estado en que estaba, y aun yo tuve para mí que lo debían de sacar en los días de aire a tomar polvo para que le encubriese las macas que tendría. Que las ruedas habían rodado hasta entonces, no se podía dudar; que rodarían siempre y que no harían rodar por el suelo al que dentro fuese de aquel inseguro mueble, eso era ya otra cuestión; que el caballo había vivido hasta aquel punto, no era dudoso; que viviría dos minutos más, eso era precisamente lo que no se podía menos de dudar cada vez que

tropezaba con su cuerpo, no perecedero, sino ya perecido, la curiosa visual del espectador. Cierto ruido desapacible de los muebles y del eje le hacía sonar a hierro, como si dentro llevara medio Rastro. Peor vestido que el birlocho estaba el criado que le servía, y entre la vida del caballo y la suya no se podía atravesar concienzudamente la apuesta de un solo real de vellón; por lo mal comidos, por lo estropeados, por la [poca] vida, en fin, del caballo y el lacayo, por la completa semejanza y armonía que en ambos entes irracionales se notaba, hubiera creído cualquiera que eran gemelos, y que no sólo habían nacido a un mismo tiempo, sino que a un mismo tiempo iban a morir. Si andaba el birlocho era un milagro; si estaba parado, un capricho de Goya. Fué preciso conformarnos con este elegante mueble: subí, pues, a él, y tomé las riendas, después de haberse sentado en él mi amigo el extranjero. Retiróse el lacayo cuando nos vió en tren de marchar, y fué a subir a la trasera; sacudí mi fusta sobre el animal, con mucho tiento por no acabarle de derrengar; ¿mas cuál fué mi admiración cuando siento bajar el asiento y veo alzarse las varas levantando casi del suelo al infeliz animal, que parecía un espíritu desprendiéndose de la tierra? ¿Y qué dirán ustedes que era? Que el birlo-

cho venía sin barriguera; y lo mismo fué poner el lacayo la planta sobre la zaga, que, a manera de balanza, vino a tierra el mayor peso, y subió al cielo la ligera resistencia del que *tantum pellis et ossa fuit.*

—Esto no es conmigo —exclamé.

Bajamos del birlocho, y a pie nos fuimos a quejar y reclamar nuestra señal a casa del alquilador. Preguntamos y volvimos a preguntar, y nadie respondía, que aquí es costumbre muy recibida: pareció por fin un hombre, digámoslo así, y un hombre tan mal encarado como el birlocho; expúsele el caso, y pedíle mi señal, en vista de que yo no alquilaba el birlocho para tirar de él, sino para que tirase él de mí.

—¿Qué tiene usted que pedirle a ese birlocho y a esa jaca sobre todo? —me dijo echándome a la cara una interjección expresiva y una bocanada de humo de un maldito cigarro de dos cuartos.

Después de semejante entrada nada quedaba que hablar.

—Véale usted despacio —le contesté sin embargo.

—Pues no hay otro —siguió diciendo; y volviéndome la espalda. —¡A París por gangas! —añadió.

—Diga usted, señor grosero —le repuse, ya en el colmo de la cólera—, ¿no se contentan ustedes con servir de esta manera, sino que también se han de aguantar sus malos modos? ¿Usted se pone aquí para servir o para mandar al público? Pudiera usted tener más respeto y crianza para los que son más que él.

Aquí me echó el hombre una ojeada de arriba abajo, de estas que arrebañan a la persona mirada, de estas que van acompañadas de un gesto particular de los labios, de estas que no se ven sino entre los majos del país [y con interjecciones más o menos limpias].

—Nadie es más que yo, don caballero o don lechuga; si no acomoda, dejarlo. ¡Mire usted con lo que se viene el seor levosa! A ver, chico, saca un bombé nuevo; ahí en el bolsillo de mi chaqueta debo tener uno.

Y al decir esto, salió una mujer y dos o tres mozos de cuadra; y llegáronse a oir cuatro o seis vecinos y catorce o quince curiosos transeúntes; y como el calesero hablaba en majo y respondía en desvergonzado, y fumaba y escupía por el colmillo, e insultaba a la gente decente, el auditorio daba la razón al calesero, y le aplaudía y soltaba la carcajada, y le animaba a seguir: en fin, sólo una retirada a tiempo pudo salvarnos de alguna cosa peor, por la

cual se preparaba a hacernos pasar el concurso que allí se había reunido.

—¿Entre qué gentes estamos? —me dijo el extranjero asombrado—. ¡Qué modos tan raros se usan en este país!

—¡Oh, es casual! —le respondí algo avergonzado de la inculpación; y seguimos nuestro camino.

El día había empezado mal, y yo soy supersticioso con estos días que empiezan mal; [verdad es que en punto a educación y buenos modales generalmente se puede asegurar que aquí todos los días empiezan mal y] acaban peor. Tenía mi amigo que arreglar sus papeles, y fué preciso acompañarle a una oficina de Policía.

—¡Aquí verá usted —le dije— otra amabilidad y otra finura!

La puerta estaba abierta y naturalmente nos entrábamos; pero no habíamos andado cuatro pasos, cuando una especie de portero vino a nosotros gritándonos:

—¡Eh, hombre! ¿Adónde va usted? ¡Fuera!

—Este es pariente del calesero —dije yo para mí.

Salimos fuera, y sin embargo esperamos el turno.

—Vamos, adentro; ¿qué hacen ustedes ahí

parados? —dijo de allí a un rato, para darnos a entender que ya podíamos entrar.

Entramos, saludamos, nos miraron dos oficinistas de arriba abajo, no creyeron que debían contestar al saludo, se pidieron mutuamente papel y tabaco, echaron un cigarro de papel, nos volvieron la espalda, y a una indicación mía para que nos despachasen, en atención a que el Estado no les pagaba para fumar, sino para despachar los negocios:

—Tenga usted paciencia —respondió uno—, que aquí no estamos para servir a usted.

—A ver —añadió dentro de un rato—, venga eso —y cogió el pasaporte y lo miró.

—¿Y usted quién es?

—Un amigo del señor.

—¿Y el señor? Algún francés de estos que vienen a sacarnos los cuartos.

—Tenga usted la bondad de prescindir de insultos, y ver si está ese papel en regla.

—Ya le he dicho a usted que no sea insolente si no quiere usted ir a la cárcel.

Brincaba mi extranjero, y yo le veía dispuesto a hacer un disparate.

—Amigo, aquí no hay más remedio que tener paciencia.

—¿Y qué nos han de hacer?

—Mucho y malo.

—Será injusto.

—¡Buena cuenta!

Logré por fin contenerle.

—Pues ahora no se le despacha a usted; vuelva usted mañana.

—¿Volver?

—Vuelva usted, y calle usted. Vaya usted con Dios.

Yo no me atrevía a mirar a la cara a mi amigo.

—¿Quién es ese señor tan altanero —me dijo al bajar la escalera— y tan fino y tan...? ¿Es algún príncipe?

—Es un escribiente que se cree la justicia y el primer personaje de la nación. Como está empleado, se cree dispensado de tener crianza.

—Aquí tiene todo el mundo esos mismos modales, según voy viendo.

—¡Oh, no! Es casualidad.

—*C'est drôle* —iba diciendo mi amigo, y yo diciendo:

—¿Entre qué gentes estamos?

Mi amigo quería hacerse un pantalón, y le llevé a casa de mi sastre. Esta era más negra. Mi sastre es hombre que me recibe con sombrero puesto, que me alarga la mano y me la aprieta; me suele dar dos palmaditas o tres, más bien más que menos, cada vez que me ve;

me llama simplemente por mi apellido, a veces por mi nombre, como un antiguo amigo; otro tanto hace con todos sus parroquianos, y no me tutea, no sé por qué: eso tengo que agradecerle todavía. Mi francés nos miraba a los dos alternativamente; mi sastre se reía; yo mudaba de colores; pero estoy seguro que mi amigo salió creyendo que en España todos los caballeros son sastres o todos los sastres son caballeros. Por supuesto que el maestro no se descubrió, no se movió de su asiento, no hizo gran caso de nosotros, nos hizo esperar todo lo que pudo, se empeñó en regalarnos un cigarro y en dárnoslo encendido él mismo de su boca; cuantas groserías, en fin, suelen llamarse franquezas entre ciertas gentes. Era por la mañana: la fatiga y el calor nos habían dado sed: entramos en un café y pedimos sorbetes.

—¡Sorbetes por la mañana! —dijo un mozo con voz brutal y gesto de burla—. ¡Que si quieres!

—¡Bravo! —dije para mí—. ¿No presumía yo que el día había empezado bien? Pues traiga usted dos vasos pequeños de limón.

—¡Vaya, hombre, anímese usted! Tómelos grandes —nos dijo entonces el mozo con singular franqueza—. ¡Si tiene usted cara de sed!

—Y usted tiene cara de morir de un silleta-

zo —repuse yo ya incomodado—; sirva usted con respeto, calle y no se chancee con las personas que no conoce y que están muy lejos de ser sus iguales.

Entre tanto que esto pasaba con nosotros, en un billar contiguo diez o doce señoritos de muy buenas familias jugaban al billar con el mozo de éste, que estaba en mangas de camisa, que tuteaba a uno, sobaba a otro, insultaba al de más allá y se hombreaba con todos: todos eran unos.

—¿Entre qué gentes estamos? —repetía yo con admiración.

—*C'est drôle!* —repetía el francés.

¿Es posible que nadie sepa aquí ocupar su puesto? ¿Hay tal confusión de clases y personas? ¿Para qué cansarme en enumerar los demás casos que de este género en aquel bendito día nos sucedieron? Recapitule el lector cuántos de éstos le suceden al día y le están sucediendo siempre, y esos mismos nos sucedieron a nosotros. Hable usted con tres amigos en una mesa de café: no tardará mucho en arrimarse alguno que nadie del corro conozca, y con toda franqueza meterá su baza en la conversación. Vaya usted a comer a una fonda, y cuente usted con el mozo que ha de servirle como pudiera usted contar con un comensal. El le borda-

rá a usted la comida con chanzas groseras; él le hará a usted preguntas fraternales y amistosas...; él... Vaya usted a una tienda a pedir algo:

—¿Tiene usted tal cosa?

—No señor; aquí no hay.

—¿Y sabe usted dónde la encontraría?

—¡Toma! ¡Qué sé yo! Búsquela usted. Aquí no hay.

—¿Se puede ver al señor de tal? —dice usted en una oficina.

Y aquí es peor, pues ni siquiera contestan *no;* ¿ha entrado usted? como si hubiera entrado un perro. ¿Va usted a ver un establecimiento público? Vea usted qué caras, qué voz, qué expresiones, qué respuestas, qué grosería. Sea usted grande de España; lleve usted un cigarro encendido. No habrá aguador ni carbonero que no le pida la lumbre, y le detenga en la calle y le manosee y empuerque su tabaco, y se lo vuelva apagado. ¿Tiene usted criados? Haga usted cuenta que mantiene unos cuantos amigos; ellos llaman por su apellido seco y desnudo a todos lo que lo sean de usted, hablan cuando habla usted y hablan ellos... ¡Señor! ¡Señor! ¿Entre qué gentes estamos? ¿Qué orgullo es el que impide a las clases ínfimas de nuestra sociedad acabar de reconocer el puesto que en el

trato han de ocupar? ¿Qué trueque es éste de ideas y de costumbres?

Mi francés había hecho todas estas observaciones, pero no había hecho la principal: faltábale observar que nuestro país es el país de las anomalías; así que, al concluírse el día:

—Amigo —me dijo—, yo he viajado mucho; ni en Europa, ni en América, ni en parte alguna del mundo he visto menos aristocracia en el trato de los hombres; este es el país adonde yo me vendría a vivir; aquí todos los hombres son unos: se cree estar en la antigua Roma. En llegando a París voy a publicar un opúsculo en que pruebe que la España es el país más dispuesto a recibir...

—Alto ahí, señor observador de un día —dije a mi extranjero interrumpiéndole—; adivino la idea de usted. Las observaciones que ha hecho usted hoy son ciertas; la observación general, empero, que de ellas deduce usted es falsa: esa es una anomalía como otras muchas que nos rodean, y que sólo se podrían explicar entrando en pormenores que no son del momento: este es desgraciadamente el país menos dispuesto a lo que usted cree, por más que le parezcan a usted todos unos. No confunda usted la debilidad de la senectud con la de la niñez: ambas son debilidad; las causas son, no obstante, diferentes;

esa franqueza, esa aparente confusión y nivelamiento extraordinario no es el de una sociedad que acaba, es el de una sociedad que empieza; porque yo llamo empezar...

—¡Oh! Sí, sí, entiendo. *C'est drôle! C'est drôle!* —repetía mi francés.

—Ahí verá usted —repetía yo— entre qué gentes estamos.

(Publicado en *El Observador* de 1 de noviembre de 1834.)

LA VIDA DE MADRID

Muchas cosas me admiran en este mundo: esto prueba que mi alma debe pertenecer a la clase vulgar, al justo medio de las almas; sólo a las muy superiores o a las muy estúpidas les es dado no admirarse de nada. Para aquéllas no hay cosa que valga algo; para éstas, no hay cosa que valga nada. Colocada la mía a igual distancia de las unas y de las otras, confieso que vivo todo de admiración, y estoy tanto más distante de ellas cuanto menos concibo que se pueda vivir sin admirar. Cuando en un día de esos en que un insomnio prolongado o un contratiempo de la víspera preparan al hombre a la meditación, me paro a considerar el destino del mundo; cuando me veo rodando dentro de él con mis semejantes por los espacios imaginarios, sin que sepa nadie para qué, ni adónde; cuando veo nacer a todos para morir, y morir sólo por haber nacido; cuando veo la verdad igualmente distante de todos los puntos del or-

be, donde se la anda buscando, y la felicidad siempre en casa del vecino a juicio de cada uno; cuando reflexiono que no se le ve el fin a este cuadro halagüeño, que según todas las probabilidades tampoco tuvo principio; cuando pregunto a todos y me responde cada cual quejándose de su suerte; cuando contemplo que la vida es un amasijo de contradicciones, de llanto, de enfermedades, de errores, de culpas y de arrepentimientos, me admiro de varias cosas. Primera, del gran poder del Ser supremo, que haciendo marchar el mundo de un modo dado, ha podido hacer que todos tengan deseos diferentes y encontrados, que no suceda más que una sola cosa a la vez, y que todos queden descontentos. Segunda, de su gran sabiduría en hacer corta la vida. Y tercera, en fin, y de ésta me asombro más que de las otras todavía, de ese apego que todos tienen, sin embargo, a esta vida tan mala. Esto último bastaría a confundir a un ateo, si un ateo, al serlo, no diese ya claras muestras de no tener su cerebro organizado para el convencimiento: porque sólo un Dios y un Dios Todopoderoso podía hacer amar una cosa como la vida.

Esto, considerada la vida en general, dondequiera que la tomemos por tipo: en las naciones civilizadas, en los países incultos, en todas par-

tes, en fin. Porque en este punto, me inclino a creer que el hombre variará de necesidades, y se colocará en una escala más alta o más baja; pero en cuanto a su felicidad, nada habrá adelantado. Toda la diferencia entre el hombre ilustrado y el salvaje estará en los términos de su conversación. Lord Wellington hablará de los whigs, el indio nómada hablará de las panteras; pero iguales penas le acarreará a aquél el concluír con los primeros, que a éste el dar caza a las segundas. La civilización le hará variar al hombre de ocupaciones y de palabras; de suerte, es imposible. Nació víctima, y su verdugo le persigue enseñándole el dogal, así debajo del dorado artesón como debajo de la rústica techumbre de ramas. Pero si se considera luego la vida de Madrid, preciso es cerrar el entendimiento a toda reflexión para desearla.

El joven que voy a tomar por tipo general es un muchacho de regular entendimiento, pero que posee, sin embargo, más doblones que ideas, lo cual no parecerá inverosímil si se atiende al modo que tiene la sabia naturaleza de distribuír sus dones. En una palabra, es rico sin ser enteramente tonto. Paseábame días pasados con él, no precisamente porque nos estreche una grande amistad, sino porque no hay más que dos modos de pasear: o solo o acompañado. La

conversación de los jóvenes más suele pecar de indiscreta que de reservada; así fué que, a pocas preguntas y respuestas, nos hallamos a la altura de lo que se llama en el mundo franqueza, sinónimo casi siempre de imprudencia. Preguntóme qué especie de vida hacía yo, y si estaba contento con ella. Por mi parte pronto hube despachado: a lo primero le contesté: "Soy periodista; paso la mayor parte del tiempo, como todo escritor público, en escribir lo que no pienso y en hacer creer a los demás lo que no creo. ¡Como sólo se puede escribir alabando! Esto es, que mi vida está reducida a querer decir lo que otros no quieren oír." Al lo segundo, de si estaba contento con esta vida, le contesté que estaba por lo menos tan resignado como lo está con irse a la gloria el que se muere.

—¿Y usted? —le dije—. ¿Cuál es su vida en Madrid?

—Yo —me repuso— soy muchacho de muy regular fortuna; por consiguiente no escribo. Es decir... escribo... Ayer escribí una esquela a Borrel para que me enviase cuanto antes un pantalón de *panticour* que me tiene hace meses por allá. Siempre escribe uno algo. Por lo demás, le contaré a usted.

Yo no soy amigo de levantarme tarde; a veces hasta madrugo; días hay que a las diez ya

estoy en pie. Tomo té, y alguna vez chocolate; es preciso vivir con el país. Si a esas horas ha parecido ya algún periódico, me lo entra mi criado, después de haberle hojeado él: tiendo la vista por encima: leo los partes, que se me figura siempre haberlos leído ya; todos me suenan a lo mismo: entra otro, lo cojo, y es la segunda edición del primero. Los periódicos son como los jóvenes de Madrid, no se diferencian sino en el nombre. Cansado estoy ya de que me digan todas las mañanas en artículos muy graves todo lo felices que seríamos si fuésemos libres, y lo que es preciso hacer para serlo. Tanto valdría decirle a un ciego que no hay cosa como ver.

Como a aquellas horas no tengo ganas de volverme a dormir, dejo los periódicos: me rodeo al cuello un echarpe, me introduzco en un surtú, y a la calle. Doy una vuelta a la Carrera de San Jerónimo, a la calle de Carretas, del Príncipe y de la Montera; encuentro en un palmo de terreno a todos mis amigos, que hacen otro tanto; me paro con todos ellos; compro cigarros en un café, saludo a alguna asomada, y me vuelvo a casa a vestir.

¿Está malo el día? El capote de barragán:

17 Por bufanda. Galicismo que hoy sólo se conserva en *charpa*, cierta prenda de señora. (N. del E.)

25 Cierta tela de lana impermeable. (N. del E.)

a casa de la marquesa hasta las dos; a casa de la condesa hasta las tres; a tal otra casa hasta las cuatro: en todas partes voy dejando la misma conversación; en donde entro oigo hablar mal de la casa de donde vengo y de la otra adonde voy: esta es toda la conversación de Madrid.

¿Está el día regular? A la calle de la Montera. A ver a la Gallarde o a Tomás. Dos horas, tres horas, según. Mina, los facciosos, la que pasa, el sufrimiento y las esperanzas.

¿Está muy bueno el día? A caballo. De la puerta de Atocha a la de Recoletos, de la de Recoletos a la de Atocha, andado y desandado este camino muchas veces; una vuelta a pie. A comer a Genieys, o al Comercio: alguna vez en mi casa; las más fuera de ella.

¿Acabé de comer? A Sólito. Allí dos horas, dos cigarros y dos amigos. Se hace una segunda edición de la conversación de la calle de la Montera. ¡Oh, y felizmente esta semana no ha faltado materia! Un poco se ha ponderado, otro poco se ha... Pero en fin, en un país donde no se hace nada, sea lícito al menos hablar.

—¿Qué se da en el teatro? —dice uno.

—Aquí: 1.°, sinfonía; 2.°, pieza del célebre

9 Don Francisco Espoz y Mina, general en jefe del ejército liberal en el Norte. (N. del E.)

17 Café situado en la calle del Prado, frente al de Venecia. (N. del E.)

Scribe; 3.°, sinfonía; 4.°, pieza nueva del fecundo Scribe; 5.°, sinfonía; 6.°, baile nacional; 7.°, la comedia nueva en dos actos, traducida también del ingenioso Scribe; 8.°, sinfonía; 9.°...

—Basta, basta; ¡santo Dios!

—Pero, chico, ¿qué lees ahí? ¡Si ese es el Diario de ayer!

—Hombre, parece el de todos los días.

—Sí, aquí es *Guillermo* hoy.

—*¿Guillermo?* ¡Oh, si fuera ayer! ¿Y allá? Allá es el teatro de la Cruz.

—Cualquier cosa.

—A mí me toca el turno aquí. ¿Sabe usted lo que es tocar el turno?

—Sí, sí —respondo a mi compañero de paseo—; a mí también me suele tocar el turno.

Pues bien, subo al palco un rato. Acabado el teatro, si no es noche de sociedad, al café otra vez a disputar un poco de tiempo al dueño. Luego a ninguna parte. Si es noche de sociedad, a vestirme; gran tualeta. A casa de E... Bonita sociedad, muy bonita. Ello sí, las mismas de la sociedad de la víspera, y del lunes, y de... y las mismas de las visitas de la mañana, del

1 Augustín Eugène Scribe (1791-1861), autor dramático francés, cuyas obras, traducidas a porfía por muchos literatos españoles, acaparaban la escena madrileña en tiempo de Larra. (N. del E.)

Prado, y del teatro, y... pero lo bueno, nunca se cansa uno de verlo.

—¿Y qué hace usted en la sociedad?

—Nada; entro en la sala; paso al gabinete; vuelvo a la sala; entro al *écarte;* vuelvo a entrar en la sala; vuelvo a salir al gabinete; vuelvo a entrar en el *écarté*...

—¿Y luego?

—Luego a casa, y ¡buenas noches!

Esta es la vida que de sí me contó mi amigo. Después de leerla y releerla, figurándome que no he ofendido a nadie, y que a nadie retrato en ella, e inclinándome casi a creer que por ésta no tendré ningún desafío, aunque necios conozco yo para todo, trasládola a la consideración de los que tienen apego a la vida.

(Publicado en *El Observador* de 12 de diciembre de 1834.)

5 Sala de juego: cierto juego de naipes para dos, tres y hasta cuatro personas (N. del E.).

LA SOCIEDAD

Es cosa generalmente reconocida que el hombre es *animal social,* y yo, que no concibo que las cosas puedan ser sino del modo que son, yo, que no creo que pueda suceder sino lo que sucede, no trato, por consiguiente, de negarlo. Puesto que vive en sociedad, social es sin duda. No pienso adherirme a la opinión de los escritores malhumorados que han querido probar que el hombre habla por una aberración, que su verdadera posición es la de los cuatro pies, y que comete un grave error en buscar y fabricarse todo género de comodidades, cuando pudiera pasar pendiente de las bellotas de una encina el mes, por ejemplo, en que vivimos.

Hanse apoyado para fundar semejante opinión en que la sociedad le roba parte de su libertad, si no toda: pero tanto valdría decir que el frío no es cosa natural, porque incomoda. Lo más que concederemos a los abogados de la vida salvaje es que la sociedad es de todas las nece-

sidades de la vida la peor: eso sí. Esta es una desgracia, pero en el mundo feliz que habitamos casi todas las desgracias son verdad; razón por la cual nos admiramos siempre que vemos tantas investigaciones para buscar ésta. A' nuestro modo de ver no hay nada más fácil que encontrarla: allí donde está el mal, allí está la verdad. Lo malo es lo cierto. Sólo los bienes son ilusión.

Ahora bien; convencidos de que todo lo malo es natural y verdad, no nos costará gran trabajo probar que la sociedad es natural, y que el hombre nació, por consiguiente, social; no pudiendo impugnar la sociedad, no nos queda otro recurso que pintarla.

De necesidad parece creer que al verse el hombre solo en el mundo, blanco inocente de la intemperie y de toda especie de carencias, trate de unir sus esfuerzos a los de su semejante para luchar contra sus enemigos, de los cuales el peor es la naturaleza entera, es decir, el que no puede evitar, el que por todas partes le rodea; que busque a su hermano (que así se llaman los hombres unos a otros, por burla, sin duda) para pedirle su auxilio. De aquí podría deducirse que la sociedad es un cambio mutuo de servicios recíprocos. ¡Grave error!; es todo lo contrario: nadie concurre a la reunión para

prestarle servicios, sino para recibirlos de ella. Es un fondo común donde acuden todos a sacar, y donde nadie deja, sino cuando sólo puede tomar en virtud de permuta. La sociedad es, pues, un cambio mutuo de perjuicios recíprocos. Y el gran lazo que la sostiene es, por una incomprensible contradicción, aquello mismo que parecería destinado a disolverla, es decir, el egoísmo. Descubierto ya el estrecho vínculo que nos reúne unos a otros en sociedad, excusado es probar dos verdades eternas, y por cierto consoladoras, que de él se deducen: primera, que la sociedad, tal cual es, es imperecedera, puesto que siempre nos necesitaremos unos a otros; segunda, que es franca, sincera y movida por sentimientos generosos, y en esto no cabe duda, puesto que siempre nos hemos de querer a nosotros mismos más que a los otros.

Averiguar ahora si la cosa pudiera haberse arreglado de otro modo, si el gran poder de la creación estaba en que no nos necesitásemos, y si quien ponía por base de todo el egoísmo podía haberle sustituído el desprendimiento, ni es cuestión para nosotros, ni de estos tiempos, ni de estos países.

Felizmente no se llega al conocimiento de estas tristes verdades sino a cierto tiempo; en un principio todos somos generosos aún, francos,

amantes, amigos... en una palabra, no somos hombres todavía; pero a cierta edad nos acabamos de formar, y entonces ya es otra cosa: entonces vemos por la primera vez, y amamos por la última. Entonces no hay nada menos divertido que una diversión; y si pasada cierta edad se ven hombres buenos todavía, esto está sin duda dispuesto así para que ni la ventaja cortísima nos quede de tener una regla fija a qué atenernos, y con el fin de que puedan llevarse chasco hasta los más experimentados.

Pero como no basta estar convencidos de las cosas para convencer de ellas a los demás, inútilmente hacía yo las anteriores reflexiones a un primo mío que quería entrar en el mundo hace tiempo, joven, vivaracho, inexperto, y por consiguiente alegre. Criado en el colegio, y versado en los autores clásicos, traía al mundo llena la cabeza de las virtudes que en los poemas y comedias se encuentran. Buscaba un Pílades; toda amante le parecía una Safo, y estaba seguro de encontrar una Lucrecia el día que la necesitase. Desengañarle era una crueldad. ¿Por qué no había de ser feliz mi primo unos días como lo hemos sido todos? Pero además hubiera sido imposible. Limitéme, pues, a tomar sobre mí el cuidado de introducirle en el mundo, dejando a los demás el de desengañarle de él.

Después de haber presidido al cúmulo de pequeñeces indispensables, al lado de las cuales nada es un corazón recto, un alma noble, ni aun una buena figura, es decir, después de haberse proporcionado unos cuantos fraques y cadenas, pantalones colán y mi-colán, reloj, sortijas y media docena de onzas siempre en el bolsillo, primeras virtudes en sociedad, introdújelo por fin en las casas de mejor tono. Un poco de presunción, un personal excelente, suficiente atolondramiento para no quedarse nunca sin conversación, un modo de bailar semejante al de una persona que anda sin gana, un bonito frac, seis apuestas de a onza en el *écarté*, y todo el desprecio posible de las mujeres, hablando con los hombres, le granjearon el afecto y la amistad verdadera de todo el mundo. Es inútil decir que quedó contento de su introducción.

—Es encantadora —me dijo— la sociedad. ¡Qué alegría! ¡Qué generosidad! ¡Ya tengo amigos, ya tengo amante!!!

A los quince días conocía a todo Madrid; a los veinte, no hacía caso ya de su antiguo consejero. Alguna vez llegó a mis oídos que afeaba mi filosofía y mis descabelladas ideas, como las llamaba.

—Preciso es que sea muy malo mi primo

—decía— para pensar tan mal de los demás.

A lo cual solía yo responder para mí:

—Preciso es que sean muy malos los demás para haberme obligado a pensar tan mal de ellos.

Cuatro años habían pasado desde la introducción de mi primo en la sociedad: habíale perdido ya de vista, porque yo hago con el mundo lo que se hace con las pieles en verano: voy de cuando en cuando, para que no entre el olvido en mis relaciones, como se sacan aquéllas tal cual vez al aire para que no se albergue en sus pelos la polilla. Había, sí, sabido mil aventuras suyas de estas que, por una contradicción inexplicable, honran mientras sólo las sabe todo el mundo en confianza, y que desacreditan cuando las llega a saber alguien de oficio: pero nada más. Ocurrióme en esto noches pasadas ir a matar a una casa la polilla de mi relación; y a pocos pasos encontréme con mi primo. Parecióme no tener todo el buen humor que en otros tiempos le había visto; no sé si me buscó él a mí, si le busqué yo a él; sólo sé que a pocos minutos paseábamos el salón de bracero, y alimentando el siguiente diálogo:

—¿Tú en el mundo? —me dijo.

—Sí, de cuando en cuando vengo: cuando veo que se amortigua mi odio, cuando me sien-

to inclinado a pensar bien, cuando empiezo a echarle menos, me presento una vez, y me curo para otra temporada. Pero, ¿tú no bailas?

—Es ridículo: ¿quién va a bailar en un baile?

—Sí por cierto... ¡Si fuera en otra parte! Pero observo desde que falto a esta casa multitud de caras nuevas... que no conozco...

—Es decir, que faltas a todas las casas de Madrid... porque las caras son las mismas; las casas son las diferentes; y por cierto que no vale la pena de variar de casa para no variar de gente.

—Así es —respondí—, que falto a todas. Quisiera, por tanto, que me instruyeses... ¿Quién es, por ejemplo, esa joven...? Linda por cierto... Baila muy bien... Parece muy amable...

—Es la baroncita viuda de ***. Es una señora que, a fuerza de ser hermosa y amable, a fuerza de gusto en el vestir, ha llegado a ser aborrecida de todas las demás mujeres. Como su trato es harto fácil, y no abriga más malicia que la que cabe en veintidós años, todos los jóvenes que la ven se creen con derecho a ser correspondidos; y como al llegar a ella se estrellan, desgraciadamente, los más de sus cálculos en su virtud (porque aunque la ves tan loca al parecer, en el fondo es virtuosa), los unos han dado en llamar coquetería su amabilidad; los

otros, por venganza, le dan otro nombre peor. Unos y otros hablan infamias de ella; debe, por consiguiente, a su mérito y a su virtud el haber perdido la reputación. ¿Qué quieres? ¡Esa es la sociedad!

—¿Y aquella de aquel aspecto grave, que se remilga tanto cuando un hombre se la acerca? Parece que teme que la vean los pies según se baja el vestido a cada momento.

—Esa ha entendido mejor el mundo. Esa responde con bufidos a todo galán. Una casualidad rarísima me ha hecho descubrir dos relaciones que ha tenido en menos de un año; nadie las sabe sino yo; es casada, pero como brilla poco su lujo, como no es una hermosura de primer orden, como no se pone en evidencia, nadie habla mal de ella. Pasa por la mujer más virtuosa de Madrid. Entre las dos se pudiera hacer una maldad completa: la primera tiene las apariencias y ésta la realidad. ¿Qué quieres? ¡En la sociedad siempre triunfa la hipocresía! Mira, apartémonos: quiero evitar el encuentro de ese que se dirige hacia nosotros: me encuentra en la calle y nunca me saluda; pero en sociedad es otra cosa: como es tan desairado estar de pie, sin hablar con nadie, aquí me habla siempre. Soy su amigo para estos recursos, para los momentos de fastidio: también en el Prado se me

suele agregar cuando no ha encontrado ningún amigo más íntimo. Esa es la sociedad.

—Pero observo que huyendo de él nos hemos venido al *écarté*. ¿Quién es aquel que juega a la derecha?

—¿Quién ha de ser? Un amigo mío íntimo, cuando yo jugaba. Ya se ve, ¡perdía con tan buena fe! Desde que no juego no me hace caso. ¡Ay! Este viene a hablarnos.

Efectivamente, llegósenos un joven con aire marcial y muy amistoso.

—¿Cómo le tratan a usted?... —le preguntó mi primo.

—Pícaramente; diez onzas he perdido. ¿Y a usted?

—Peor todavía; adiós.

Ni siquiera nos contestó el perdidoso.

—Hombre, si no has jugado —le dije a mi primo, —¿cómo dices...?

—Amigo, ¿qué quieres? Conocí que me venía a preguntar si tenía suelto. En su vida ha tenido diez onzas; la sociedad es para él una especulación: lo que no gana lo pide...

—Pero ¿y qué inconveniente había en prestarle? Tú que eres tan generoso...

—Sí, hace cuatro años; ahora no presto ya hasta que no me paguen lo que me deben; es

decir, que ya no prestaré nunca. Esa es la sociedad. Y, sobre todo, ese que nos ha hablado...

—¡Ah, es cierto! Recuerdo que era antes tu amigo íntimo: no os separabais.

—Es verdad, y yo le quería: me lo encontré a mi entrada en el mundo; teníamos nuestros amores en una misma casa, y yo tuve la torpeza de creer simpatía lo que era comunidad de intereses. Le hice todo el bien que pude, ¡inexperto de mí! Pero de allí a poco puso los ojos en mi bella, me perdió en su opinión y nos hizo reñir. El no logró nada, pero desbarató mi felicidad. Por mejor decir, me hizo feliz; me abrió los ojos.

—¿Es posible?

—Esa es la sociedad. Era mi amigo íntimo. Desde entonces no tengo más que amigos; íntimos, estos pesos duros que traigo en el bolsillo: son los únicos que no venden: al revés, compran.

—¿Y tampoco has tenido más amores?

—¡Oh, eso sí! De eso he tardado más en desengañarme. Quise a una que me quería sin duda por vanidad, porque a poco de quererla me sucedió un fracaso que me puso en ridículo, y me dijo que no podía arrostrar el ridículo; luego quise frenéticamente a una casada; esa sí, creí que me quería sólo por mí; pero hubo hablillas,

que promovió precisamente aquella fea que ves allí, que como no puede tener amores, se complace en desbaratar los ajenos; hubieron de llegar a oídos del marido, que empezó a darla mala vida: entonces mi apasionada me dijo que empezaba el peligro y que debía concluírse el amor; su tranquilidad era lo primero. Es decir, que amaba más a su comodidad que a mí. Esa es la sociedad.

—¿Y no has pensado nunca en casarte?

—Muchas veces; pero a fuerza de conocer maridos, también me he desengañado.

—Observo que no llegas a hablar a las mujeres.

—¿Hablar a las mujeres en Madrid? Como en general no se sabe hablar de nada, sino de intrigas amorosas; como no se habla de artes, de ciencias, de cosas útiles; como ni de política se entiende, no se puede uno dirigir ni sonreír tres veces a una mujer; no se puede ir dos veces a su casa sin que digan: "Fulano hace el amor a mengana." Esta expresión pasa a sospecha, y dicen con una frase, por cierto bien poco delicada: "¿Si estará metido con fulana?" Al día siguiente esta sospecha es ya una realidad, un compromiso. Luego hay mujeres que porque han tenido una desgracia o una flaqueza, que se ha hecho pública por este hermoso

sistema de sociedad, están siempre acechando la ocasión de encontrar cómplices o imitadoras que las disculpen, las cuales ahogan la vergüenza en la murmuración. Si hablas a una bonita, la pierdes; si das conversación a una fea, quieres atrapar su dinero. Si gastas chanzas con la parienta de un ministro, quieres un empleo. En una palabra, en esta sociedad de ociosos y habladores nunca se concibe la idea de que puedas hacer nada inocente, ni con buen fin, ni aun sin fin.

Al llegar aquí no pude menos de recordar a mi primo sus expresiones de hacía cuatro años: "Es encantadora la sociedad: ¡qué alegría! ¡Qué generosidad! ¡Ya tengo amigos, ya tengo amante!!!"

Un apretón de manos me convenció de que me había entendido.

—¿Qué quieres? —me añadió de allí a un rato—; nadie quiere creer sino en la experiencia: todos entramos buenos en el mundo, y todo andaría bien si nos buscáramos los de una edad; pero nuestro amor propio nos pierde: a los veinte años queremos encontrar amigos y amantes en las personas de treinta, es decir, en las que han llevado el chasco antes que nosotros, y en los que ya no creen: como es natural, le llevamos entonces nosotros, y se le pegamos luego a los que vienen detrás. Esa es la sociedad; una reunión

de víctimas y de verdugos. ¡Dichoso aquel que no es verdugo y víctima a un tiempo! ¡Pícaros, necios, inocentes! ¡Más dichoso aún, si hay excepciones, el que puede ser excepción!

(Publicado en la *Revista Española* de 16 de enero de 1835.)

UNA PRIMERA REPRESENTACION

En los tiempos de Iriarte y de Moratín, de Comella y del abate Cladera, cuando divididas las pandillas literarias se asestaban de librería a librería, de corral a corral, las burlas y los epigramas, la primera representación de una comedia (entonces todas eran comedias o tragedias) era el mayor acontecimiento de la España. El buen pueblo madrileño, a cuyos oídos no habían llegado aún, o de cuya memoria se habían borrado ya las encontradas voces de *tiranía y libertad,* hacía entonces la vista gorda sobre el gobierno. Su Majestad cazaba en los bosques del Pardo, o reventaba mulas en la trabajosa cuesta de La Granja; en la corte se intrigaba, poco más o menos como ahora, si bien con un tanto más de hipocresía; los minis-

3 Cristóbal Cladera (1760-1816), sacerdote mallorquín, autor y traductor de variadas obras literarias e históricas. Fué ministro de José Bonaparte y alguien ha creído reconocer en él el modelo vivo del don Hermógenes de *El Café o la Comedia Nueva* de Moratín. (N. del E.)

tros colocaban a sus parientes y a los de sus amigos; esto ha variado completamente; la clase media iba a la oficina; entonces un empleo era cosa segura, una suerte hecha: y el honrado, el heroico pueblo iba a los toros a llamar bribón a boca llena a Pepe-Hillo y Pedro Romero cuando el toro no se quería dejar matar a la primera. Entonces no había más guerra civil que los famosos bandos y parcialidades de *chorizos* y *polacos*. No se sospechaba siquiera que podía haber más derecho que el de tirar varias cáscaras de melón a un *morcillero,* y el de acompañar la silla de manos de la Rita Luna, de vuelta a su casa desde el teatro, lloviendo dulces sobre ella. En aquellos tiempos de tiranía y de inquisición había, sin embargo, más libertad; y no se nos tome esto en cuenta de paradojas; porque al fin se sabía por dónde podía venir la tempestad, y el que entonces la pagaba era por poco avisado. En respetando al rey, y a Dios, respeto que consistía más bien en no acordarse de ambas majestades, que en otra cosa, podía usted vivir seguro sin carta de seguridad, y viajar sin pasaporte. Si usted quería

12 *Morcillero,* en jerga de bastidores, es el actor que añade a su papel pasajes de su inventiva, llamados *morcillas.* "Contra los actores llamados *morcilleros*" publicó Bretón dos artículos en el *Correo Literario y Mercantil* en 1832 (26 de marzo) y 1833 (17 de julio). (N. del E.)

escribir, imprimía y vendía cuanto a las mientes se le viniese, y ahí están si no las obras de Saavedra, las del mismo Comella, las de Iriarte, las de Moratín, las poesías de Quintana, que escritas en nuestros días no podrían probablemente ver en muchos años la luz pública. Entonces ni había espías, ni menos policía: no le ahorcaban a usted hoy por liberal y mañana por carlista, ni al día siguiente por ambas cosas: tampoco había esta comezón que nos consume de ilustración y prosperidad: el que tenía un sueldo se tenía por bastante ilustrado, y el que se divertía alegremente se creía todo lo próspero posible. Y esto, pesado en la balanza de las compensaciones, es algo sin duda.

Había otra ventaja, a saber: que si no quería usted cavar la tierra, ni servir al rey en las armas, cosas ambas un sí es no es incómodas; si no quería usted quemarse las cejas sobre los libros de leyes o de medicina; si no tenía usted ramo ninguno de rentas donde meter la cabeza, ni hermana bonita, ni mujer amable, ni madre que lo hubiese sido; si no podía usted ser paje de bolsa de algún ministro o consejero, decía usted que tenía una estupenda vocación; vistiendo el tosco sayal tenía usted su vida asegurada, y dejando los estudios, como fray Gerundio, se metía usted a predicador. El oficio en

el día parece también haber perdido algunas de sus ventajas.

Por nuestros escritos conocerán nuestros lectores que no debimos nosotros alcanzar esos tiempos bienaventurados. Pero ¿quién no es hijo de alguien en el mundo? ¿Quién no ha tenido padres que se lo cuenten?

Entonces en el teatro se escuchaban pocas silbas, y el ilustrado público, menos descontentadizo, era a la par más indulgente. Lo que por aquellos tiempos podía ser una *primera representación,* lo ignoramos completamente; y como no nos proponemos pintar las costumbres de nuestros padres, sino las nuestras, no nos aflige en verdad demasiado esta ignorancia.

En el día una primera representación es una cosa importantísima para el autor de... ¿de qué diremos? Es tal la confusión de los títulos y de las obras, que no sabemos cómo generalizar la proposición. En primer lugar, hay lo que se llama *comedia antigua,* bajo cuyo rótulo general se comprenden todas las obras dramáticas anteriores a Comella; de capa y espada, de intriga, de gracioso, de figurón, etc., etc.; hay en segundo el drama, dicho melodrama, que fecha de nuestro interregno literario, traducción de la *Porte Saint-Martin* como *el Valle del torrente, el Mudo de Arpenas,* etc., etc.: hay el drama

sentimental y terrorífico, hermano mayor del anterior, igualmente traducción, como *la Huérfana de Bruselas;* hay después la comedia dicha clásica de Molière y Moratín, con su versito asonantado o su prosa casera; hay la tragedia clásica, ora traducción, ora original, con sus versos pomposos y su correspondiente hojarasca de metáforas y pensamientos sublimes de sangre real: hay la piececita de costumbres, sin costumbres, traducción de Scribe: insulsa a veces, graciosita a ratos, ingeniosa por aquí y por allí; hay el drama histórico, crónica puesta en verso, o prosa poética, con sus trajes de la época y sus decoraciones *ad hoc,* y al uso de todos los tiempos: hay, por fin, si no me dejo nada olvidado, el drama romántico, nuevo, original, cosa nunca hecha ni oída, cometa que aparece por primera vez en el sistema literario con su cola y sus colas de sangre y de mortandad, el único verdadero; descubrimiento escondido a todos los siglos y reservado sólo a los Colones del siglo XIX. En una palabra, la naturaleza en las tablas, la luz, la verdad, la libertad en literatura, el derecho del hombre reconocido, la ley sin ley.

He aquí que el autor ha dado la última mano a lo que sea: ya lo ha cercenado la censura decentemente; ya la empresa se ha convencido de

que se puede representar, y de que acaso es cosa buena.

Entonces los periodistas, amigos del autor, saben por casualidad la próxima representación, y en todos los periódicos se lee, entre las noticias de facciosos derrotados completamente, la cláusula que sigue:

"Se nos ha asegurado o sabemos (el *sabemos* no se aventura todos los días) que se va a poner en escena un drama nuevo en el teatro de... (por lo regular del Príncipe). Se nos ha dicho que es de un autor conocido ya *ventajosamente* por obras literarias de un mérito incontestable. Deben desempeñar los principales papeles nuestra célebre señora Rodríguez y el señor Latorre. La empresa no ha perdonado medio alguno para ponerlo en escena con toda aquella brillantez que requiere su argumento; y tenemos *fundados motivos* (la amistad, nadie ha dicho que no sea un motivo, ni menos que no sea fundado) para asegurar que el éxito corresponderá a las esperanzas, y que por fin el teatro español, etc., etc.," y así sucesivamente.

15 *Señora Rodríguez.* Concepción Rodríguez (N. 1802), discípula y esposa del italiano don Juan Aquiles Grimaldi, autor dramático y, sobre todo, gran director de escena del teatro del Príncipe por el tiempo en que vió la luz este artículo. Muy alabada por Larra en otros escritos, la Rodríguez tuvo la palma entre las actrices dramáticas españolas durante el período romántico. (N. del E.)

Luego que el público ha leído esto, es preciso ir al café del Príncipe: allí se da razón de quién es el autor, de cómo se ha hecho la comedia, de por qué la ha hecho, de que tiene varias alusiones sumamente picantes, lo cual se dice al oído: el café del Príncipe, en fin, es el memorialista, el valenciano del teatro.

—¿Ha visto usted eso del drama que trae *la Revista?*

—¿Qué drama es ese?

—No sé.

—Sí, hombre, si es aquel que estaba componiendo...

—¡Ah! Sí. ¡Hombre, debe ser bueno!

—Preciso.

—¿Cómo se titula?

—¡FULANO!

—¿A secas?

---

2 *Café del Príncipe.* Sabido es que en este café se reunía el famoso *Parnasillo,* a que pocos hombres de letras, habitantes en Madrid, dejaban de concurrir cuando esto se escribía. (N. del E.)

7 *El memorialista.* La profesión de memorialista, con oficina montada bajo una teja-vana en una esquina de cualquier callejuela, era muy socorrida en tiempos de Larra. El memorialista era una especie de agente universal para toda clase de negocios y menesteres, como más largamente se puede ver en la descripción que hizo de él don Antonio García Gutiérrez en *Los españoles pintados por sí mismos.* (N. del E.)

9 *La Revista. La Revista Española,* el periódico mismo en que se publicó este artículo. (N. del E.)

—No sé si tiene otro título.

—Es regular.

—¿Cuántos actos?

—Cinco, creo.

—No son actos —dice otro.

—¿Cómo? ¿No son actos?

—Sí, son actos, pero... yo no sé.

—¡Ah! Sí. ¿Y muere mucha gente?

—¡Por fuerza! Dicen que es bueno.

—¡Gustará! —dicen en otro corrillo.

—Hombre, eso... como este público es así... yo no me atrevería... pero mi opinión es que o debe alborotar, o le tiran los bancos.

—¡Hola!

—No hay medio.. Hay cosas atrevidas; ¡pero qué escenas! Figúrese usted que hay uno que es hijo de otro.

—¡Oiga!

—Pero el hijo está enamorado... Deje usted: yo no me acuerdo si es el hijo o el padre el que está enamorado. Es igual. El caso es que luego se descubre que la madre no es madre: no; el padre es el que no es padre; pero hay un veneno, y luego viene el otro, y el hijo o la madre matan al padre o al hijo.

—¡Hombre! Eso debe ser de mucho efecto.

—¡Yo lo creo! Y hay una tempestad y una decoración oscura, tétrica, romántica... en fin,

con decirle a usted que la dama, ayer en el ensayo, no podía seguir hablando.

—¡Ui!!!

Si la cosa es por otro estilo, aunque ahora no hay cosas por otro estilo:

—Es bonita —dicen— sólo que es pesada; pero a mí me hizo reír mucho cuando la leí; es clásica por supuesto; pero no hay acción; no sucede nada.

El autor entretanto se las promete felices, porque en los ensayos han convenido los actores (que son muy inteligentes) que hay una escena que levanta del asiento: sólo se teme que el galán, que ha creído que el papel no es para su carácter, porque no es de bastante bulto, le haga con tibieza; y el segundo gracioso no ha entendido una palabra del suyo: no hay forma de hacérselo entender. Por otra parte, una dama está un poquillo ofendida porque la protagonista, que nació demasiado pronto, tiene más años de los que ella quiere aparentar. Y los segundos papeles están en malas manos, porque como aquí no hay actores...

Esto sin embargo, los ensayos siguen su curso natural: el autor se consume porque los actores principales no dicen su papel en el ensayo, sino que lo rezan entre dientes.

—Un poco más energía —se atreve a decir el autor, en ademán de pedir perdón.

—No tenga usted cuidado —le responden— a la noche verá usted.

Con esto apenas se atreve a hacer nuevas advertencias; si las hace, suele atraerse alguna risilla escondida; verdad es que a veces el autor suele entender de representar menos todavía que el actor.

—¿Qué saco yo en la cabeza? —le pregunta una joven— ¿Diadema?

—No es necesario.

—Como soy...

—No importa, se va usted a acostar cuando sucede el lance.

—Es verdad.

—Y yo, ¿qué saco en las piernas?

—La época, el calzón ajustado, pie y brazo acuchillados.

—Es que no tengo.

—Sí tienes —dice un compañero—, el calzón que te sirvió para Dido.

—Ya; pero eso debe ser otra época.

—No importa; le pones cuatro lazos, y es eso.

—Yo saco peluca rubia —dice el gracioso.

—¿Por qué rubia?

—No tengo más que rubias; todas las hacen rubias.

—Bien; así como así la escena es en Francia.

—¡Ah! ¡Entonces!... los franceses son rubios.

—¿Y calva, por supuesto?

—No, hombre, no: si no tiene usted más que cincuenta años.

—Es que todas mis pelucas tienen calva.

—Entonces saque usted lo que usted quiera.

—Yo necesito un retrato, que saco —dice otro.

—No, un medallón: cualquier cosa: desde fuera no se ve.

Arreglado ya lo que cada uno saca, se conviene en que las decoraciones harán efecto, porque se han anunciado como nuevas; la del pabellón de *la Expiación,* en poniéndole cuatro retratos, es romántica enteramente, y si se añaden unas armas, no digo nada: un gabinete de la Edad media; la de tal otra comedia en abriéndole dos puertas laterales, y en cerrándole la ventana, es el cuarto de la dama.

Si hay comparsas se arma una disputa sobre si se deben afeitar o no; si tienen que afeitarse es preciso que se les den dos reales más; ¿se han de poner limpios de balde? Para conciliar el efecto con la economía, se conviene en que los cuatro que han de salir delante se afeiten; los que están en segundo término, o confundidos

en el grupo, pueden ahorrarse las navajas. Si deben salir músicos, es obra de romanos encontrarlos; porque es cosa degradante soplar en un serpentón, o dar porrazos a un pergamino a la vista del público; cuando van por la calle o de casa en casa, entonces nadie los ve.

Por fin, ha llegado la noche: merced a los anuncios de los periódicos y de los carteles, en los cuales se previene al público que si se tarda en los entreactos es porque hay que hacer, y que como la función es larga, no admite intermedio ni sainete; merced a estas inocentes estratagemas, se acaban los billetes al momento, y a la tarde están a dos, tres duros, las lunetas. El autor ha tomado los suyos, y los amigos, que han comido con él, le tranquilizan, asegurándole que si el drama fuera malo se lo hubieran dicho francamente en las repetidas lecturas que se han hecho previamente en casa de éste o de aquél. Todo lo contrario: se han extasiado: y no es decir que no lo entiendan. El buen ingenio anda aquel día distraído; no responde con concierto a cosa alguna; reparte algunos apretones de manos, lo más expresivos posible a cuenta de aplausos, y está muy modesto; se cura en salud; refuerza alguna sonrisa para contestar a los muchos que llegan y le dicen embromándole, sin temor de Dios:

—Con que hoy es la silba; voy a comprar un pito.

¡Las seis! Es preciso asistir al vestuario.

—¿Qué tal estoy?

—Bien: parece usted un verdadero abate; dése usted más negro en esa mejilla; otra raya; es usted más viejo. Usted sí que está perfectamente, señora, y cierto que daría los mejores trozos de mi comedia por ser el galán de ella, y hacer el papel con usted. Se me figura que está frío el segundo galán.

—¡Ah! no: ya lo verá usted; ahora está bebiendo un poco de ponche para calentarse.

—¿Sí, eh? ¡Magnífico! No se le olvide a usted aquel grito en aquel verso.

—No se me olvida, descuide usted; aturdiré el teatro.

—Sí, un chillido sentido: como que ve usted al otro muerto. Con que salga como en el penúltimo ensayo me contento. Alborota usted con ese grito. ¡A mí me estremeció usted, y soy el autor!...

—¡La orden! ¡La orden! —gritan a esta sazón.

—¿¡Cómo la orden? —exclama el autor asustado—. ¿La han prohibido?

—No, señor, es la orden para empezar; habrá venido Su Alteza.

Suena una campanilla. ¡Fuera, fuera!, y salen precipitadamente de la escena aquella multitud de pies que se ven debajo del telón.

—¡Cuidado con los arrojes, señor autor! —dice un segundo apunte, cogiéndole de un brazo.

—¿Qué es eso?

—Nada; los arrojes son cuatro mozos de cordel que hacen subir el telón, bajando ellos colgados de una cuerda.

Se oye un estruendo espantoso: se ha descorrido la cortina, y el ingenio se refugia a un rincón de un palco segundo, detrás de su familia, o de sus amigos, a quienes mortifica durante la representación con repetidas interrupciones. Tiene toda la sangre en la cabeza, suda como un cavador, cierra las manos, hace gestos de desesperación cuando se pierde un actor.

—¡Si lo dije, si no sabe el papel! ¿Silban? ¿Qué murmullo es ése? Bien, bien: este aplauso ha venido muy bien ahí: esto va bien; ese trozo tenía que hacer efecto por fuerza... ¡Bárbaros! ¿Por qué silban? ¡Si no se puede escribir en este país! Luego la están haciendo de una manera... Yo también la silbaría.

En el auditorio son otras las expresiones fugitivas.

—¡Vaya! Ya tenemos el telón bajando y subiendo.

—¡Bravo! Se han dejado una silla.

—Mire usted aquel comparsa. ¿Qué es aquello blanco que se le ve?

—¡Hombre! ¡En esa sala han nacido árboles!

—¿Lo mató? ¡Ah, ah, ah! Si morirá el apuntador.

—Pues, señor, hasta ahora no es gran cosa.

—Lo que tiene es buenos versos.

Entretanto la condesita de *** entra al segundo acto dando portazos para que la vean; una vez sentada no se luce el vestido; los *fashionables* suben y bajan a los palcos: no se oye: el teatro es un infierno: luego parece que el público se ha constipado adrede aquel día. ¡Qué toser, señor, qué toser!

Llegó el quinto acto, y la mareta sorda empieza a manifestarse cada vez más pronunciada: a la última puñalada el público no puede más, y prorrumpe por todas partes en ruidosas carcajadas: los amigos defienden el terreno; pero una llave decide la cuestión: sin duda no es la llave con que encerraba Lope de Vega los preceptos; y cae el telón entre la majestuosa algazara y con toda la pompa de la ignominia.

---

23 *Una llave*: utilizada, sin duda, como silbato. (N. del E.)

No sé qué propensión tiene la humanidad a alegrarse del mal ajeno; pero he observado que el público sale más alegre y decidor, más risueño y locuaz de una representación silbada: el autor entretanto sale confuso y renegando de un público tan atrasado.

—No están todavía los españoles —dice— para esta clase de comedias.

Se agarra otro poco a las intrigas, otro poco a la mala representación, y de esta suerte ya puede presentarse al día siguiente en cualquier parte con la conciencia limpia.

Sus amigos convienen con él, y en su ausencia se les oye decir:

—Yo lo dije; esa comedia no podía gustar; pero ¿quién se lo dice al autor? ¿Quién pone el cascabel al gato?

—Yo le dije que cortara lo del padre en el segundo acto: aquello es demasiado largo; pero se empeñó en dejarlo.

He observado, sin embargo, que los amigos literatos suelen portarse con gran generosidad; si la comedia gusta, ellos son los que como inteligentes hacen notar los defectillos de la composición, y entonces pasan por imparciales y rectos: si la comedia es silbada, ellos son los que la disculpan y la elogian; saben que sus elogios

no la han de levantar, y entonces pasan por buenos amigos. En el primer caso dicen:

—Es cosa buena, ¿cómo se había de negar? No tiene más sino aquello, y lo otro, y lo de más allá... ya se ve; las cosas no pueden ser perfectas.

En el segundo dicen:

—Señor, no es mala; pero no es para todo el mundo: hay cosas demasiado profundas: tiene bellezas: sobre todo hay versos muy lindos.

Pero la parte indudablemente más divertida es la de oír, acercándose a los corrillos, los votos particulares de cada cual: éste la juzga mala porque dura tres horas; aquél porque mueren muchos; el otro porque hay gente de iglesia en ella; el de más allá porque se muda de decoraciones: esotro porque infringe las reglas: los contrarios dicen que sólo por esas circunstancias es buena. ¡Qué Babilonia, santo Dios! ¡Qué confusión!

Al día siguiente los periódicos... Pero ¿quién es el autor? ¿Es un principiante, un desconocido? ¡Qué nube! ¿Es algo más? ¡Qué reticencias! ¡Qué medias palabras! ¡Qué exacto justo medio!

¡Después de todo eso, haga usted comedias!

(Publicado en *La Revista Española* de 3 de abril de 1835.)

LA DILIGENCIA

Cuando nos quejamos de que *esto no marcha,* y de que la España no progresa, no hacemos más que enunciar una idea relativa: generalizada la proposición de esa suerte, es evidentemente falsa; reducida a sus límites verdaderos, hay un gran fondo de verdad en ella.

Así como no notamos el movimiento de la tierra, porque todos vamos envueltos en él, así no echamos de ver tampoco nuestros progresos. Sin embargo, ciñéndonos al objeto de este artículo, recordaremos a nuestros lectores que no hace tantos años carecíamos de multitud de ventajas, que han ido naciendo por sí solas y colocándose en su respectivo lugar; hijas de la época, secuelas indispensables del adelanto general del mundo. Entre ellas, es acaso la más importante la facilitación de las comunicaciones entre los pueblos apartados: los tiranos, generalmente cortos de vista, no han considerado en las diligencias más que un medio de transportar paque-

tes y personas de un pueblo a otro: seguros de alcanzar con su brazo de hierro a todas partes, se han sonreído imbécilmente al ver mudar de sitio a sus esclavos: no han considerado que las ideas se agarran como el polvo a los paquetes y viajan también en diligencia. Sin diligencias, sin navíos, la libertad estaría todavía probablemente encerrada en los Estados Unidos. La navegación la trajo a Europa; las diligencias han coronado la obra: la rapidez de las comunicaciones ha sido el vínculo que ha reunido a los hombres de todos los países: verdad es que ese lazo de los liberales lo es también de sus contrarios; pero ¿qué importa? La lucha es así general y simultánea; sólo así puede ser decisiva.

Hace pocos años, si le ocurría a usted hacer un viaje, empresa que se acometía entonces sólo por motivos muy poderosos, era forzoso recorrer todo Madrid, preguntando de posada en posada por medios de transporte. Estos se dividían entonces en coches de colleras, en galeras, en carromatos, tal cual tartana y acémilas. En la celeridad no había diferencia ninguna: no se concebía cómo podía un hombre apartarse de un punto en un solo día más de seis o siete leguas; aun así era preciso contar con el tiempo y con la colocación de las ventas: esto, más que viajar, era irse asomando al país, como quien te-

me que se le acabe el mundo al dar un paso más de lo absolutamente indispensable. En los coches viajaban sólo los poderosos: las galeras eran el carruaje de la clase acomodada; viajaban en ellas los empleados que iban a tomar posesión de su destino, los corregidores que mudaban de vara: los carromatos y las acémilas estaban reservadas a las mujeres de militares, a los estudiantes, a los predicadores cuyo convento no les proporcionaba mula propia. Las demás gentes no viajaban; y semejantes los hombres a los troncos, allí donde nacían, allí morían. Cada cual sabía que había otros pueblos que el suyo en el mundo, a fuerza de fe; pero viajar por instrucción y por curiosidad, ir a París sobre todo, eso ya suponía un hombre superior, extraordinario, osado, capaz de todo: la marcha era una hazaña, la vuelta una solemnidad: y el viajero, al divisar la venta del Espíritu Santo, exclamaba estupefacto: "¡Qué grande es el mundo!" Al llegar a París, después de dos meses de medir la tierra con los pies, hubiera podido exclamar con más razón: "¡Qué corto es el año!"

A su vuelta, ¡qué de gentes le esperaban, y se apiñaban a su alrededor para cerciorarse de si había efectivamente París, de si se iba y se venía, de si era, en fin, aquel mismo el que había ido, y no su ánima que volvía sola! Se miraba

con admiración el sombrero, los anteojos, el baúl, los guantes, la cosa más diminuta que venía de París. Se tocaba, se manoseaba, y todavía parecía imposible. ¡Ha ido a París! ¡Ha vuelto de París!!! ¡Jesús!!!

Los tiempos han cambiado extraordinariamente: dos emigraciones numerosas han enseñado a todo el mundo el camino de París y Londres. Como quien hace lo más, hace lo menos, ya el viajar por el interior es una pura bagatela, y hemos dado en el extremo opuesto: en el día se mira con asombro al que no ha estado en París; es un punto menos que ridículo.

—¿Quién será él —se dice— cuando no ha estado en ninguna parte?

Y efectivamente, por poco liberal que uno sea, o está uno en la emigración, o de vuelta de ella, o disponiéndose para otra: el liberal es el símbolo del movimiento perpetuo, es el mar con su eterno flujo y reflujo. Yo no sé cómo se lo componen los absolutistas; pero para ellos no se han establecido las diligencias; ellos esperan siempre a pie firme la vuelta de su Mesías; en una palabra, siempre son de casa; este partido no tiene más movimiento que el del caracol; toda la diferencia está en tener la cabeza fuera o dentro de la concha. A propósito, ¿la tiene ahora dentro o fuera?

Volviendo empero a nuestras diligencias, no entraré en la explicación minuciosa y poco importante para el público de las causas que me hicieron estar no hace muchos días en el patio de la casa de postas, donde se efectúa la salida de las diligencias llamadas *reales,* sin duda por lo que tienen de efectivas. No sé qué tienen las diligencias de común con Su Majestad; una empresa particular las dirige, el público las llena y las sostiene. La misma duda tengo con respecto a los *billares;* pero como si hubiera yo de extender ahora en el papel todas mis dudas no haría gran diligencia en el artículo de hoy, prescindiré de digresiones, y diré en último resultado que, ora fuese a despedir a un amigo, ora fuese a recibirle, ora, en fin, con cualquier otro objeto, yo me hallaba en el patio de las diligencias.

No es fácil imaginar qué multitud de ideas sugiere el patio de las diligencias; yo por mi parte me he convencido que es uno de los teatros más vastos que puede presentar la sociedad moderna al escritor de costumbres.

Todo es allí materiales, pero hechos ya y elaborados: no hay sino ver y coger. A la entrada le llama a usted ya la atención un pequeño aviso que advierte, pegado en un poste, que nadie puede entrar en el establecimiento público sino los viajeros, los mozos que traen sus far-

dos, los dependientes y las personas que vienen a despedir o recibir a los viajeros: es decir, que allí sólo puede entrar todo el mundo. Al lado numerosas y largas tarifas indican las líneas, los itinerarios, los precios: aconsejaremos, sin embargo, a cualquiera, que reproduzca, al ver las listas impresas, la pregunta de aquel palurdo que iba a entrar años pasados en el Botánico con chaqueta y palo, y a quien un dependiente decía:

—No se puede pasar en ese traje: ¿no ve el cartel puesto de ayer?

—Sí, señor —contestó el palurdo—, pero... ¿eso rige todavía?

Lea, pues, el curioso las tarifas y pregunte luego: verá cómo no hay carruajes para muchas de las líneas indicadas; pero no se desconsuele, le dirán la razón:

—¡Como los facciosos están por ahí, y por allí, y por más allá!!!

Esto siempre satisface. Verá además cómo los precios no son los mismos que cita el aviso; en una palabra, si el curioso quiere proceder por orden, pregunte y lea después, y si quiere atajar, pregunte y no lea. La mejor tarifa es un dependiente; podrá suceder que no haya quien dé razón; pero en ese caso puede volver a otra hora, o no volver si no quiere.

El patio comienza a llenarse de viajeros y de

sus familias y amigos: los unos se distinguen fácilmente de los otros. Los viajeros entran despacio: como muy enterados de la hora, están ya como en su casa; los que vienen a despedirles, si no han venido con ellos, entran de prisa y preguntando:

—¿Ha marchado ya la diligencia? Ah, no; aquí está todavía.

Los primeros tienen capa o capote, aunque haga calor; echarpé al cuello y gorro griego o gorra si son hombres; si son mujeres, gorro o papalina, y un enorme ridículo; allí va el pañuelo, el abanico, el dinero, el pasaporte, el vaso de camino, las llaves, ¡qué más sé yo!

Los acompañantes, portadores de menos aparato, se presentan vestidos de ciudad, a la ligera.

A la derecha del patio se divisa una pequeña habitación; agrupados allí los viajeros al lado de sus equipajes, piensan el último momento de su estancia en la población; media hora falta sólo; una niña, ¡qué joven, qué interesante! apoyada la mejilla en la mano, parece exhalar la vida por los ojos cuajados en lágrimas: a su lado el objeto de sus miradas procura consolarla, oprimiendo acaso por última vez su lindo pie, su trémula mano...

—Vamos, niña —dice la madre, robusta e im-

12 *Ridículo,* bolsillo de mano. (N. del E.)

pávida matrona, a quien nadie oprime nada, y cuya despedida no es la primera ni la última—, ¿a qué vienen esos llantos? No parece sino que nos vamos del mundo.

Un militar que va solo examina curiosamente las compañeras de viaje; en su aire determinado se conoce que ha viajado y conoce a fondo todas las ventajas de la presión de una diligencia. Sabe que en diligencia el amor sobre todo hace mucho camino en pocas horas. La naturaleza en los viajes, desnuda de las consideraciones de la sociedad, y muchas veces del pudor, hijo del conocimiento de las personas, queda sola y triunfa por lo regular. ¿Cómo no adherirse a la persona a quien nunca se ha visto, a quien nunca se volverá acaso a ver, que no le conoce a uno, que no vive en su círculo, que no puede hablar ni desacreditar, y con quien se va encerrado dentro de un cajón dos, tres días con sus noches? Luego parece que la sociedad no está allí: una diligencia viene a ser para los dos sexos una isla desierta; y en las islas desiertas no sería precisamente donde tendríamos que sufrir más desaires de la belleza. Por otra parte, ¡qué franqueza tan natural, no tiene que establecerse entre los viajeros!! ¡Qué multitud de ocasiones de prestarse mutuos servicios! ¡Cuántas veces al día se pierde un guante, se cae un pañuelo, se deja olvidado

algo en el coche o en la posada! ¡Cuántas veces hay que dar la mano para bajar o subir! Hasta el rápido movimiento de la diligencia parece un aviso secreto de lo rápida que pasa la vida, de lo precioso que es el tiempo; todo debe ir de prisa en diligencia. Una salida de un pueblo deja siempre cierta tristeza que no es natural al hombre: sabido es que nunca está el corazón más dispuesto a recibir impresiones que cuando está triste; los amigos, los parientes que quedan atrás dejan un vacío inmenso. ¡Ah! ¡La naturaleza es enemiga del vacío!

Nuestro militar sabe todo esto; pero sabe también que toda regla tiene excepciones, y que la edad de quince años es la edad de las excepciones; pasa, pues, rápidamente al lado de la niña con una sonrisa, mitad burlesca, mitad compasiva.

—¡Pobre niña —dice entre dientes—; lo que es la poca edad! ¡Si pensará que no se aprecian las caras bonitas más que en Madrid! El tiempo le enseñará que es moneda corriente en todos países.

Una bella parece despedirse de un hombre de unos cuarenta años: el militar fija el lente: ella es la que parte; hay lágrimas, sí; pero ¿cuándo no lloran las mujeres? Las lágrimas por sí solas no quieren decir nada; luego hay

cierta diferencia entre éstas y las de la niña: una sonrisa de satisfacción se dibuja en los labios del militar. Entre las ternezas de despedida se deslizan algunas frases, que no son reñir enteramente, pero poco menos; hay cierta frialdad, cierto dominio en el hombre. ¡Ah, es su marido!

—Se puede querer mucho a su marido —dice el militar para sí— y hacer un viaje divertido.

—¡Voto va! Ya ha marchado —entra gritando un original, cuyos bolsillos vienen llenos de salchichón para el camino, de frasquetes ensogados, de petacas, de gorros de dormir, de pañuelos, de chismes de encender...

¡Ah! ¡ah! este es un verdadero viajero; su mujer le acosa a preguntas:

—¿Se ha olvidado el pastel?

—No, aquí le traígo.

—¿Tabaco?

—No, aquí está.

—¿El gorro?

—En este bolsillo.

—¿El pasaporte?

—En este otro.

Su exclamación al entrar no carece de fundamento; faltan sólo minutos, y no se divisa disposición alguna de viaje. La calma de los mayorales y zagales contrasta singularmente con la prisa y la impaciencia que se nota en las me-

nores acciones de los viajeros; pero es de advertir que éstos al ponerse en camino alteran el orden de su vida para hacer una cosa extraordinaria; el mayoral y el zagal, por el contrario, hacen lo de todos los días.

Por fin, se adelanta la diligencia, se aplica la escalera a sus costados, y la vaca recibe en su seno los paquetes: en menos de un minuto está dispuesta la carga, y salen los caballos lentamente a colocarse en su puesto. Es de ver la impasibilidad del conductor a las repetidas solicitudes de los viajeros.

—A ver, esa maleta; que vaya donde se pueda sacar.

—Que no se moje ese baúl.

—Encima ese saco de noche.

—Cuidado con la sombrerera.

—Ese paquete, que es cosa delicada.

Todo lo oye, lo toma, lo encajona, a nadie responde; es un tirano en sus dominios.

—La hoja, señores, ¿tienen ustedes todos sus pasaportes? ¿Están todos? ¡Al coche, al coche.

El patio de las diligencias es a un cementerio lo que el sueño a la muerte, no hay más diferencia que la ausencia y el sueño pueden no ser para siempre; no les comprende el terrible *voi ch'intrate lasciate ogni speranza,* de Dante.

Se suceden los últimos abrazos, se renuevan

los últimos apretones de manos; los hombres tienen vergüenza de llorar y se reprimen, y las mujeres lloran sin vergüenza.

—Vamos, señores —repite el conductor: y todo el mundo se coloca.

La niña, anegada en lágrimas, cae entre su madre y un viejo achacoso que va a tomar las aguas; la bella casada entre una actriz que va a las provincias, y que lleva sobre las rodillas una gran caja de cartón con sus preciosidades de reina y princesa, y una vieja monstruosa que lleva encima un perro faldero, que ladra y muerde por el pronto como si viese al aguador, y que hará probablemente algunas otras gracias por el camino. El militar se arroja de mal humor en el cabriolé, entre un francés que le pregunta: "¿Tendremos ladrones?" y un fraile corpulento, que con arreglo a su voto de humildad y de penitencia, va a viajar en estos carruajes tan incómodos. La rotonda va ocupada por el hombre de las provisiones; una robusta señora que lleva un niño de pecho y un bambino de cuatro años, que salta sobre sus piernas para asomarse de continuo a la ventanilla; una vieja verde, llena de años y de lazos, que arregla entre las piernas del suculento viajero una caja de un loro, e hinca el codo, para colocarse, en el costado de un abogado, el cual hace un gesto, y vista la mala com-

pañía en que va, trata de acomodarse para dormir, como si fuera ya juez. Empaquetado todo el mundo, se confunden en el aire las ladridos del perrito, la tos del fraile, el llanto de la criatura, las preguntas del francés, los chillidos del bambino, que arrea los caballos desde la ventanilla, los sollozos de la niña, los juramentos del militar, las palabras enseñadas del loro, y multitud de frases de despedida.

—Adiós, hasta la vuelta, tantas cosas a Pepe. Envíame el papel que se ha olvidado.

—Que escribas en llegando.

—Buen viaje.

Por fin suena el agudo rechinido del látigo, la mole inmensa se conmueve, y estremeciendo el empedrado, se emprende el viaje, semejante en la calle a una casa que se desprendiese de las demás con todos sus trastos e inquilinos a buscar otra ciudad en donde empotrarse de nuevo.

(Publicado en *La Revista Española* de 16 de abril de 1835.)

LOS CALAVERAS

Artículo primero.

Es cosa que daría que hacer a los etimologistas y a los anatómicos de lenguas el averiguar el origen de la voz *calavera* en su acepción figurada, puesto que la propia no puede tener otro sentido que la designación del cráneo de un muerto, ya vacío y descarnado. Yo no recuerdo haber visto empleada esta voz, como sustantivo masculino, en ninguno de nuestros autores antiguos, y esto prueba que esta acepción picaresca es de uso moderno. La especie, sin embargo, de seres a que se aplica ha sido de todos los tiempos. El famoso Alcibíades era el *calavera* más perfecto de Atenas; el célebre filósofo que arrojó sus tesoros al mar, no hizo en eso más que una *calaverada,* a mi entender de muy mal gusto: César, marido de todas las mujeres de Roma, hubiera pasado en el día por un excelente *calavera:* Marco Antonio, echando a Cleopatra por contrapeso en la balanza del destino del imperio,

no podía ser más que un *calavera;* en una palabra, la suerte de más de un pueblo se ha decidido a veces por una simple *calaverada.* Si la historia, en vez de escribirse como un índice de los crímenes de los reyes y una crónica de unas cuantas familias, se escribiera, con esta especie de filosofía, como un cuadro de costumbres privadas, se vería probada aquella verdad; y muchos de los importantes trastornos que han cambiado la faz del mundo, a los cuales han solido achacar grandes causas los políticos, encontrarían una clave de muy verosímil y sencilla explicación en las *calaveradas.*

Dejando aparte la antigüedad (por más mérito que les añada, puesto que hay muchas gentes que no tienen otro), y volviendo a la etimología de la voz, confieso que no encuentro qué relación puede existir entre un *calavera* y una *calavera.* ¡Cuánto exceso de vida no supone el primero! ¡Cuánta ausencia de ella no supone la segunda! Si se quiere decir que hay un punto de similitud entre el vacío del uno y de la otra, no tardaremos en demostrar que es un error. Aun concediendo que las cabezas se dividan en vacías y en llenas, y que la ausencia del talento y del juicio se refiera a la primera clase, espero que por mi artículo se convencerá cualquiera

de que para pocas cosas se necesita más talento y buen juicio que para ser *calavera.*

Por tanto, el haber querido dar un aire de apodo y de vilipendio a los *calaveras* es una injusticia de la lengua y de los hombres que acertaron a darle los primeros ese giro malicioso: yo por mí rehuso esa voz; confieso que quisiera darle una nobleza, un sentido favorable, un carácter de dignidad que desgraciadamente no tiene, y así sólo la usaré, porque no teniendo otra a mano, y encontrando ésa establecida, aquellos mismos cuya causa defiendo se harán cargo de lo difícil que me sería darme a entender valiéndome para designarlos de una palabra nueva; ellos mismos no se reconocerían, y no reconociéndolos seguramente el público tampoco, vendría a ser inútil la descripción que de ellos voy a hacer.

Todos tenemos algo de *calaveras,* más o menos. ¿Quién no hace locuras y disparates alguna vez en su vida? ¿Quién no ha hecho versos? ¿Quién no ha creído en alguna mujer? ¿Quién no se ha dado malos ratos algún día por ella? ¿Quién no ha prestado dinero? ¿Quién no lo ha debido? ¿Quién no ha abandonado alguna cosa que le importase por otra que le gustase? ¿Quién no se casa, en fin?... Todos lo somos; pero así como no se llama locos sino a

aquellos cuya locura no está en armonía con la de los más, así sólo se llama *calaveras* a aquellos cuya serie de acciones continuadas son diferentes de las que otros tuvieran en iguales casos.

El *calavera* se divide y subdivide hasta lo infinito, y es difícil encontrar en la naturaleza una especie que presente al observador mayor número de castas distintas: tienen todas, empero, un tipo común de donde parten, y en rigor sólo dos son las calidades esenciales que determinan su ser, y que las reúnen en una sola especie: en ellas se reconoce al *calavera,* de cualquier casta que sea.

1.° El *calavera* debe tener por base de su ser lo que se llama *talento natural* por unos; *despejo* por otros; *viveza* por los más; entiéndase esto bien: *talento natural,* es decir, no cultivado. Esto se explica: toda clase de estudio profundo, o de extensa instrucción, sería lastre demasiado pesado que se opondría a esa ligereza, que es una de sus más amables calidades.

2.° El *calavera* debe tener lo que se llama en el mundo *poca aprensión.* No se interprete esto tampoco en mal sentido. Todo lo contrario. Esta *poca aprensión* es aquella indiferencia filosófica con que considera *el qué dirán* el que no hace más que cosas naturales, el que no hace cosas vergonzosas. Se reduce a

arrostrar en todas nuestras acciones la publicidad, a vivir ante los otros, más para ellos que para uno mismo. El *calavera* es un hombre público cuyos actos todos pasan por el tamiz de la opinión, saliendo de él más depurados. Es un espectáculo cuyo telón está siempre descorrido; quítensele los espectadores, y adiós teatro. Sabido es que con mucha aprensión no hay teatro.

El *talento natural,* pues, y la *poca aprensión,* son las dos cualidades distintivas de la especie: sin ellas no se da *calavera.* Un tonto, un timorato del *qué dirán,* no lo serán jamás. Sería tiempo perdido.

El *calavera* se divide en *silvestre* y *doméstico.*

El *calavera silvestre* es hombre de la plebe, sin educación ninguna y sin modales; es el capataz del barrio, tiene honores de jaque, habla andaluz; su conversación va salpicada de chistes; enciende un cigarro en otro, escupe por el colmillo; convida siempre y nadie paga donde está él; es chulo nato: dos cosas son indispensables a su existencia: la querida, que es manola, condición *sine qua non,* y la navaja, que es grande; por un quítame allá esas pajas le da honrosa sepultura en un cuerpo humano. Sus manos siempre están ocupadas; o empa-

queta el cigarro, o saca la navaja, o tercia la capa, o se cala el chapeo, o se aprieta la faja, o vibra el garrote: siempre está haciendo algo. Se le conoce a larga distancia, y es bueno dejarle pasar como al jabalí. ¡Ay del que mire a su Dulcinea! ¡Ay del que la tropiece! Si es hombre de levita, sobre todo, si es un señorito delicado, más le valiera no haber nacido. Con esa especie está a matar, y la mayor parte de sus calaveradas recaen sobre ella; se perece por asustar a uno, por desplumar a otro. El *calavera silvestre* es el gato del *lechuguino;* así es que éste le ve con terror; de quimera en quimera, de *qué se me da a mí* en *qué se me da a mí,* para en la cárcel; a veces en presidio; pero esto último es raro: se diferencia esencialmente del ladrón en su condición generosa; da y no recibe; puede ser homicida, nunca asesino. Este *calavera* es esencialmente español.

El *calavera doméstico* admite diferentes grados de civilización, y su cuna, su edad, su profesión, su dinero, le subdividen después en diversas castas. Las principales son las siguientes:

El *calavera-lampiño* tiene catorce o quince años, lo más diez y ocho. Sus padres no pudieron nunca hacer carrera con él: le metieron en el colegio para quitárselo de encima, y hubieron

de sacarle porque no dejaba allí cosa con cosa. Mientras que sus compañeros más laboriosos devoraban los libros para entenderlos, él los despedazaba para hacer bolitas de papel, las cuales arrojaba disimuladamente y con singular tino a las narices del maestro. A pesar de eso, el día del examen el talento profundo y tímido se cortaba, y nuestro audaz muchacho repetía con osadía las cuatro voces tercas que había recogido aquí y allí, y se llevaba el premio. Su carácter resuelto ejercía predominio sobre la multitud y capitaneaba, por lo regular, las pandillas y los partidos. Despreciador de los bienes mundanos, su sombrero, que le servía de blanco o de pelota, se distinguía de los demás sombreros como él de los demás jóvenes.

En Carnaval era el que ponía las mazas a todo el mundo, y aun las manos encima si tenían la torpeza de enfadarse; si era descubierto hacía pasar a otro por el culpable, o sufría en el último caso la pena con valor, y riéndose todavía del feliz éxito de su travesura. Es decir, que el *calavera,* como todo el que ha de ser algo en el mundo, comienza a descubrir des-

17 *Mazas* son trapos o papeles o cualesquiera colgajos ligeros, suspendidos de los vestidos de una persona por detrás, disimuladamente, que provocan a risa a los que los ven y no son advertidos por quien los lleva, dando lugar a la broma correspondiente. (N. del E.)

de su más tierna edad el germen que encierra. El número de sus hazañas era infinito. Un maestro había perdido unos anteojos, que se habían encontrado en su faltriquera; el rapé de otro había pasado al chocolate de sus compañeros, o a las narices de los gatos, que recorrían bufando los corredores, con gran risa de los más juiciosos; la peluca del maestro de Matemáticas había quedado un día enganchada en un sillón, al levantarse el pobre Euclides, con notable perturbación de un problema que estaba por resolver. Aquel día no se despejó más incógnita que la calva del buen señor.

Fuera ya del colegio, se trató de sujetarle en casa y se le puso bajo llave, pero a la mañana siguiente se encontraron colgadas las sábanas de la ventana; el pájaro había volado; y como sus padres se convencieron de que no había forma de contenerle, convinieron en que era preciso dejarle. De aquí fecha la libertad del *lampiño*. Es el más pesado, el más incómodo; careciendo todavía de barba y de reputación, necesita hacer dobles esfuerzos para llamar la pública atención; privado él de medios, le es forzoso afectarlos. Es risa oírle hablar de las mujeres como un hombre ya maduro; sacar el reloj, como si tuviera que hacer; contar todas sus acciones del día, como si pudieran importarle a

alguien; pero con despejo, con soltura, con aire cansado y corrido.

Por la mañana madrugó porque tenía una cita: a las diez se vino a encargar el billete para la ópera, porque hoy daría cien onzas por un billete; no puede faltar. ¡Estas mujeres le hacen a uno hacer tantos disparates! A media mañana se fué al billar; aunque hijo de familia, no come nunca en casa; entra en el café metiendo mucho ruido, su duro es el que más suena; sus bienes se reducen a algunas monedas que debe de vez en cuando a la generosidad de su mamá o de su hermana, pero las luce sobremanera. El billar es su elemento: los intervalos que le deja libres el juego suéleselos ocupar cierta clase de mujeres, únicas que pueden hacerle cara todavía, y en cuyo trato toma sus peregrinos conocimientos acerca del corazón femenino. A veces el *calavera-lampiño* se finge malo para darse importancia; y si puede estarlo de veras, mejor; entonces está de enhorabuena. Empieza asimismo a fumar, es más cigarro que hombre, jura y perjura y habla detestablemente; su boca es una sentina, si bien tal vez con chiste. Va por la calle deseando que alguien le tropiece y cuando no lo hace nadie, tropieza él a alguno; su honor entonces está comprometido, y hay de fijo un desafío; si éste

acaba mal, y si mete ruido, en aquel mismo punto empieza a tomar importancia; y entrando en otra casta, como la oruga que se torna mariposa, deja de ser *calavera-lampiño*. Sus padres, que ven, por fin, decididamente que no hay forma de hacerle abogado, le hacen meritorio; pero como no asiste a la oficina, como bosqueja en ella las caricaturas de los jefes, porque tiene el instinto del dibujo, se muda de bisiesto y se trata de hacerlo militar: en cuanto está declarado irremisiblemente mala cabeza, se le busca una charretera, y si se encuentra, ya es un hombre hecho.

Aquí empieza el *calavera-temerón,* que es el *gran calavera.* Pero nuestro artículo ha crecido debajo de la pluma más de lo que hubiéramos querido y de aquello que para un periódico convendría: ¡tan fecunda es la materia! Por tanto, nuestros lectores nos concederán algún ligero descanso, y remitirán al número siguiente su curiosidad, si alguna tienen.

(Publicado en *La Revista Española* de 2 de junio de 1835.)

LOS CALAVERAS

ARTÍCULO SEGUNDO Y CONCLUSIÓN

Quedábamos al fin de nuestro artículo anterior en el *calavera-temerón.* Este se divide en paisano y militar; si el influjo no fué bastante para lograr su charretera (porque alguna vez ocurre que las charreteras se dan por influjo), entonces es paisano; pero no existe entre uno y otro más que la diferencia del uniforme. Verdad es que es muy esencial, y más importante de lo que parece: el uniforme ya es la mitad. Es decir, que el paisano necesita hacer dobles esfuerzos para darse a conocer; es una casa pública sin muestra; es preciso saber que existe para entrar en ella. Pero por un contraste singular el *calavera-temerón,* una vez militar, afecta no llevar el uniforme, viste de paisano, salvo el bigote; sin embargo, si se examina el modo suelto que tiene de llevar el frac o la levita, se puede decir que hasta este traje es uniforme en él. Falta la plata y el oro, pero queda el des-

pejo y la marcialidad, y eso se trasluce siempre; no hay paño bastante negro ni tupido que le ahogue.

El *calavera-temerón* tiene indispensablemente, o ha tenido alguna temporada una cerbatana, en la cual adquiere singular tino. Colocado en alguna tienda de la calle de la Montera, se parapeta detrás de dos o tres amigos, que fingen discurrir seriamente.

—Aquel viejo que viene por allí: ¡mírale qué serio viene!

—Sí; al de la casaca verde, ¡va bueno!

—Dejad, dejad. ¡Pum! En el sombrero. Seguid hablando y no miréis.

Efectivamente, el sombrero del buen hombre produjo un sonido seco: el acometido se para, se quita el sombrero, lo examina.

—¡Ahora! —dice la turba.

¡Pum! Otra en la calva. El viejo da un salto y echa una mano a la calva; mira a todas partes... nada.

—¡Está bueno! —dice, por fin, poniéndose el sombrero—; algún pillastre... bien podía irse a divertir...

—¡Pobre señor! —dice entonces el *calavera*, acercándosele—; ¿le han dado a usted? Es una desvergüenza... Pero ¿le han hecho a usted mal?...

—No, señor, felizmente.

—¿Quiere usted algo?

—Tantas gracias.

Después de haber dado gracias, el hombre se va alejando, volviendo poco a poco la cabeza a ver si descubría... pero entonces el *calavera* le asesta su último tiro, que acierta a darle en medio de las narices, y el hombre derrotado aprieta el paso, sin tratar ya de averiguar de dónde procede el fuego; ya no piensa más que en alejarse. Suéltase entonces la carcajada en el corrillo, y empiezan los comentarios sobre el viejo, sobre el sombrero, sobre la calva, sobre el frac verde. Nada causa más risa que la extrañeza y el enfado del pobre; sin embargo, nada más natural.

El *calavera-temerón* escoge a veces por su centro de operaciones la parte interior de una persiana; este medio permite más abandono en la risa de los amigos, y es el más oculto; el *calavera* fino le desdeña por poco expuesto.

A veces se dispara la cerbatana en guerrilla; entonces se escoge por blanco el farolillo de un escarolero, el fanal de un confitero, las botellas de una tienda; objetos todos en que produce el barro cocido un sonido sonoro y argentino. ¡Pim! Las ansias mortales, las agonías y los vo-

tos del gallego y del fabricante de merengues, son el alimento del *calavera.*

Otras veces el *calavera* se coloca en el confín de la acera y fingiendo buscar el número de una casa, ve venir a uno, y andando con la cabeza alta, arriba, abajo, a un lado, a otro, sortea todos los movimientos del transeunte, cerrándole por todas partes el paso a su camino. Cuando quiere poner un término a la escena, finge tropezar con él y le da un pisotón; el otro entonces le dice: "perdone usted"; y el *calavera* se incorpora con su gente.

A los pocos pasos, se va con los brazos abiertos a un hombre muy formal, y ahogándole entre ellos:

—Pepe —exclama—, ¿cuándo has vuelto. ¡Sí, tú eres!

Y lo mira. El hombre, todo aturdido, duda si es un conocimiento antiguo... y tartamudea... Fingiendo entonces la mayor sorpresa:

—¡Ah! Usted perdone —dice retirándose el *calavera*—; creí que era usted un amigo mío...

—No hay de qué.

—Usted perdone. ¡Qué diantre! No he visto cosa más parecida.

Si se retira a la una o las dos de su tertulia, y pasa por una botica, llama: el mancebo, medio dormido, se asoma a la ventanilla.

—¿Quién es?

—Dígame usted —pregunta el *calavera*—, ¿tendría usted espolines?

Cualquiera puede figurarse la respuesta. Feliz el mancebo, si en vez de hacerle esa sencilla pregunta, no le ocurre al *calavera* asirle de las narices al través de la rejilla, diciéndole:

—Retírese usted; la noche está muy fresca y puede usted atrapar un constipado.

Otra noche llama a deshoras a una puerta.

—¿Quién? —pregunta de allí a un rato un hombre, que sale al balcón medio desnudo.

—Nada, —contesta; soy yo, a quien no conoce; no quería irme a mi casa sin darle a usted las buenas noches.

—¡Bribón! ¡Insolente! Si bajo...

—A ver cómo baja usted; baje usted; usted perdería más; figúrese usted dónde estaré yo cuando usted llegue a la calle. Conque, buenas noches; sosiéguese usted, y que usted descanse.

Claro está que el *calavera* necesita espectadores para todas estas escenas; los placeres sólo lo son en cuanto pueden comunicarse; por tanto, el *calavera* cría a su alrededor constantemente una pequeña corte de aprendices, o de meros curiosos, que no teniendo valor o gracia bastante para serlo ellos mismos, se contentan con el papel

de cómplices y partícipes: éstos le miran con envidia, y son las trompetas de su fama.

El *calavera-langosta* se forma del anterior, y tiene el aire más decidido, el sombrero más ladeado, la corbata más *negligé*: sus hazañas son más serias; éste es aquel que se reune en pandillas; semejante a la *langosta,* de que toma nombre, tala el campo donde cae; pero como ella no es de todos los años, tiene temporadas, y como en el día no es de lo más en boga, pasaremos muy rápidamente sobre él. Concurre a los bailes llamados de *candil,* donde entra sin que nadie le presente, y donde su sola presencia difunde el terror: arma camorra, apaga las luces, y se escurre antes de la llegada de la policía, y después de haber dado unos cuantos palos a derecha e izquierda: en las máscaras suele mover también su zipizape; en viendo una figura antipática, dice: *aquel hombre me carga;* se va para él, y le aplica un bofetón; de diez hombres que reciban bofetón, los nueve se quedan tranquilamente con él, pero si alguno quiere devolverle, hay desafío; la suerte decide entonces, porque el *calavera* es valiente; éste es el difícil de mirar; tiene un duelo hoy con uno que le miró de frente, mañana con uno que le miró de soslayo, y al día siguiente lo tendrá con otro que no le mire; éste es el que suele ir a las casas públicas con ánimo de no

pagar; éste es el que talla y apunta con furor; es jugador, griego nato, y gran billarista además. En una palabra, éste es el venenoso, el *calavera-plaga.* Los demás divierten; este mata.

Dos líneas más allá de éste está otra casta, que nosotros rehusaremos desde luego: el *calavera-tramposo,* o trapalón, el que hace deudas, el parásito, el que comete a veces picardías, el que empresta para no devolver, el que vive a costa de todo el mundo, etc., etc.; pero éstos no son verdaderamente calaveras; son indignos de este nombre; esos son los que desacreditan el oficio y por ellos pierden los demás. No los reconocemos .

Sólo tres clases hemos conocido más detestables que ésta: la primera es común en el día, y como al describirla habríamos de rozarnos con materias muy delicadas, y para nosotros respetables, no haremos más que indicarla. Queremos hablar del *calavera-cura.* Vuelvo a pedir perdón; pero ¿quién no conoce en el día algún sacerdote de esos que, queriendo pasar por hombres despreocupados, y limpiarse de la fama de carlistas, dan en el extremo opuesto; de esos que para exagerar su liberalismo y su ilustración empiezan por llorar su ministerio; a quienes se ve siempre alrededor del tapete y de las bellas en bailes y en teatros, y en todo paraje

profano, vestidos siempre y hablando mundanamente; que hacen alarde de?... Pero nuestros lectores nos comprenden. Este *calavera* es detestable, porque el cura liberal y despreocupado debe ser el más timorato de Dios y el mejor morigerado. No creer en Dios y decirse su ministro, o creer en él y faltarle descaradamente, son la hipocresía o el crimen más hediondos. Vale más ser cura carlista de buena fe.

La segunda de estas aborrecibles castas es el *viejo-calavera,* planta como la caña, hueca y árida con hojas verdes. No necesitamos describirla ni dar las razones de nuestro fallo. Recuerde el lector esos viejos que conocerá, un decrépito que persigue a las bellas, y se roza entre ellas como se arrastra un caracol entre las flores, llenándolas de baba; un viejo sin orden, sin casa, sin método... el joven, al fin, tiene delante de sí tiempo para la enmienda y disculpa en la sangre ardiente que corre por sus venas; el *viejo-calavera* es la torre antigua y cuarteada que amenaza sepultar en su ruina la planta inocente que nace a sus pies; sin embargo, éste es el único a quien cuadraría el nombre de *calavera.*

La tercera, en fin, es la *mujer-calavera.* La mujer con *poca aprensión,* y que prescinde del primer mérito de su sexo, de ese miedo a to-

do, que tanto la hermosea, cesa de ser mujer para ser hombre; es la confusión de los sexos, el único hermafrodita de la naturaleza; ¿qué deja para nosotros? La mujer, reprimiendo sus pasiones, puede ser desgraciada, pero no le es lícito ser *calavera.* Cuanto es interesante la primera, tanto es despreciable la segunda.

Después del *calavera-temerón* hablaremos del *seudo-calavera.* Este es aquel que, sin gracia, sin ingenio, sin viveza y sin valor verdadero, se esfuerza para pasar por *calavera;* es género bastardo, y pudiérasele llamar por lo pesado y lo enfadoso el *calavera-mosca. Rien n'est beau que le vrai,* ha dicho Boileau, y en esa sentencia se encierra toda la crítica de esta apócrifa casta.

Dejando, por fin, a un lado otras varias, cuyas diferencias estriban principalmente en matices y en medias tintas, pero que en realidad se refieren a las castas madres de que hemos hablado, concluiremos nuestro cuadro en un ligero bosquejo de la más delicada y exquisita, es decir, del *calavera de buen tono.*

El *calavera de buen tono* es el tipo de la civilización, el emblema del siglo XIX. Perteneciendo a la primera clase de la sociedad, o debiendo a su mérito y a su carácter la introducción en ella, ha recibido una educación esmerada; dibuja con primor y toca un instrumento: filar-

mónico nato, dirige el aplauso en la ópera, y le dirige siempre a la más graciosa o a la más sentimental: más de una mala cantatriz le es deudora de su boga; se ríe de los actores españoles y acaudilla las silbas contra el verso; sus carcajadas se oyen en el teatro a larga distancia; por el sonido se le encuentra, reside en la luneta al principio del espectáculo, donde entra tarde en el paso más crítico, y del cual se va temprano; reconoce los palcos, donde habla muy alto, y rara noche se olvida de aparecer un momento por la *tertulia* a asestar su doble anteojo a la banda opuesta. Maneja bien las armas y se bate a menudo, semejante en eso al *temerón,* pero siempre con fortuna y a primera sangre; sus duelos rematan en almuerzo, y son siempre por poca cosa. Monta a caballo y atropella con gracia a la gente de a pie; habla el francés, el inglés y el italiano; saluda en una lengua, contesta en otra, cita en las tres; sabe casi de memoria a Paul de Kock, ha leído a Walter Scott, a D'Arlincourt, a Cooper, no ignora a Voltaire, cita a Pigault-Lebrún, mienta a Ariosto, y habla con desenfado de los poetas y del teatro. Baila bien y baila siempre. Cuenta anécdotas picantes; le

7 *Luneta,* hoy butaca. (N. del E.)

12 *Tertulia,* palcos del tercer piso, inmediatamente encima de la *cazuela,* localidad reservada a las señoras. (N. del E.)

suceden cosas raras; habla de prisa, y tiene *salidas*. Todo el mundo sabe lo que es tener *salidas*. Las suyas se cuentan por todas partes; siempre son originales; en los casos en que él se ha visto, sólo él hubiera hecho, hubiera respondido aquello. Cuando ha dicho una gracia, tiene el singular tino de marcharse inmediatamente; esto prueba gran conocimiento; la última impresión es la mejor de esta suerte, y todos pueden quedar riendo y diciendo además de él: "¡Qué cabeza! ¡Es mucho fulano!"

No tiene formalidad, ni vuelve visitas, ni cumple palabras; pero de él es de quien se dice: "¡Cosas de fulano!" y el hombre que llega a tener *cosas* es libre, es independiente. Niéguesenos, pues, ahora que se necesita talento y buen juicio para ser *calavera*. Cuando otro falta a una mujer, cuando otro es insolente, él es sólo atrevido, amable; las bellas que se enfadarían con otro, se contentan con decirle a él: "¡No sea usted loco! ¡Qué calavera! ¿Cuándo ha de sentar usted la cabeza?"

Cuando se concede que un hombre está loco, ¿cómo es posible enfadarse con él? Sería preciso ser más loca todavía.

Dichoso aquel a quien llaman las mujeres *calavera*, porque el bello sexo gusta sobremanera de toda especie de fama; es preciso conocerle, fi-

jarle, probar a sentarle, es una obra de caridad. El *calavera de buen tono* es, pues, el adorno primero del siglo, el que anima un círculo, el cupido de las damas, *l'enfant gâté* de la sociedad y de las hermosas.

Es el único que ve el mundo y sus cosas en su verdadero punto de vista; desprecia el dinero, le juega, le pierde, le debe; pero siempre noblemente y en gran cantidad; trata, frecuenta, quiere a alguna bailarina o a alguna operista; pero amores volanderos. Mariposa ligera, vuela de flor en flor. Tiene algún amor sentimental, y no está nunca sin intrigas, pero intrigas de peligro y consecuencias: es el terror de los padres y de los maridos. Sabe que, semejante a la moneda, sólo toma su valor de su curso y circulación, y, por consiguiente, no se adhiere a una mujer sino el tiempo necesario para que se sepa. Una vez satisfecha la vanidad, ¿qué podría hacer de ella? El estancarse sería perecer; se creería falta de recursos o de mérito su constancia. Cuando su boga decae, la reanima con algún escándalo ligero; un escándalo es para la fama y la fortuna del *calavera* un leño seco en la lumbre: una hermosa ligeramente comprometida, un marido batido en duelo, son sus despachos y su pasaporte; todas le obsequian, le pretenden, se le disputan.

Una mujer arruinada por él, es un mérito contraído para con las demás. El hombre no *calavera,* el hombre de *talento y juicio* se enamora, y, por consiguiente, es víctima de las mujeres: por el contrario, las mujeres son las víctimas del *calavera.* Dígasenos ahora si el hombre de *talento y juicio* no es un necio a su lado.

El fin de éste es la edad misma; una posición social nueva, un empleo distinguido, una boda ventajosa, ponen término honroso a sus inocentes travesuras. Semejante entonces al sol en su ocaso, se retira majestuosamente, dejando, si se casa, su puesto a otros, que vengan en él a la sociedad ofendida, y cobran en el nuevo marido, a veces con crecidos intereses, las letras que él contra sus antecesores girara.

Sólo una observación general haremos antes de concluír nuestro artículo acerca de lo que se llama en el mundo vulgarmente *calaveradas.* Nos parece que éstas se juzgan siempre por los resultados; por consiguiente, a veces una línea imperceptible divide únicamente al *calavera* del *genio,* y la suerte caprichosa los separa o los confunde en una para siempre. Supóngase que Cristóbal Colón perece víctima del furor de su gente antes de encontrar el nuevo mundo, y que Napoleón es fusilado de vuelta de Egipto, como acaso merecía; la intentona de aquél y la in-

subordinación de éste hubieran pasado por dos *calaveradas,* y ellos no hubieran sido más que dos *calaveras.* Por el contrario, en el día están sentados en el gran libro como dos *grandes hombres, dos genios.*

Tal es el modo de juzgar de los hombres; sin embargo, eso se aprecia, eso sirve muchas veces de regla. ¿Y por qué?... Porque tal es la *opinión pública.*

(Publicado en *La Revista Española* de 5 de junio de 1835.)

MODOS DE VIVIR QUE NO DAN DE VIVIR

Oficios menudos.

Considerando detenidamente la construcción moral de un gran pueblo, se puede observar que lo que se llama *profesiones conocidas* o *carreras* no es lo que sostiene la gran muchedumbre; descártense los abogados y los médicos, cuyo oficio es vivir de los disparates y excesos de los demás; los curas, que fundan su vida temporal sobre la espiritual de los fieles; los militares, que venden la suya con la expresa condición de matar a los otros; los comerciantes, que reducen hasta los sentimientos y pasiones a valores de bolsa; los nacidos propietarios, que viven de heredar; los artistas, únicos que dan trabajo por dinero, etc., etc.; y todavía quedará una multitud inmensa que no existirá de ninguna de esas cosas, y que, sin embargo, existirá; su número en los pueblos grandes es crecido, y esta clase de gentes no pudieran sentar sus rea-

les en ninguna otra parte, necesitan el ruido y el movimiento, y viven, como el pobre del Evangelio, de las migajas que caen de la mesa del rico. Para ellos hay una rara superabundancia de pequeños oficios, los cuales, no pudiendo sufragar por sus cortas ganancias a la manutención de una familia, son más bien *pretextos de existencia* que verdaderos oficios; en una palabra, *modos de vivir que no dan de vivir;* los que los profesan son, no obstante, como las últimas ruedas de una máquina, que, sin tener a primera vista grande importancia, rotas o separadas del conjunto paralizan el movimiento.

Estos seres marchan siempre a la cola de las pequeñas necesidades de una gran población, y suelen desempeñar diferentes cargos, según el año, la estación, la hora del día. Esos mismos que en noviembre venden ruedos o zapatillas de orillo, en julio venden horchata; en verano son bañeros del Manzanares; en invierno, cafeteros ambulantes; los que venden agua en agosto, vendían en Carnaval cartas y garbanzos de pega, y en Navidades motes nuevos para damas y galanes.

Uno de estos *menudos oficios* ha recibido últimamente un golpe mortal con la sabia y filantrópica institución de San Bernardino; y es gran dolor, por cierto, pues que era la introducción a

los demás, es decir, el oficio de examen, y el más fácil: quiero hablar de la candela; una numerosa turba de muchachos, que podría en todo tiempo tranquilizar a cualquiera sobre el fin del mundo (cuyos padres es de suponer existiesen, en atención a lo difícil que es obtener hijos sin previos padres, pero no porque hubiese datos más positivos) se esparcían por las calles y paseos. Todas las primeras materias, todo el capital necesario para empezar su oficio se reducían a una mecha de trapos, de que llevaban siempre sobre sí mismos abundante provisión; a la luz de la filosofía, debían tener cierto valor; cuando el mundo es todo vanidad, cuando todos los hombres dan dinero por humo, ellos solos daban humo por dinero. Desgraciadamente, un nuevo Prometeo les ha robado el fuego para comunicárselo a sus hechuras, y este menudo oficio ha salido del gremio para entrar en el número de las profesiones conocidas, de las instituciones sentadas y reglamentadas.

Pero con respecto a los demás, dígasenos francamente si pueden subsistir con sus ganancias: aquel hombre negro y mal encarado, que con la balanza rota y la alforja vieja parece, según lo maltratado, la imagen de la Justicia, y cuya profesión es dar *higos* y *pasas* por *hierro viejo;* el otro que, siempre detrás de su acémi-

la, y tan inseparable de ella como alma y cuerpo, no vende nada, antes compra... *palomina:* capitalista verdadero, coloca sus fondos, y tiene que revender después, y ganar en su preciosa mercancía; ha de mantenerse él y su caballería, que al fin son dos, aunque parecen uno, y eso suponiendo que no tenga más familia; el que vende *alpiste* para *canarios,* el que pregona *pajuelas,* etcétera, etc.

Pero entre todos los modos de vivir, ¿qué me dice el lector de la trapera que con un cesto en el brazo y un instrumento en la mano recorre a la madrugada, y aun más comúnmente de noche, las calles de la capital? Es preciso observarla atentamente. La trapera marcha sola y silenciosa: su paso es incierto como el vuelo de la mariposa: semejante también a la abeja, vuela de flor en flor (permítaseme llamar así a los portales de Madrid, siquiera por figura retórica y en atención a que otros hacen peores figuras, que las debieran hacer mejores). Vuela de flor en flor, como decía, sacando de cada parte sólo el jugo que necesita; repáresela de noche; indudablemente ve como las aves nocturnas: registra los más recónditos rincones, y donde pone el ojo pone el gancho, parecida en esto a muchas personas de más decente categoría que ella; su gancho es parte integrante de su persona, es, en

realidad, su sexto dedo, y le sirve como la trompa al elefante; dotado de una sensibilidad y de un tacto exquisitos, palpa, desenvuelve, encuentra; y entonces, por un sentimiento simultáneo, por una relación simpática que existe entre la voluntad de la trapera y su gancho, el objeto útil, no bien es encontrado, ya está en el cesto. La trapera, por tanto, con otra educación sería un excelente periodista y un buen traductor de Scribe: su clase de talento es la misma: buscar, husmear, hacer propio lo hallado; solamente mal aplicado: he ahí la diferencia.

En una noche de luna el aspecto de la trapera es imponente: alargar el gancho, hacerlo guadaña, y al verla entrar y salir en los portales alternativamente, parece que viene a llamar a todas las puertas, precursora de la parca. Bajo este aspecto hace en las calles de Madrid los oficios mismos que la calavera en la celda del religioso: invita a la meditación, a la contemplación de la muerte, de que es viva imagen.

Bajo otros puntos de vista se puede comparar a la trapera con la muerte: en ella vienen a nivelarse todas las jerarquías: en su cesto vienen a ser iguales, como en el sepulcro, Cervantes y Avellaneda; allí, como en un cementerio, vienen a colocarse al lado los unos de los otros: los decretos de los reyes, las quejas del desdichado,

los engaños del amor, los caprichos de la moda; allí se reúnen por única vez las poesías, releídas, de Quintana, y las ilegibles de A***; allí se codean Calderón y C***; allá van juntos Moratín y B***. La trapera, como la muerte, *equo pulsat pede pauperum tabernas regumque turres.* Ambas echan tierra sobre el hombre oscuro, y nada pueden contra el ilustre. ¡De cuántos bandos ha hecho justicia la primera! ¡De cuántos banderos la segunda!

El cesto de la trapera, en fin, es la realización, única posible, de la fusión, que tales nos ha puesto. *El Boletín de Comercio* y *la Estrella, la Revista* y *la Abeja,* las metáforas de Martínez de la Rosa y las interpelaciones del Conde de las Navas, todo se funde en uno dentro del cesto de la trapera.

Así como el portador de la candela era siempre muchacho y nunca envejecía, así la trapera no es nunca joven; nace vieja; éstos son los dos oficios extremos de la vida, y como la Providencia, justa, destinó a la mortificación de todo bicho otro bicho en la naturaleza, como crió el sacre para daño de la paloma, la araña para tormento de la mosca, la mosca para el caballo, la mujer para el hombre, y el escribano para todo el mundo, así crió en sus altos juicios a la trapera para el perro. Estas dos especies se aborre-

cen, se persiguen, se ladran, se enganchan y se venden.

Ese ser, con todo, ha de vivir, y tiene grandes necesidades, si se considera la carrera ordinaria de su existencia anterior; la trapera, por lo regular (antes, por supuesto, de serlo), ha sido joven y aun bonita; muchacha, freía buñuelos, y su hermosura la perdió. Fea, hubiera recorrido una carrera obscura, pero acaso holgada; hubiera recurrido al trabajo, y éste la hubiera sostenido. Por desdicha, era bien parecida, y un chulo de la calle de Toledo se encargó en sus verdores de hacérselo creer; perdido el tino con la lisonja, abandonó la casa paterna (taberna muy bien acomodada), y pasó a naranjera. El chulo no era eterno, pero una naranjera siempre es vista; un caballerete fué de parecer de que no eran naranjas lo que debía vender, y le compró una vez por todas todo el cesto; de allí a algún tiempo, queriendo desasirse de ella, la aconsejó que se ayudase, y reformada ya de trajes y costumbres, la recomendó eficazmente a una modista; nuestra heroína tuvo diez años felices de modistilla; el pañuelo de labor en la mano, el *fichú* en la cabeza, y el galán detrás,

25 *Fichú*, pañolito ligero de tres picos, que usan o usaban generalmente las mujeres en torno al cuello. (N. del E.)

recorrió las calles y un tercio de su vida; pero cansada del trabajo, pasó a ser prima de un procurador (de la curia), que como pariente la alhajó un cuarto; poco después el procurador se cansó del parentesco, y le procuró una plaza de corista en el teatro; esta fué la época de su apogeo y de su gloria; de señorito en señorito, de marqués en marqués, no se hablaba sino de la hermosa corista. Pero la voz pasa, y la hermosura con ella, y con la hermosura los galanes ricos; entonces empezó a bajar de nuevo la escalera hasta el último piso, hasta el piso bajo; luego mudó de barrios hasta el hospital; la vejez, por fin, vino a sorprenderla entre las privaciones y las enfermedades; el hambre le puso el gancho en la mano, y el cesto fué la barquilla de su naufragio. Bien dice Quintana:

"¡Ay! ¡Infeliz de la que nace hermosa!"

Llena, por consiguiente, de recuerdos de grandeza, la trapera necesita ahogarlos en algo, y, por lo regular, los ahoga en aguardiente. Esto complica extraordinariamente sus gastos. Desgraciadamente, aunque el mundo da tanto valor a los trapos, no es a los de la trapera. Sin embargo, ¡qué de veces lleva tesoros su cesto! ¡Pero tesoros impagables!

Ved aquel amante, que cuenta diez veces al

día y otras tantas a la noche las piedras de la calle de su querida. Amelia es cruel con él; ni un favor, ni una distinción, alguna mirada de cuando en cuando... algún... nada. Pero ni una contestación de su letra a sus repetidas cartas, ni un rizo de su cabello que besar, ni un blanco cendal de batista que humedecer con sus lágrimas. El desdichado daría la vida por un harapo de su señora.

¡Ah! ¡mundo de dolor y de trastrueques! La trapera es más feliz. ¡Mírala entrar en el portal, mírala mover el polvo! El amante la maldice: durante su estancia no puede subir la escalera; por fin, sale y el imbécil entra, despreciándola al pasar. ¡Insensato! Esa que desprecia lleva en su banasta, cogidos a su misma vista, el pelo que le sobró a Amelia del peinado aquella mañana, una apuntación antigua de la ropa dada a la lavandera, toda de su letra (la cosa más tierna del mundo), y una gola de linón hecha pedazos... ¡Una gola!! Y acaso el borrador de algún billete escrito a otro amante.

Alcánzala, busca; el corazón te dirá cuáles son los efectos de tu amada. Nada. El amante sigue pidiendo a suspiros y gemidos las tiernas prendas, y la trapera sigue pobre su camino. Todo por no entenderse. ¡Cuántas veces pasa así

nuestra felicidad a nuestro lado, sin que nosotros la veamos!

Me he detenido, distinguiendo en mi descripción a la trapera entre todos los demás menudos oficios, porque realmente tiene una importancia que nadie le negará. Enlazada con el lujo y las apariencias mundanas por la parte del trapo, e íntimamente unida con las letras y la imprenta por la del papel, era difícil no destinarle algunos párrafos más.

El oficio que rivaliza en importancia con el de la trapera es, indudablemente, el del *zapatero de viejo.*

El zapatero de viejo hace su nido en los rincones de los portales; allí tiene una especie de gruta, una socavación subterránea, las más veces sin luz ni pavimento. Al rayar del alba fabrica en un abrir y cerrar de ojos su taller en un ángulo (si no es lunes): dos tablas unidas componen su recinto; una mala banqueta, una vasija de barro para la lumbre, indispensablemente rota, y otra más pequeña para el agua en que ablanda la suela, son todo su *menaje;* el cajón de las lesnas a un lado, su delantal de cuero, un calzón de pana y medias azules, son sus signos distintivos. Antes de extender la tienda de campaña, bebe un trago de aguardiente y cuelga con cuidado a la parte de afuera una tabla, y de

ella pendiente una bota inutilizada; cualquiera al verla creería que quiere decir: *Aquí se estropean botas.*

No puede establecerse en un portal sin previo permiso de los inquilinos; pero como regularmente es un infeliz, cuya existencia depende de las gentes que conoce ya en el barrio, ¿quién ha de tener el corazón tan duro para negarse a sus importunidades? La señora del cuarto principal, compadecida, lo consiente; la del segundo, en vista de esa primera protección, no quiere chocar con la señora condesa; los demás inquilinos no son siquiera consultados. Así es que empiezan por aborrecer al zapatero, y desahogan su amor propio resentido en quejas contra las aristocráticas vecinas. Pero al cabo el encono pasa, sobre todo considerando que desde que se ha establecido allí el zapatero a lo menos está el portal limpio.

Una vez admitido, se agarra a la casa como una alga a las rocas; es tan inherente a ella como un balcón o una puerta; pero se parece a la hiedra y a la mujer: abraza para destruír. Es la víbora abrigada en el pecho; es el ratón dentro del queso. Por ejemplo, canta y martillea, y parece no hacer otra cosa. ¡Error! Observa la hora a que sale el amo, qué gente viene en su ausencia, si la señora sale periódicamente, si

va sola o acompañada, si la niña balconea, si se abre casualmente alguna ventanilla o alguna puerta con tiento cuando sube tal o cual caballero; ve quién ronda la calle, y desde su puesto conoce al primer golpe de vista, por la inclinación del cuello y la distancia del *cuyo,* el piso en que está la intriga. Aunque viejo, dice chicoleos a toda criada que sale y entra, y se granjea, por tanto, su buena voluntad; la criada es al zapatero lo que el anteojo al corto de vista; por ella ve lo que no puede ver por sí, y reunido lo interior y exterior, suma y lo sabe todo. ¿Se quiere saber la causa de la tardanza de todo criado o criada que va a un recado? ¿Hay zapatero de viejo? No hay que preguntarla. ¿Tarda? Es que le está contando sus rarezas de usted, tirano de la casa, y lo que con usted sufre la señora, que es una malva la infeliz.

El zapatero sabe lo que se come en cada cuarto, y a qué hora. Ve salir al empleado en Rentas por la mañana, disfrazado con la capa vieja, que va a la plaza en persona, no porque no tenga criada, sino porque el sueldo da para estar servido, pero no para estar sisado. En fin, no se mueve una mosca en la manzana sin que el buen hombre la vea; es una red la que tiende sobre todo el vecindario, de la cual nadie escapa. Para darle más extensión, es siempre ca-

sado, y la mujer se encarga de otro menudo oficio. Como casada no puede servir, es decir, de criada, pero sirve de lo que se llama *asistenta:* es conocida por tal en el barrio; ¿se despidió una criada demasiado bruscamente y sin dar lugar al reemplazo? Se llama a la mujer del zapatero. ¿Hay un convite que necesita aumento de brazos en otra parte? ¿Hay que dar de prisa y corriendo ropa a lavar, a coser, a planchar, mil recados, en fin, extraordinarios? La mujer del zapatero, el zapatero.

Por la noche el marido y la mujer se reúnen y hacen fondo común de hablillas; ella da cuenta de lo que ha recogido su policía, y él sobre cualquier friolera le pega una paliza, y hasta el día siguiente. Esto necesita explicación: los artesanos, en general, no se embriagan más que el domingo y el lunes, algún dia entre semana, las Pascuas, los días de santificar, y por este estilo: el zapatero de viejo es el único que se embriaga todos los días; esta es la clave de la paliza diaria: el vino que en otros se sube a la cabeza, en el zapatero de viejo se sube a las espaldas de la mujer; es decir, que se trasiega.

Este hermoso matrimonio tiene numerosos hijos que enredan en el portal, o sirven de pequeños nudos a la gran red pescadora.

Si tiene usted hija, mujer, hermana o acreedo-

res, no viva usted en casa de zapatero de viejo. Usted al salir le dirá: "Observe usted quién entra y quién sale de mi casa". A la vuelta ya sabe quién debe sólo decir que ha estado, *o habrá salido un momento fuera, y como no haya sido en aquel momento...* Usted le da un par de reales por la fidelidad. Par de reales que sumados con la peseta que le ha dado el que no quiere que se diga que entró, forma la cantidad de seis reales. El zapatero es hombre de revolución, despreocupado, superior a las preocupaciones vulgares, y come tranquilamente a dos carrillos.

En otro cuarto es la niña la que produce: el galán no puede entrar en la casa, y es preciso que alguien entregue las cartas: el zapatero es hombre de bien y, por tanto, no hay inconveniente: el zapatero puede además franquear su cuarto, puede... ¡qué sé yo qué puede el zapatero!

Por otra parte, los acreedores, y los que persiguen a su mujer de usted, saben por su conducto si usted ha salido, si ha vuelto, si se niega, o si está realmente en casa. ¡Qué multitud de atenciones no tiene sobre sí el zapatero! ¡Qué tino no es necesario en sus diálogos y respuestas! ¡Qué corazón tan firme para no aficionarse sino a los que más pagan!

Sin embargo, siempre que usted llega al

puesto del zapatero, está ausente; pero de allí a poco sale de la taberna de enfrente, adonde ha ido un momento a echar un trago: semejante a la araña, tiende la tela en el portal y se retira a observar la presa al agujero.

Hay otro zapatero de viejo, ambulante, que hace su oficio de comprar desechos... pero éste regularmente es un ladrón encubierto, que se informa de esé modo de las entradas y salidas de las casas, de... en una palabra, no tiene comparación con nuestro zapatero.

Otra multitud de oficios menudos merecen aún una historia particular, que les haríamos si no temiésemos fastidiar a nuestros lectores. Ese enjambre de mozos y sirvientes que viven de las propinas, y en quienes consiste que ninguna cosa cueste realmente lo que cuesta, sino mucho más; la abaniquera de *abanicos de novia* en el verano, a cuarto la pieza; la mercadera de *torrados* de la Ronda; el de los *tirantes y navajas;* el cartelero que vive de estampar mi nombre y el de mis amigos en la esquina; los comparsas del teatro, condenados eternamente a representar, por dos reales, barbas, un pueblo numeroso entre seis o siete; el infinito *corbatines y almohadillas,* que está en todos los cafés a un mismo tiempo; siempre en aquel en que usted está, y vaya usted al que quiera; el barbe-

ro de la plazuela de la Cebada, que abre su asiento de tijera, y del aire libre hace tienda; esa multitud de *corredores de usura* que viven de llevar a empeñar y desempeñar; esos músicos del anochecer que, el calendario en una mano y los reales nombramientos en otra, se van dando días y enhorabuenas a gentes que no conocen; esa muchedumbre de maestros de lenguas a 30 reales y retratistas a 70 reales; todos los habitantes y revendedores del rastro, las prenderas, los... ¿no son todos menudos oficios? Esas *casamenteras de voluntades,* como las llama Quevedo... pero no todo es del dominio del escritor, y desgraciadamente en punto a costumbres y menudos oficios acaso son los más picantes los que es forzoso callar: los hay odiosos, los hay despreciables, los hay asquerosos, los hay que ni adivinar se quisieran; pero en España ningún *oficio* reconozco *más menudo,* y sirva esto de conclusión, ningún *modo de vivir que dé menos de vivir,* que el de escribir para el público y hacer versos para la gloria: más menudo todavía el público que el oficio, es todo lo más si para leerlo a usted le componen cien personas, y con respecto a la gloria, bueno es no contar con ella, por si ella no contase con nosotros.

(Publicado en *La Revista Española* de 29 de junio de 1835.)

LA CAZA

Los tiempos en que la caza era a un mismo tiempo la ocupación y la diversión de nuestros reyes y nuestros nobles, quedan ya bien lejos de nosotros: aquel sinnúmero de empleados destinados a ese ejercicio que llenaban el palacio han desaparecido, dejando sólo tras sí algún nombre que otro, alguna denominación, fuera en el día de su lugar. La invención de la pólvora fué, sin duda, uno de los primeros golpes, casi mortales, para la antigua manera de cazar. ¿A qué mantener y educar costosamente varios halcones, cuando una menuda bola de plomo puede hacer en menos tiempo y sin precisa enseñanza el mismo camino? Las revoluciones, que han dejado apenas a los reyes tiempo para serlo, han venido después a dar a ese ejercicio el último golpe de cachete; los sotos se han descuidado, las costumbres extranjeras se han introducido, y los teatros, los bailes, los cafés, el juego, los clubs y los periódi-

cos han sustituído enteramente a aquella azarosa distracción. En otros países no han sido bastantes todas esas causas a destruírla; en Inglaterra, por ejemplo, magníficos parques, sostenidos y cuidados con el mismo esmero que todas las cosas inglesas, ofrecen aún abundante caza a los *gentlemen*, que dedican a sus locas batidas una estación del año. En Alemania no es menor la afición, y en algunos otros puntos de Europa, como en el Tirol, se encuentran, en punto a caza, tiradores de sorprendente habilidad.

Entre nosotros, Carlos IV ha sido el último de nuestros príncipes cazadores; y los nobles, reflejo siempre en sus costumbres de los reyes, han dejado morir una diversión en la cual ya no tenían a quien remedar: en España, pues, se puede decir que hay cazadores, hay individuos; pero no hay *caza* propiamente dicha, y sólo en algún rincón de provincia da todavía esta antigua afición señales de un resto de agonizante vida.

Una de las provincias a que esto puede aplicarse con más razón es la Extremadura; destinada la mayor parte a dehesas para pasto, sumamente despoblada y cubierta de encinas, malezas y jarales, se puede decir que es casi toda ella un inmenso soto; agréguese a esto que, no

necesitando cultivo alguno ni laboreo la mayor parte de su terreno, gran parte de los hombres del país no tienen más modo de vivir que constituírse guardas de las dehesas de los señores, o darse ellos mismos a la caza, atropellando todos los respetos de la propiedad, que en ninguna otra provincia está más desconocida, y haciendo la vida de los pueblos primitivos del hombre de la naturaleza; ni agricultura todavía, ni industria, ni comercio, ni ciencias, ni artes, ni bellas letras... caza para comer y cubrirse: hay poblaciones enteras esencialmente cazadoras; la existencia y la fisonomía de estos seres son enteramente originales.

Al dejar Mérida el Conde ***, joven de una ilustración y un talento poco comunes en su edad, de un patriotismo que ha probado en varias ocasiones, y de un trato superior a todo elogio, en cuya compañía había salido de Madrid, me invitó a pasar unos días en una de sus mejores posesiones, famosa en el país por la abundancia de caza mayor y menor que encierra. No llevando en mi viaje ni prisa, ni objeto determinado, siéndome del todo indife-

15 *El Conde...* De Campo-Alange, al cual, muerto gloriosamente poco tiempo después en una acción de guerra cerca de Bilbao, al mando de Espartero, dedicó Larra uno de sus artículos más hermosos y más sentidos. (N. del E.)

rente matar el tiempo en una dehesa, en Badajoz o fuera de España, y costándome, por otra parte, algún trabajo separarme tan pronto de una persona cuya amistad había hecho para mí de un viaje árido un paseo delicioso, me decidí a admitir un convite que podía proporcionarme, además, una ocasión de estudiar la caza y los cazadores.

No tardamos en llegar al desierto que íbamos a habitar por algunos días: una dehesa inmensa, empotrada en medio de otras inmensas dehesas; el suelo alfombrado de cuantas flores y hierbas de diversos y vivísimos matices se pueden imaginar, cubierto de altísimos jarales, salpicado de robustas encinas y hormigueando por todas partes la caza; jabalíes, venados, ciervos, gamos, lobos, zorros, liebres, conejos, águilas, buitres, milanos, grullas, perdices, palomas, buhos, urracas, cucos, alondras, multitud de otras aves, aves de todas especies y colores, todo esto junto, revuelto, y casi mezclado, volando, saltando, corriendo, aullando, bramando, cantando; una figura humana alguna vez; un sol de justicia dando de día color y calor al cuadro, y una argentada luna rodeada de lucientes estrellas, dándole de noche sombras y misterio: figúrese usted todo esto, añádale usted algún rebaño de ove-

jas y cabras trepando por la colina, tal cual vaca al parecer sin dueño, alguna yegua de un pastor seguida de sus potros, alguna mula, algún otro cuadrúpedo que no nombraré; diversas castas de perros, mastines, caseros y de caza, un gallinero en la cabaña de los guardas y un arroyo de cuando en cuando poblado de ruidosas ranas, y tendrá usted la representación perfecta de la creación.

La vivienda humana, la población más inmediata, está dos leguas, Ornachos, célebre en el país por sus naranjas, que pueden realmente competir, si no en el número, en la calidad, con las mejores de Valencia, de Andalucía y de Portugal. Tanto éste como los demás pueblos del alrededor son enteramente cazadores, lo cual no puede menos de resultar en grave perjuicio de la misma caza, que diariamente se disminuye y que acabará por desaparecer del todo.

El aspecto de uno de esos hombres que viven de la caza, llamados vulgarmente *corsarios,* no es menos original que su lenguaje. Un mal sombrerillo gacho amarillento, curtido del polvo y del sol; una zamarra de piel; calzón de paño burdo; polaina o botín de cuero; sajones de cuero pendientes de la cintura; por calzado, un pedazo de piel sin curtir, sujeto a la pierna

con cordeles; una canana alrededor del cuerpo; un morral de piel; perdigonera y polvorín de cuerno y una escopeta sencilla, vieja, antiquísima, de cañón largo, de chispa, llena toda de remiendos y composturas; escopeta, sin embargo, que ninguno de ellos cambiaría por otra de dos cañones y pistón del mismo *Delpire*, y escopeta que jamás les falta. Barba crecida, las pestañas y las cejas comidas de la intemperie, las manos y la cara como las de las fieras que persiguen, curtidas, sin pasiones, sin sentimientos, sin expresión; seres de los montes, sus facciones parecen rayas indeterminadas, semejantes a las de la corteza de los árboles. No pregunte usted a este hombre si hay rey o reina en Madrid, si es carlista o liberal; sino, si hay caza en el monte. Después de su frugal almuerzo, el corsario se lanza fuera de su choza, alguna vez con reclamo, más comúnmente con perro, tan fiero y tan campesino como él, y, nuevo Robinsón del monte, le recorre, le devasta, le saquea, y corre a vender al pueblo inmediato por siete u ocho cuartos el fruto del sudor del día, que él nunca come, sea por hastío, sea por remordimiento. ¿Por remordimiento? Precisamente: no puedo hallar otro origen a la diferencia que el hombre establece entre matar hombres y animales que su infi-

nito amor propio; sin embargo, hay animales que valen más que hombres, y hombres que deberían darse la enhorabuena si no fueran más que animales.

Pero llega el domingo, día anhelado por los empleados de la ciudad inmediata. ¿Es una pascua? Mejor: la batida durará tres días. El sábado por la tarde se ensillan los caballos, se hacen provisiones, y en marcha. Se convocan los mejores escopetas y corsarios, aquéllos para darles *ojeos* en competente número y cubrir todos los *puestos,* y éstos para dirigirlos y reconocer las *manchas* o espesuras donde se alberga la caza. Aquella noche se pasa al hogar alrededor de una encina, oyendo al corsario más experimentado: él explica la caza de la perdiz como la más divertida y honorífica; la de los conejos al *aguardo* es pesada, y no se puede hacer sino a la madrugada y a la caída de la tarde: en tiempo de su cría, la mejor es la *chilla;* la *mancha* de la *tristeza,* que cae al oriente, es la mejor para liebres; en otro *manchón* hay venado o *cochino;* pero ése no se puede cazar sin gran *recoba,* y todavía no se han traído todos los perros; él arregla los ojeos para el día siguiente, y asainetea, en fin, su conversación con el relato útil de mil anécdotas de caza, con la variedad de los lances de su vida.

[A] la mañana, con la aurora, todo el mundo está alerta: los corsarios y escopetas de pie y en rueda, hunden en un enorme caldero, después de haberse santiguado, su cuchara de cuerno sin mango, sacan con ella una cucharada de migas, la cual hacen pasar a la mano y de ésta a la boca; repetida esta operación hasta apurar el caldero, todo el mundo se dirige al sitio donde se va a dar la batalla: momento de confusión; nadie pide parecer, cada cual da el suyo. Uno pide pólvora, otro perdigones, otro postas por si sale alguna res. En fin, se carga; los ojeadores, precedidos de un corsario, van a tomar la vuelta de la *mancha* o espesura designada, y a rodearla, en tanto que los escopetas y cazadores, capitaneados por otro corsario inteligente, van a ocupar con el mayor silencio los puestos a la parte contraria. Allí, estatuas de sí mismos y árboles entre otros árboles, esperan traidoramente a las víctimas, que, ahuyentadas y encaminadas a ellos por los palos y las voces de los ojeadores, vienen a ofrecerse al tiro, no teniendo otra salida que los puestos. Apurada una mancha se pasa a otra, y así sucesivamente. A media mañana se comen unas naranjas y se echa un trago; a las tres o las cuatro se recoge la gente a la casa y se devora con apetito parte de la mortandad de la maña-

na. Con el bocado en la boca, y con todo el calor del sol, se vuelve a la caza, se cena, se sueña con la caza, hombres y perros, y al día siguiente se repite la misma función.

Los escopetas y cazadores ejercitados matan; pero los aficionados principiantes o se sobrecogen a la salida del *bicho* y pierden el momento favorable, o se mueven y hacen torcer de su camino los animales maliciosos, o tiran, por fin, demasiado pronto, sin calcular el tiempo y la distancia, el vuelo recto de la perdiz, o torcido de la paloma; en una palabra, no logran hacer dar a una liebre la vuelta de *campana*.

Concluída la batida, se suman las piezas, se reúnen las tropas, se cruzan apuestas sobre el número de vencejos que matarán en el pueblo el día siguiente: hay quien se atreve a matar con bala, de doce, nueve; se suceden las burlas y los denuestos entre los peritos, y los pobres aficionados se muerden los labios de despecho, y se vuelven a la ciudad con una insolación o un tabardillo, la piel tostada, y con la perspectiva ante los ojos de los sarcasmos y de las chanzas de las damas, que los esperan con impaciencia para vengarse de la soledad en que las ha dejado una diversión que, por lo general, aborrecen como una rival que les roba sus víctimas y adoradores.

El cazador generalmente es infatigable; a la larga le sucede siempre alguna avería, o pierde un ojo o un dedo, o se rompe un brazo, y diariamente, por lo regular, se hiere y se estropea bregando entre la maleza. El sol y el aire, el agua y el frío, le combaten; los peligros le cercan; pero todo ello es nada a sus ojos. Haya que matar, y vamos viviendo. En eso se parece al militar y al médico. Hay cierta felicidad en su vida, envidiable aun para aquellos que no comprenden todas sus delicias. Desnudo de ambición y de otras pasiones mundanas, nada le impide satisfacer la suya, porque la afición a la caza es como el amor, que donde está ha de dominar. Es como ciertas enfermedades que se apoderan hasta de los huesos del enfermo; el cazador es todo caza. Una puerta cerrada de golpe es un tiro para él; en medio de su frenesí, su podenco mismo entre las matas es un zorro; un compañero que bulle entre la jara es un ciervo, y el burro del ganadero, que corre espantado de los tiros entre las encinas, recibe más de una vez una posta que se le dispara, haciéndole los honores de jabalí. La escopeta es el amigo del cazador, amigo hasta en faltarle alguna vez; su perro es su querida, su compañera, su mujer. En cuanto a las ventajas, apelamos a todo cazador viu-

do. La verdad: ¿cuál cuesta menos? ¿cuál vale más?

Se entiende que estas circunstancias sólo corresponden al verdadero cazador, al cazador de batida; de ninguna manera al cazador de Madrid, que, equipado de los pies a la cabeza de instrumentos de caza, seguido de dos podencos y dos galgos, sale al amanecer del domingo por la puerta de Atocha, con su hermosa escopeta debajo del brazo y su gorra de visera reluciente, asusta a los gorriones de la pradera del Canal, y se vuelve molido y sudado al anochecer, después de haber tenido qué comprar algún conejo y una caña de alondras para

> "a casa
> volver, como suele, el conde
> de Toledo, vencedor."

Este simulacro de cazador le ha descrito ya mejor que pudiera yo hacerlo mi antecesor *el Curioso Parlante,* y le dejaré, por tanto, descansar sobre sus comprados laureles.

Después de haber sufrido a la intemperie ratos que hubieran sido muy pesados a no haberlos aligerado la compañía del Conde, y de habernos ocupado seriamente unos cuantos días en matar

19. *Antecesor* porque había dejado al autor su puesto de redactor o colaborador *costumbrista* de la *Revista Española* al partir para un viaje al Extranjero. (N. del E.)

aquellos animales, que ni nos hacían daño, ni nos estorbaban, ni podían oponernos resistencia (si bien a mí me podía tocar muy poca parte de culpabilidad y de remordimiento), me despedí de mi amigo, proponiéndome no volver a probar mis fuerzas en un ejercicio para el cual sin duda no debo de haber nacido, y que reclamará, como todas las habilidades del mundo, su poco de vocación, que yo no tengo, y su mucho de perseverancia, de que yo no me siento capaz.

(Publicado en *La Revista Española* de 6 de julio de 1835.)

LA NOCHEBUENA DE 1836

YO Y MI CRIADO

DELIRIO FILOSÓFICO

El número 24 me es fatal; si tuviera que probarlo diría que en día 24 nací. Doce veces al año amanece, sin embargo, día 24. Soy supersticioso porque el corazón del hombre necesita creer algo, y cree mentiras cuando no encuentra verdades que creer; sin duda por esa razón creen los amantes, los casados y los pueblos a sus ídolos, a sus consortes y a sus gobiernos; y una de mis supersticiones consiste en creer que no puede haber para mí un día 24 bueno. El día 23 es siempre en mi calendario víspera de desgracia, y a imitación de aquel jefe de policía ruso que mandaba tener prontas las bombas las vísperas de incendios, así

2 *Yo y mi criado.* Por esta vez sacrifico la urbanidad a la verdad. Francamente, creo que valgo más que mi criado; si así no fuese, le serviría yo a él. En esto voy al revés del divino orador que dice: "Cuadra y yo."

yo desde el 23 me prevengo para el siguiente día de sufrimiento y resignación, y en dando las doce, ni tomo vaso en mi mano por no romperle, ni apunto carta por no perderla, ni enamoro a mujer porque no me diga que sí, pues en punto a amores tengo otra superstición: imagino que la mayor desgracia que a un hombre le puede suceder es que una mujer le diga que le quiere. Si no la cree es un tormento, y si la cree... ¡Bienaventurado aquel a quien la mujer dice *no quiero*, porque ése, a lo menos, oye la verdad!

El último día 23 del año 1836 acababa de expirar en la muestra de mi péndola, y consecuente en mis principios supersticiosos, ya estaba yo agachado esperando el aguacero y sin poder conciliar el sueño. Así pasé las horas de la noche, más largas para el triste desvelado que una guerra civil; hasta que por fin la mañana vino con paso de intervención, es decir, lentísimamente, a teñir de púrpura y rosa las cortinas de mi estancia.

El día anterior había sido hermoso, y no sé por qué me daba el corazón que el día 24 había de ser *día de agua*. Fué peor todavía;

20 *Intervención*. Alude a la que se esperaba de ciertas potencias extranjeras, y especialmente de Francia, para dar fin a la guerra civil. (N. del E.)

amaneció nevando. Miré el termómetro, y marcaba muchos grados bajo cero; como el crédito del Estado.

Resuelto a no moverme porque tuviera que hacerlo todo la suerte este mes, incliné la frente, cargada como el cielo, de nubes frías, apoyé los codos en mi mesa, y paré tal, que cualquiera me hubiera reconocido por escritor público en tiempo de libertad de imprenta, o me hubiera tenido por miliciano nacional citado para un ejercicio. Ora vagaba mi vista sobre la multitud de artículos y folletos que yacen empezados y no acabados ha más de seis meses sobre mi mesa, y de que sólo existen los títulos, como esos nichos preparados en los cementerios que no aguardan más que el cadáver; comparación exacta, porque en cada artículo entierro una esperanza o una ilusión. Ora volvía los ojos a los cristales de mi balcón; veíalos empañados y como llorosos por dentro: los vapores condensados se deslizaban a manera de lágrimas a lo largo del diáfano cristal; así se empaña la vida, pensaba; así el frío exterior del mundo condensa las penas en el interior del hombre, así caen gota a gota las lágrimas sobre el corazón. Los que ven de fuera los cristales, los ven tersos y brillantes;

los que ven sólo los rostros, los ven alegres y serenos...

Haré merced a mis lectores de las más de mis meditaciones; no hay periódicos bastantes en Madrid, acaso no hay lectores bastantes tampoco. ¡Dichoso el que tiene oficina! ¡Dichoso el empleado, aun sin sueldo o sin cobrarlo, que es lo mismo! Al menos no está obligado a pensar; puede fumar; puede leer la *Gaceta*.

—¡Las cuatro! ¡La comida! —me dijo una voz de criado, una voz de entonación servil y sumisa; en el hombre que sirve, hasta la voz parece pedir permiso para sonar.

Esta palabra me sacó de mi estupor, e involuntariamente iba a exclamar como don Quijote: "Come, Sancho, hijo, come, tú que no eres caballero andante y que naciste para comer"; porque al fin los filósofos, es decir, los desgraciados, podemos no comer, ¡pero los criados de los filósofos!... Una idea más luminosa me ocurrió; era día de Navidad. Me acordé de que en sus famosas saturnales los romanos trocaban los papeles y los esclavos podían decir la verdad a sus amos. Costumbre humilde, digna del cristianismo. Miré a mi criado y dije para mí: "Esta noche me dirás la verdad". Saqué de mi gaveta unas mone-

das: tenían el busto de los monarcas de España. Cualquiera diría que son retratos; sin embargo, eran artículos de periódico. Las miré con orgullo.

—Come y bebe de mis artículos —añadí con desprecio—; sólo en esa forma, sólo por medio de esa estratagema se pueden meter los artículos en el cuerpo de ciertas gentes.

Una risa estúpida se dibujó en la fisonomía de aquel ser que los naturalistas han tenido la bondad de llamar racional sólo porque lo han visto hombre. Mi criado se rió. Era aquella risa el demonio de la gula que reconocía su campo.

Tercié la capa, calé el sombrero, y en la calle.

¿Qué es un aniversario? Acaso un error de fecha. Si no se hubiera compartido el año en trescientos sesenta y cinco días, ¿qué sería de nuestro aniversario? Pero al pueblo le han dicho: "Hoy es un aniversario": y el pueblo ha respondido: "Pues si es un aniversario, comamos, y comamos doble". ¿Por qué come hoy más que ayer? O ayer pasó hambre u hoy pasará indigestión. Miserable humanidad, destinada siempre a quedarse más acá o ir más allá.

Hace mil ochocientos treinta y seis años nació el Redentor del mundo; nació el que no re-

conoce principio, y el que no reconoce fin; nació para morir. ¡Sublime misterio!

"¿Hay misterio que celebrar?, pues comamos" —dice el hombre—; no dice: "reflexionemos". El vientre es el encargado de cumplir con las grandes solemnidades. El hombre tiene que recurrir a la materia para pagar las deudas del espíritu. ¡Argumento terrible en favor del alma!

Para ir desde mi casa al teatro es preciso pasar por la plaza tan indispensablemente como es preciso pasar por el dolor para ir desde la cuna al sepulcro. Montones de comestibles acumulados, risa y algazara, compra y venta, sobras por todas partes, y alegría. No pudo menos de ocurrirme la idea de Bilbao. Figuróseme ver de pronto que se alzaba por entre las montañas de víveres una frente altísima y extenuada: una mano seca y roída llevaba a una boca cárdena, y negra de morder cartuchos, un manojo de laurel sangriento. Y aquella boca no hablaba. Pero el rostro entero se dirigía a los bulliciosos liberales de Madrid, que traficaban. Era horrible el contraste de la fisonomía escuálida y de los rostros alegres. Era la reconvención y la culpa: aquélla, agria y severa; ésta, indiferente y descarada.

Todos aquellos víveres han sido aquí traí-

dos de distintas provincias para la colación cristiana de una capital. En una cena de ayuno se come una ciudad a las demás.

¡Las cinco! Hora del teatro. El telón se levanta a la vista de un pueblo palpitante y bullicioso. Dos comedias de circunstancias, o yo estoy loco. Una representación en que los hombres son mujeres y las mujeres hombres. He aquí nuestra época y nuestras costumbres. Los hombres ya no saben sino hablar como las mujeres, en congresos y en corrillos. Y las mujeres son hombres, ellas son las únicas que conquistan. Segunda comedia: un novio que no ve el logro de su esperanza; ese novio es el pueblo español: no se casa con un solo gobierno, con quien no tenga que reñir al día siguiente. Es el matrimonio repetido al infinito.

Pero las orgías llaman a los ciudadanos. Ciérranse las puertas, ábrense las cocinas. Dos horas, tres horas, y yo rondo de calle en calle a merced de mi pensamiento. La luz que ilumina los banquetes viene a herir mis ojos por las rendijas de los balcones; el ruido de los panderos y de la bacanal que estremece los pisos y las vidrieras se abre paso hasta mis sentidos, y entra en ellos como cuña a mano, rompiendo y desbaratando.

Las doce van a dar: las campanas que ha de-

jado la junta de enajenación en el aire, y que en estar todavía en el aire se parecen a todas nuestras cosas, citan a los cristianos al oficio divino. ¿Qué es esto? ¿Va a expirar el 24, y no me ha ocurrido en él más contratiempo que mi mal humor de todos los días? Pero mi criado me espera en mi casa como espera la cuba al catador, llena de vino; mis artículos, hechos moneda, mi moneda hecha mosto se ha apoderado del imbécil como imaginé, y el asturiano ya no es hombre; es todo verdad.

Mi criado tiene de mesa lo cuadrado y el estar en talla al alcance de la mano. Por tanto, es un mueble cómodo; su color es el que indica la ausencia completa de aquello con que se piensa, es decir, que es bueno; las manos se confundirían con los pies, si no fuera por los zapatos, y porque anda casualmente sobre los últimos; a imitación de la mayor parte de los hombres, tiene orejas que están a uno y otro lado de la cabeza como los floreros en una *consola,* de adorno, o como los balcones figurados, por donde no entra ni sale nada; también tiene dos ojos en la cara; él cree ver con ellos, ¡qué chasco se lleva! A pesar de esta pintura, todavía sería difícil reconocerle entre la multitud, porque al fin no es sino un ejemplar de la grande edición hecha por la Providencia de la humanidad, y que

yo comparo de buena gana con las que suelen hacer los autores: algunos ejemplares de regalo finos y bien empastados; el surtido todo igual, ordinario y a la rústica.

Mi criado pertenece al surtido. Pero la Providencia, que se vale para humillar a los soberbios de los instrumentos más humildes, me reservaba en él mi mal rato del día 24. La verdad me esperaba en él, y era preciso oírla de sus labios impuros. La verdad es como el agua filtrada, que no llega a los labios sino al través del cieno. Me abrió mi criado, y no tardé en reconocer su estado.

—Aparta, imbécil —exclamé, empujando suavemente aquel cuerpo sin alma que en uno de sus columpios se venía sobre mí. —¡Oiga! Está ebrio. ¡Pobre muchacho! ¡Da lástima!

Me entré de rondón a mi estancia; pero el cuerpo me siguió con un rumor sordo e interrumpido; una vez dentro los dos, su aliento desigual y sus movimientos violentos apagaron la luz; una bocanada de aire colada por la puerta al abrirme, cerró la de mi habitación, y quedamos dentro casi a obscuras yo y mi criado, es decir, la verdad y Fígaro, aquélla en figura de hombre beodo arrimado a los pies de mi cama para no vacilar, y yo a su cabecera, buscando inútilmente un fósforo que nos iluminase.

Dos ojos brillaban como dos llamas fatídicas enfrente de mí: no sé por qué misterio mi criado encontró entonces, y de repente, voz y palabras, y habló y raciocinó: misterios más raros se han visto acreditados: los fabulistas hacen hablar a los animales, ¿por qué no he de hacer yo hablar a mi criado? Oradores conozco yo de quienes hace algún tiempo no hubiera hecho yo una pintura más favorable que de mi astur, y que han roto, sin embargo, a hablar, y los oye el mundo y los escucha, y nadie se admira.

En fin, yo cuento un hecho: tal me ha pasado: yo no escribo para los que dudan de mi veracidad; el que no quiera creerme puede doblar la hoja; eso se ahorrará tal vez de fastidio; pero una voz salió de mi criado, y entre ella y la mía se estableció el siguiente diálogo:

—Lástima —dijo la voz, repitiendo mi piadosa exclamación—. ¿Y por qué me has de tener lástima, escritor? Yo a ti, ya lo entiendo.

—¿Tú a mí? —pregunté sobrecogido ya por un terror supersticioso: y es que la voz empezaba a decir verdad.

—Escucha: tú vienes triste como de costumbre: yo estoy más alegre que suelo. ¿Por qué ese color pálido, ese rostro deshecho, esas hondas y verdes ojeras que ilumino con mi luz al abrirte todas las noches? ¿Por qué esa distrac-

ción constante y esas palabras vagas e interrumpidas de que sorprendo todos los días fragmentos errantes sobre tus labios? ¿Por qué te vuelves y te revuelves en tu mullido lecho como un criminal, acostado con su remordimiento, en tanto que yo ronco sobre mi tosca tarima? ¿Quién debe tener lástima a quién? No pareces criminal; la justicia no te prende al menos; verdad es que la justicia no prende sino a los pequeños criminales, a los que roban con ganzúas o a los que matan con puñal; pero a los que arrebatan el sosiego de una familia seduciendo a la mujer casada o a la hija honesta, a los que roban con los naipes en la mano, a los que matan una existencia con una palabra dicha al oído, con una carta cerrada, a ésos ni los llama la sociedad criminales, ni la justicia los prende, porque la víctima no arroja sangre, ni manifiesta herida, sino agoniza lentamente, consumida por el veneno de la pasión, que su verdugo le ha propinado. ¡Qué de tísicos han muerto asesinados por una infiel, por un ingrato, por un calumniador! Los entierran; dicen que la cura no ha alcanzado y que los médicos no la entendieron. Pero la puñalada hipócrita alcanzó e hirió el corazón. Tú acaso eres de esos criminales y hay un acusador dentro de ti, y ese frac elegante, y esa media de seda, y ese chaleco de

tisú de oro que yo te he visto, son tus armas maldecidas.

—Silencio, hombre borracho.

—No, has de oír al vino una vez que habla. Acaso ese oro que a fuer de elegante has ganado en tu sarao y que vuelcas con indiferencia sobre tu tocador, es el precio del honor de una familia. Acaso ese billete que desdoblas es un anónimo embustero que va a separar de ti para siempre la mujer que adorabas; acaso es una prueba de la ingratitud de ella o de su perfidia. Más de uno te he visto morder y despedazar con tus uñas y tus dientes en los momentos en que el buen tono cede el paso a la pasión y a la sociedad.

Tú buscas la felicidad en el corazón humano, y para eso le destrozas, hozando en él, como quien remueve la tierra en busca de un tesoro. Yo nada busco, y el desengaño no me espera a la vuelta de la esperanza. Tú eres literato y escritor: y ¡qué tormentos no te hace pasar tu amor propio, ajado diariamente por la indiferencia de unos, por la envidia de otros, por el rencor de muchos! Preciado de gracioso, harías reír a costa de un amigo, si amigos hubiera, y no quieres tener remordimiento. Hombre de partido, haces la guerra a otro partido; o cada vencimiento es una humillación, o compras la

victoria demasiado cara para gozar de ella. Ofendes y no quieres tener enemigos. ¿A mí quién me calumnia? ¿Quién me conoce? Tú me pagas un salario bastante a cubrir mis necesidades; a tí te paga el mundo como paga a los demás que le sirven. Te llamas liberal y despreocupado, y el día que te apoderes del látigo azotarás como te han azotado. Los hombres de mundo os llamáis hombres de honor y de carácter, y a cada suceso nuevo cambiáis de opinión, apostatáis de vuestros principios. Despedazado siempre por la sed de gloria, inconsecuencia rara, despreciarás acaso a aquellos para quienes escribes y reclamas con el incensario en la mano su adulación: adulas a tus lectores para ser de ellos adulado, y eres también despedazado por el temor, y no sabes si mañana irás a coger tus laureles a las Baleares o a un calabozo.

—¡Basta, basta!

—Concluyo; yo, en fin, no tengo necesidades: tú, a pesar de tus riquezas, acaso tendrás que someterte mañana a un usurero para un capricho innecesario, porque vosotros tragáis oro, o para un banquete de vanidad en que cada bocado es un tósigo. Tú lees día y noche buscando la verdad en los libros hoja por hoja, y sufres de no encontrarla ni escrita. Ente ridículo, bai-

las sin alegría; tu movimiento turbulento es el movimiento de la llama, que, sin gozar ella, quema. Cuando yo necesito de mujeres, echo mano de mi salario, y las encuentro, fieles por más de un cuarto de hora; tú echas mano de tu corazón, y vas y lo arrojas a los pies de la primera que pasa, y no quieres que lo pise y lo lastime, y le entregas ese depósito sin conocerla. Confías tu tesoro a cualquiera por su linda cara, y crees porque quieres; y si mañana tu tesoro desaparece, llamas ladrón al depositario, debiendo llamarte imprudente y necio a ti mismo.

—Por piedad, déjame, voz del infierno.

—Concluyo: inventas palabras y haces de ellas sentimientos, ciencias, artes, objetos de existencia. ¡Política, gloria, saber, poder, riqueza, amistad, amor! Y cuando descubres que son palabras, blasfemas y maldices. En tanto, el pobre asturiano come, bebe y duerme, y nadie le engaña, y, si no es feliz, no es desgraciado; no es, al menos, hombre de mundo, ni ambicioso, ni elegante, ni literato, ni enamorado. Ten lástima ahora al pobre asturiano. Tú me mandas, pero no te mandas a ti mismo. Tenme lástima, literato. Yo estoy ebrio de vino, es verdad; pero tú lo estás de deseos y de impotencia...!

Un ronco sonido terminó el diálogo; el cuer-

po, cansado del esfuerzo, había caído al suelo; el órgano de la Providencia había callado, y el asturiano roncaba.

—¡Ahora te conozco —exclamé—, día 24!

Una lágrima preñada de horror y de desesperación surcaba mi mejilla, ajada ya por el dolor. A la mañana, amo y criado yacían, aquél en el lecho, éste en el suelo. El primero tenía todavía abiertos los ojos y los clavaba con delirio y con delicia en una caja amarilla, donde se leía *mañana*. ¿Llegará ese *mañana* fatídico? ¿Qué encerraba la caja? En tanto, la *noche buena* era pasada, y el mundo todo, a mis barbas, cuando hablaba de ella, la seguía llamando *noche buena*.

(Publicado en *El Redactor General* de 26 de diciembre de 1836.)

INDICE

PÁGS.

Dos palabras al que leyere..... VII
Diálogo: El Duende y el Librero..... 1
Correspondencia del Duende..... 21
Corridas de Toros..... 27
¿Quién es el público y dónde se encuentra?..... 38
Empeños y desempeños..... 53
El casarse pronto y mal..... 69
El castellano viejo..... 85
Vuelva usted mañana..... 105
El mundo todo es máscaras..... 123
En este país..... 145
La fonda nueva..... 158
Las casas nuevas..... 168
Varios caracteres..... 180
Jardines públicos..... 187
¿Entre qué gentes estamos?..... 196
La vida de Madrid..... 209
La sociedad..... 217
Una primera representación..... 230
La diligencia..... 247
Los calaveras (artículo primero)..... 260
Los calaveras (artículo segundo y conclusión)..... 270
Modos de vivir que no dan de vivir..... 284
La caza..... 300
La Nochebuena de 1836..... 312

ESTE LIBRO SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN LA TIPOGRAFÍA DE "LA LECTURA"
EL DÍA XVII DE ENERO
DEL AÑO MCMXXIII

EDICIONES DE LA LECTURA

PASEO DE RECOLETOS, 25. MADRID

CLASICOS CASTELLANOS

OBRAS PUBLICADAS

SANTA TERESA.—Las Moradas: Prólogo y notas por don Tomás Navarro. (Vol. 1.° de la Bibl.) (3.ª edición.)

TIRSO DE MOLINA.—Teatro (*El Vergonzoso en Palacio* y *El Burlador de Sevilla.*) Prólogo y notas por don Américo Castro. (Vol. 2.° de la Bibl.) (2.ª edición.)

GARCILASO.—Obras. Prólogo y notas por don Tomás Navarro. (Vol. 3.° de la Bibl.)

CERVANTES.—Don Quijote de la Mancha. Prólogo y notas por don Francisco Rodríguez Marín, de la Real Academia Española. (Vols. 4.°, 6.°, 8.°, 10, 13, 16, 19 y 22 de la Bibl.)

QUEVEDO.—Vida del Buscón. Prólogo y notas por don Américo Castro. (Vol. 5.° de la Bibl.)

TORRES VILLARROEL.—Vida. Prólogo y notas por don Federico de Onís. (Vol. 7.° de la Bibl.)

DUQUE DE RIVAS.—Romances. Prólogo y notas por don Cipriano Rivas Cherif. (Vols. 9.° y 12 de la Bibl.)

B.° JUAN DE AVILA.—Epistolario espiritual. Prólogo y notas por don Vicente G. de Diego. (Vol. 11 de la Bibl.)

ARCIPRESTE DE HITA.—Libro de Buen Amor. Prólogo y notas por don Julio Cejador. (Vols. 14 y 17 de la Bibl.)

GUILLEN DE CASTRO.—Las mocedades del Cid. Prólogo y notas por don Víctor Said Armesto. (Vol. 15 de la Bibl.)

MARQUES DE SANTILLANA.—Canciones y decires. Prólogo y notas por don Vicente G. de Diego. (Vol. 18 de la Bibl.)

FERNANDO DE ROJAS.—La Celestina. Prólogo y notas por don Julio Cejador. (Vols. 20 y 23 de la Bibl.)

VILLEGAS.—Eróticas o amatorias. Prólogo y notas por don Narciso Alonso Cortés. (Vol. 21 de la Bibl.)

POEMA DE MIO CID. Prólogo y notas por don Ramón Menéndez Pidal, de la Real Academia Española. (Vol. 24 de la Bibl.)

LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES. Prólogo y notas por don Julio Cejador. (Vol. 25 de la Bibl.)

FERNANDO DE HERRERA.—Poesías. Prólogo y notas por don Vicente García de Diego. (Vol. 26 de la Bibl.)

CERVANTES.—Novelas ejemplares. (*La Gitanilla, Rinconete y Cortadillo, La Ilustre Fregona, El Licenciado Vidriera, El Celoso extremeño* y *El Casamiento engañoso.*) Prólogo y notas por don Francisco Rodríguez Marín, de la Real Academia Española. (Vols. 27 y 36 de la Bibl.)

FRAY LUIS DE LEON.—De los nombres de Cristo. Prólogo y notas por don Federico de Onís. (Vols. 28, 33 y 41 de la Bibl.)

FRAY ANTONIO DE GUEVARA.—Menosprecio de corte y

ALABANZA DE ALDEA. Prólogo y notas por don M. Martínez de Burgos. (Vol. 29 de la Bibl.)

NIEREMBERG.—EPISTOLARIO. Prólogo y notas por don Narciso Alonso Cortés. (Vol. 30 de la Bibl.)

QUEVEDO.—Los SUEÑOS. Prólogo y notas por don Julio Cejador. (Vols. 31 y 34 de la Bibl.)

MORETO.—TEATRO. (*El lindo don Diego* y *El desdén con el desdén.*) Prólogo y notas por don Narciso Alonso Cortés. (Volumen 32 de la Bibl.) (2.ª edición.)

ROJAS.—TEATRO. (*Entre bobos anda el juego* y *Del Rey abajo ninguno.*) Prólogo y notas por don Federico Ruiz Morcuende. (Vol. 35 de la Bibl.)

RUIZ DE ALARCON.—TEATRO. (*La verdad sospechosa* y *Las paredes oyen*). Prólogo y notas por don Alfonso Reyes. (Volumen 37 de la Bibl.)

LUIS VELEZ DE GUEVARA.—EL DIABLO COJUELO. Prólogo y notas por don Francisco Rodríguez Marín, de la Real Academia Española. (Vol. 38 de la Bibl.)

LOPE DE VEGA.—TEATRO. (*El remedio en la desdicha* y *El mejor alcalde el Rey.*) Prólogo y notas por don J. Gómez Ocerín y don R. M. Tenreiro. (Vol. 39 de la Bibl.)

CAMPOAMOR.—POESÍAS. Prólogo y notas por don Cipriano Rivas Cheriff. (Vol. 40 de la Bibl.)

CASTILLO SOLORZANO.—LA GARDUÑA DE SEVILLA y ANZUELO DE LAS BOLSAS. Prólogo y notas por don Federico Ruiz Morcuende. (Vol. 42 de la Bibl.)

ESPINEL.—VIDA DE MARCOS DE OBREGÓN. Prólogo y notas por don Samuel Gili Gaya. Tomo I. (Vol. 43 de la Bibl.)

BERCEO.—MILAGROS DE NUESTRA SEÑORA. Prólogo y notas por don A. G. Solalinde. (Vol. 44 de la Bibl.)

PRECIOS: EN RÚSTICA, 5 pesetas; ENCUADERNADO EN TELA, 7; IDEM EN PIEL, 9.

CIENCIA Y EDUCACION

PUBLICADOS

P. NATORP. Pedagogía social. Traducción del alemán por ANGEL SÁNCHEZ RIVERO. Precio: 7 pesetas rústica.

REIN. Resumen de Pedagogía. Traducción del alemán por DOMINGO BARNÉS. Precio: 3 pesetas rústica.

DAVIDSON. La educación griega. Traducción del inglés por JUAN UÑA. Precio: 4 pesetas rústica.

H. WEIMER. Historia de la Pedagogía. Traducción del alemán por GLORIA GINER DE RÍOS. Precio: 3,50 pesetas rústica.

P. NATORP. Curso de Pedagogía general. Traducción del alemán por MARÍA DE MAEZTU. Precio: 2,50 pesetas rústica.

R. ALTAMIRA. Filosofía de la Historia y Teoría de la civilización. Precio: 2,50 pesetas rústica (2.ª edición).

ABEL REY. Lógica. Traducción por JULIÁN BESTEIRO. Precio: 10 pesetas rústica. (3.ª edición.)

ADOLFO POSADA, FELIPE CLEMENTE DE DIEGO y otros. Derecho usual. Precio: 10 pesetas rústica.

BARTH, Pedagogía. Tomos I y II: Parte general y parte especial. Traducción del alemán, por LUIS ZULUETA. Precio: 1.er tomo, 8 pesetas; 2.º tomo, 5 pesetas rústica. (2.ª edición.)

ABEL REY. Etica. Traducción por MANUEL GARCÍA MORENTE. Precio: 6 pesetas rústica. (2.ª edición.)

ABEL REY. Psicología. Traducción por DOMINGO BARNÉS. Precio: 8 pesetas rústica. (2.ª edición.)

FRANCISCO GINER DE LOS RIOS. Ensayos sobre educación. Agotado.

BRACKENBURY. La Enseñanza de la Gramática. Traducción del inglés por ALICIA PESTANA. Precio: 3 pesetas rústica. (2.ª edición.)

GIBBS, LEVASSEUR y SLUYS. La Enseñanza de la Geografía (monografías). Traducción y prólogo por ANGEL REGO. Precio: 3 pesetas rústica. (2.ª edición.)

LAVISSE, MONOD, ALTAMIRA y COSSIO. La Enseñanza de la Historia (monografías). Traducción por DOMINGO BARNÉS. Precio: 3 pesetas rústica. (2.ª edición.)

EDMUNDO LOZANO. La Enseñanza de las Ciencias físicas y naturales. Precio: 3 pesetas rústica. (2.ª edición.)

COMPAYRE. Pestalozzi y la educación elemental. Traducción por ANGEL REGO. Precio: 2 pesetas rústica.

ZULUETA. El ideal en la educación. Precio: 5 pesetas rústica.

MONROE. Historia de la Pedagogía. Trad. por MARÍA DE MAEZTU. (2 tomos.) Precio: 7 pesetas rústica tomo.

COMPAYRE. Herbert Spencer. Traducción por DOMINGO BARNÉS. Precio: 2 pesetas rústica.

PESTALOZZI. Cómo enseña Gertrudis a sus hijos. Traducción del alemán por LORENZO LUZURIAGA. Precio: 5 pesetas rústica.

HERBART. Pedagogía general y Escritos pedagógicos. Traducción del alemán por LORENZO LUZURIAGA, y prólogo de José ORTEGA GASSET. Precio: 5 pesetas rústica.

JULIAN BESTEIRO. Los juicios sintéticos "a priori" según Kant. Precio: 2 pesetas rústica.

LUIS DE ZULUETA. El maestro. Precio: 1 peseta rústica.

PESTALOZZI. El Método. Traducción del alemán por LORENZO LUZURIAGA. Precio: 1 peseta rústica.

MILTON. De Educación. Traducción del inglés por NATALIA COSSÍO. Precio: 1 peseta rústica.

VIVES. Tratado del alma. Traducción por JOSÉ ONTAÑÓN. Precio: 5 pesetas rústica.

MONTAIGNE. Ensayos pedagógicos. Traducción, prólogo y notas por LUIS DE ZULUETA. Precio: 5 pesetas rústica.

WELPTON. Educación física e higiene. Traducción por RICARDO RUBIO. Precio: 7 pesetas rústica.

GONZALO R. LAFORA. Los niños mentalmente anormales. Precio: 8 pesetas rústica.

MANUEL B. COSSIO. El maestro, la escuela y el material de enseñanza. Precio: 1 peseta rústica.

J. SANCHEZ DE TOCA. Las cardinales directivas del pensamiento contemporáneo en la filosofía de la historia. Agotado.

CASTILLEJO. La Educación en Inglaterra. Precio: 12 pesetas rústica.

GURLITT. La Educación natural. Traducción por FAUSTINO BALLVÉ. Precio: 3 pesetas rústica.

A. LOPEZ CARBALLEIRA. Religión comparada. Precio: 5 pesetas rústica.

D. BARNES. Ensayos de Filosofía y Pedagogía. Precio: 6 pesetas rústica.

LOCKE. Pensamientos acerca de la educación. Traducción y notas por DOMINGO BARNÉS. Precio: 5 pesetas rústica.

COMPAYRE. Herbart y la educación por la instrucción. Traducción y bibliografía por DOMINGO BARNÉS. Precio: 2 pesetas rústica.

BINET SIMON. Tests para el examen de la inteligencia. I. Escala métrica. Precio: 2,50 pesetas.

BRUYN. Educación de la adolescencia. Traducción por ALICE PESTANA. Precio: 4,50 pesetas rústica.

VIAL. Condorcet. Traducción por DOMINGO BARNÉS. Precio: 2,50 pesetas rústica.

DECROLY Y BOON. Hacia la escuela renovada. Traducción por SIDONIO PINTADO. Precio: 1 peseta rústica.

BOVET. El psicoanálisis y la educación. Traducción por PEDRO ROSSELLÓ. Precio: 1 peseta rústica.

SLUYS. La cosmografía y su enseñanza. Traducción por LUIS GUTIÉRREZ DEL ARROYO. Precio: 5 pesetas rústica.

LIBROS ESCOLARES

Publicados (ENCUADERNADOS EN TELA)

ARITMETICA.—GRADOS 1.º, 2.º y 3.º, por Luis Gutiérrez del Arroyo. *Precio: 0,75, 1 y 1,25 pesetas.*

CIENCIAS FISICO-QUIMICAS.—GRADO 3.º, por Edmundo Lozano. *Precio: 2 pesetas.*

HISTORIA UNIVERSAL.—RESUMEN, por *Lavisse*, traducción y adaptación por J. Deleito. *Precio: 3 pesetas.*

HISTORIA NATURAL, por Francisco de las Barras. *Precio: 2 pesetas.*

EL CONDE LUCANOR.—Adaptado para los niños por Ramón M. Tenreiro, ilustrado por A. Vivanco. Agotado.

LA VIDA ES SUEÑO.—Drama de Calderón de la Barca, adaptado a manera de cuento por Ramón M.ª Tenreiro, ilustrado por F. Marco. *Precio: 2 pesetas.*

HERNAN CORTES Y SUS HAZAÑAS, por la Condesa de Pardo Bazán, ilustrado por A. Vivanco. *Precio: 2 pesetas.*

PLATERO Y YO.—ELEGÍA ANDALUZA, por Juan Ramón Jiménez, ilustrado por Fernando Marco. Agotado.

FABULAS LITERARIAS.—Por Tomás de Iriarte, ilustradas por P. Muguruza. *Precio: 2 pesetas.*

EL CALIFA CIGÜEÑA y otros cuentos, de W. Hauff, narrados por R. M. Tenreiro, ilustraciones de P. Muguruza. *Precio: 2 pesetas.*

BIBLIOTECA DE JUVENTUD

Publicados Precios: **2,50** pesetas tomo

EL CONDE LUCANOR.—Adaptado para los niños por Ramón M. Tenreiro, ilustrado por A. Vivanco.

LA VIDA ES SUEÑO.—Drama de Calderón de la Barca, adaptado a manera de cuento por Ramón M. Tenreiro, ilustrado por Fernando Marco.

HERNAN CORTES Y SUS HAZAÑAS, por la Condesa de Pardo Bazán, ilustrado por Fernando Marco.

PLATERO Y YO.—Elegía andaluza, por Juan Ramón Jiménez, ilustrado por Fernando Marco.

EL CALIFA CIGÜEÑA y otros cuentos, de W. Hauff, narrados por R. M. Tenreiro, ilustraciones de P. Muguruza.

J. JÖRGENSEN

SAN FRANCISCO DE ASIS

BIOGRAFIA

TRADUCIDA DEL ALEMÁN POR RAMON MARIA TENREIRO Y REVISADA POR FR. JOSE MARIA DE ELIZONDO, MENOR CAPUCHINO

PRECIO: En rústica, 6 pesetas; encuadernado en piel, 12.

La misma obra con introducción y notas de FRAY José M.ª Elizondo. (2 vols.) Volumen I, encuadernado en piel lujosa, 12 pesetas.

SHAKESPEARE

EL REY LEAR

TRADUCCIÓN DE JACINTO BENAVENTE

PRECIO. En rústica, 3 pesetas; encuadernado en tela, 4.

AUGUST F. JACCACI

EL CAMINO DE DON QUIJOTE

TRADUCCIÓN DE RAMÓN JAÉN

Un volumen encuadernado en holandesa. PRECIO: 5,50 pesetas.

José Francos Rodríguez.

La vida de Canalejas

Precio: 10 pesetas rústica.

This Book must be returned to the Library on, or before, the last date shown below.

8 OCT 1952

17 JAN 52

28 FEB 1952

12 JUN 1952

17 JUL 1952

13 JUN 1952

13 OCT 1952

9 FEB 1954

8 FEB 1955

23 OCT 1956

KU-475-051